

# La Esfera

Año XII

Núm. 598



«Alegoría de la Iglesia», copia  
de Rubens, por Van Baalen  
(MUSEO DEL PRADO)



Precio: Una peseta



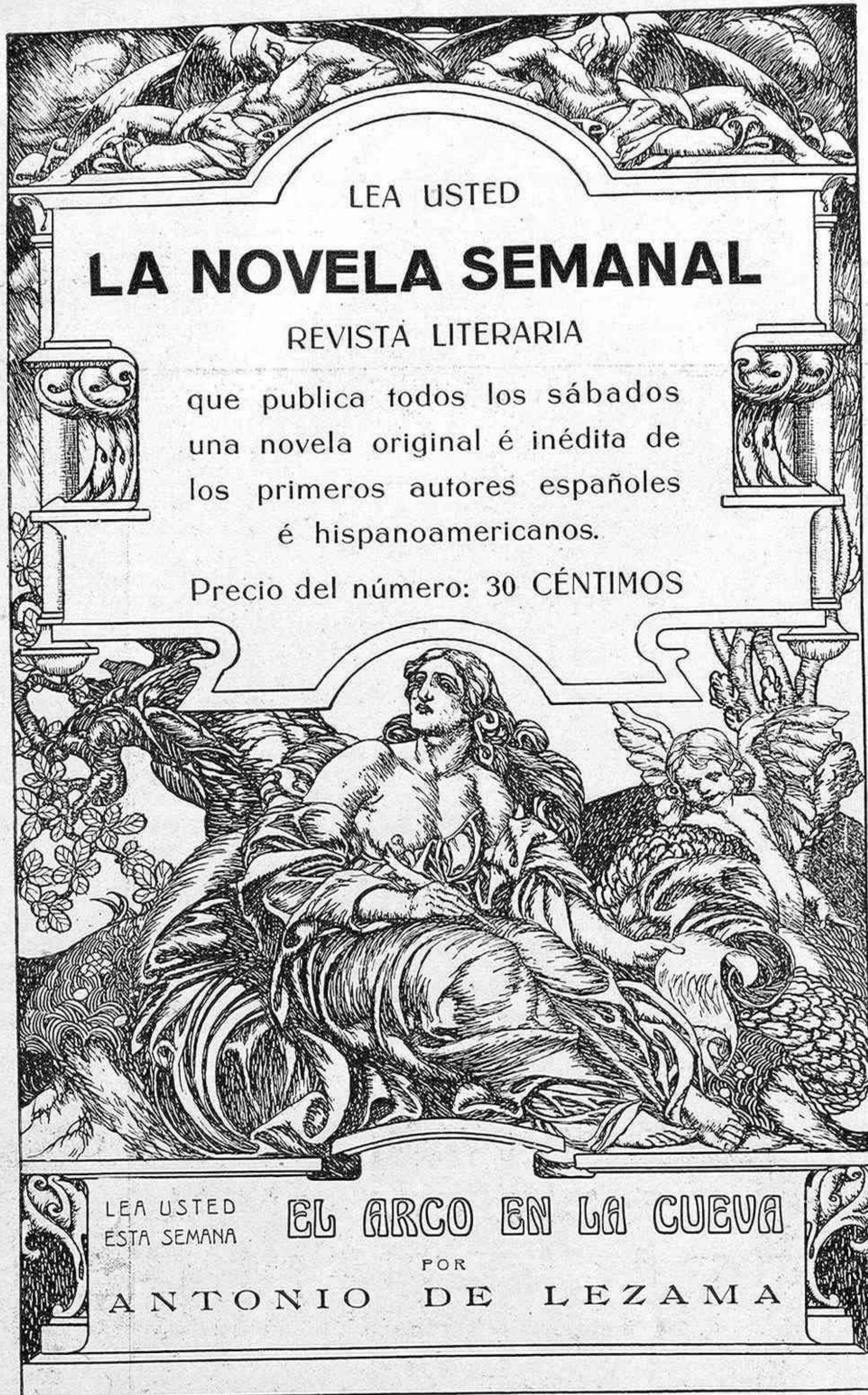
LEA USTED

# LA NOVELA SEMANAL

REVISTA LITERARIA

que publica todos los sábados una novela original é inédita de los primeros autores españoles é hispanoamericanos.

Precio del número: 30 CÉNTIMOS



LEA USTED ESTA SEMANA **EL ARCO EN LA CUEVA** POR ANTONIO DE LEZAMA

## AVISO

A todos los señores abonados á nuestras Revistas que con motivo del veraneo se ausenten de Madrid, les serviremos los ejemplares correspondientes — sin aumento alguno de precio — al punto donde se trasladen, bastando para ello con que nos indiquen la dirección á que hemos de consignar los envíos

## Productos PECA-CURA



Quando la luz en la tarde expira y de añoranza la flor suspira, no se apercibe tu ruiseñor; pues en su jaula gorjea y trina y ante tu rostro su cuello inclina cual si tú fueras el dios Amor. Tal es el brillo de tu hermosura desde que gastas la PECA-CURA.

CREMA; POLVOS en los siguientes colores: Blanco, rosa números 1 y 2; rachel 1, 2 y 3; moruno 1, 2 y 3, y Malva. JABON; AGUA CUTANEA; MASAJE FACIAL; LOCION para el cabello y AGUA DE COLONIA

CORTÉS HERMANOS, Barcelona (España)

## DEBILIDAD SEXUAL

Curada en el acto por nuevo aparato. Escribid con sello de 35 céntimos, para recibir folleto. Aparato completo, 25 pesetas. Giro postal ó billete. W. HEILMANN. Paris, 205, Barcelona.



## ¿Confidencia?

Mi felicidad, simpáticas lectoras, la debo al quitarme de raíz el vello y pelo de la cara y brazos con el tan acreditado **Depilatorio** marca **Belleza**. Es inofensivo. De venta en Perfumerías. Primer premio. Fabricantes: Argenté Hermanos. Badalona (España)

## LIÉRGANES (SANTANDER)

No hay aguas más eficaces para combatir y curar los **CATARROS** de la **NARIZ, BRONQUIOS, LARINGE y PULMON** y la predisposición á ellos. **GRANDES REFORMAS :: INHALACIONES MAÑANA Y TARDE**

## DIAZ

FOTOGRAFÍA DE ARTE  
Fernando VI, 5. — Madrid

## ESPARRAGOS TREVIJANO

Preparados absolutamente al natural  
Se prefieren á los frescos



Solicítense catálogos, que se remitirán gratis, mencionando esta Revista

## SEDLITZ CH. CHANTEAUD de PARIS

a base de Sulfato de Magnesia anhidro puro, Acido Tártarico, Bicarbonato de Sosa. — El mejor **Purgante, Laxante, Depurativo** contra: **ESTREÑIMIENTO, JAQUECA, ESTADO BILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS de SANGRE**  
URIACH C., 49, Bruch. BARCELONA





*Ser bonita,  
es agradar. Ser elegida,  
es reinar*

... y como lógica consecuencia el cuidado del rostro constituye la primordial preocupación de la mujer en todos los momentos de su existencia.

Existe una preparación, una sola, que desde larga fecha ha demostrado su supremacía en la difícil y peligrosa labor del embellecimiento del cutis, atenuando las innumerables variedades de imperfecciones epidérmicas, como barros, poros dilatados, manchas, irritaciones, granos, grietas, arrugas, etc. Esta preparación es la CREMA MALACEINE, que con su uso constante desaparecen todos los síntomas de vejez facial, y la piel se encuentra protegida eficazmente contra las inclemencias del tiempo (sol, frío, viento, insectos, polvo), contra las dermatitis inflamatorias y otras.

En la MALACEINE, la mujer ha encontrado lo que ella deseaba, es decir, una crema perfecta, refrescante, no fermentable y de un perfume ideal.

## CREMA MALACEINE

Agente exclusivo: J. CINTO GUALLAR, Ruiz, 18, Madrid

Agentes exclusivos de esta publicación  
en la ISLA DE CUBA:

**"LA MODERNA POESÍA"**

Pi y Margall, 135-139  
HABANA

**HESPERIA** Revista teosófica  
:: y poligráfica ::

Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª — MADRID

Esta importantísima Revista, única en su género en los países de habla castellana, y que dirige el insigne Dr. Roso de Luna, ha entrado ya en el quinto año de su publicación.

Precio de suscripción en España:  
10 ptas. al año y 12 en el Extranjero.

Hay colecciones completas del año 1.º, al precio de 10 ptas.  
Descuento del 25 por 100 á librerías y corresponsales.



### ¿SUFRE USTED DEL ESTÓMAGO?

Para corregir rápidamente su malestar y obtener que su estómago funcione normalmente, usted debe elevar su intestino grueso y consecuentemente su mismo estómago. La mejora es instantánea, sin medicinas y sin molestias. Pida folletos del creador Thea, adjuntando sello Correo 0.35, á

**INSTITUTO ORTOPÉDICO**  
Sabatè y Alemnay, Canuda, 7, Barcelona

## ARTÍCULOS DE JULIO BURELL

HOMENAJE  
DE LA  
ASOCIACION DE LA PRENSA

PRÓLOGO

DE

JOSÉ FRANCO RODRÍGUEZ

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS  
CINCO PESETAS

## ROLDÁN

Camisería

Encajes

Equipos para novias

Ropa blanca

Canastillas

Bordados

FUENCARRAL, 85

Teléfono 35-80 M.

MADRID

## ELIXIR ESTOMACAL SAIZ DE CARLOS

(STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

### ESTÓMAGO e INTESTINOS

DOLOR DE ESTÓMAGO

DISPEPSIA

ACEDÍAS Y VÓMITOS

INAPETENCIA

FLATULENCIAS

DIARREAS EN NIÑOS

y Adultos que, a veces, alternan con

ESTREÑIMIENTO

DILATACIÓN Y ÚLCERA

del Estómago

DISENTERÍA

OBRA COMO ANTISÉPTICO DEL APARATO DIGESTIVO curando las diarreas de los niños incluso en la época del destete y dentición. Es inofensivo y de gusto agradable. Ensáyese una botella y se notará pronto que el enfermo come más, digiere mejor y se nutre, curándose de seguir con su uso.

33 AÑOS DE ÉXITOS CONSTANTES 5 pesetas botella, con medicación para unos ocho días

Venta: Serrano, 30, Farmacia, MADRID y principales del mundo

Lea usted la hermosa Revista  
de Modas

## ELEGANCIAS

TRES pesetas ejemplar en toda España





Los futbolistas son los hombres que aspiran á la reconstitución de su pueblo, procurando fortalecer sus músculos en los distintos movimientos que ocasiona el popular deporte; pero no advierten que un exceso de fatiga puede enervar sus fuerzas y debilitar su cuerpo. Cuando se nota este cansancio hay que atajarlo y vigorizar el organismo debilitado con un buen tónico que le ponga de nuevo en condiciones de lucha. El remedio más eficaz para combatir la anemia y el empobrecimiento de la sangre es, sin duda alguna, el famoso reconstituyente Jarabe de

## HIPOFOSFITOS SALUD

Más de 30 años de éxito creciente  
Aprobado por la Real Academia de Medicina

**AVISO:** Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja.  
En la ARGENTINA pídase HIPOFOSALUD



Según nos comunica la  
**COMPAÑÍA INTERNACIONAL DE COCHES-CAMAS**

durante los meses de Junio, Julio, Agosto y Septiembre,  
regirá en sus Oficinas el acostumbrado horario de verano:

REPRESENTACIÓN DE LA COMPAÑÍA: MAJOR, 4  
de 8 á 14

AGENCIA: ARENAL, 3  
de 9 á 13 y de 16 á 19

## ALFONSO FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6 MADRID

Los niños disfrutan cuando sus madres, previsoras, les dan a tomar la CARNE LIQUIDA, cuyo poder alimenticio, sin adición de drogas, es superior al de ningún preparado similar.

Tanto los niños como los mayores deben tomarla en las convalecencias, anemia, tuberculosis y como sobrealimentación eficaz y económica.



**CARNE LIQUIDA**  
DEL DR. VALDÉS GARCIA  
DE MONTEVIDEO

**FAMA**  
**Crema Snow**

La más beneficiosa y agradable de las cremas de tocador. Limpia, suaviza, blanquea y refresca el cutis. No contiene grasas.  
De venta en todas partes

Concesionarios:  
LABORATORIOS BEYA : Provenza, 299-301 : Barcelona

## ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano  
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES





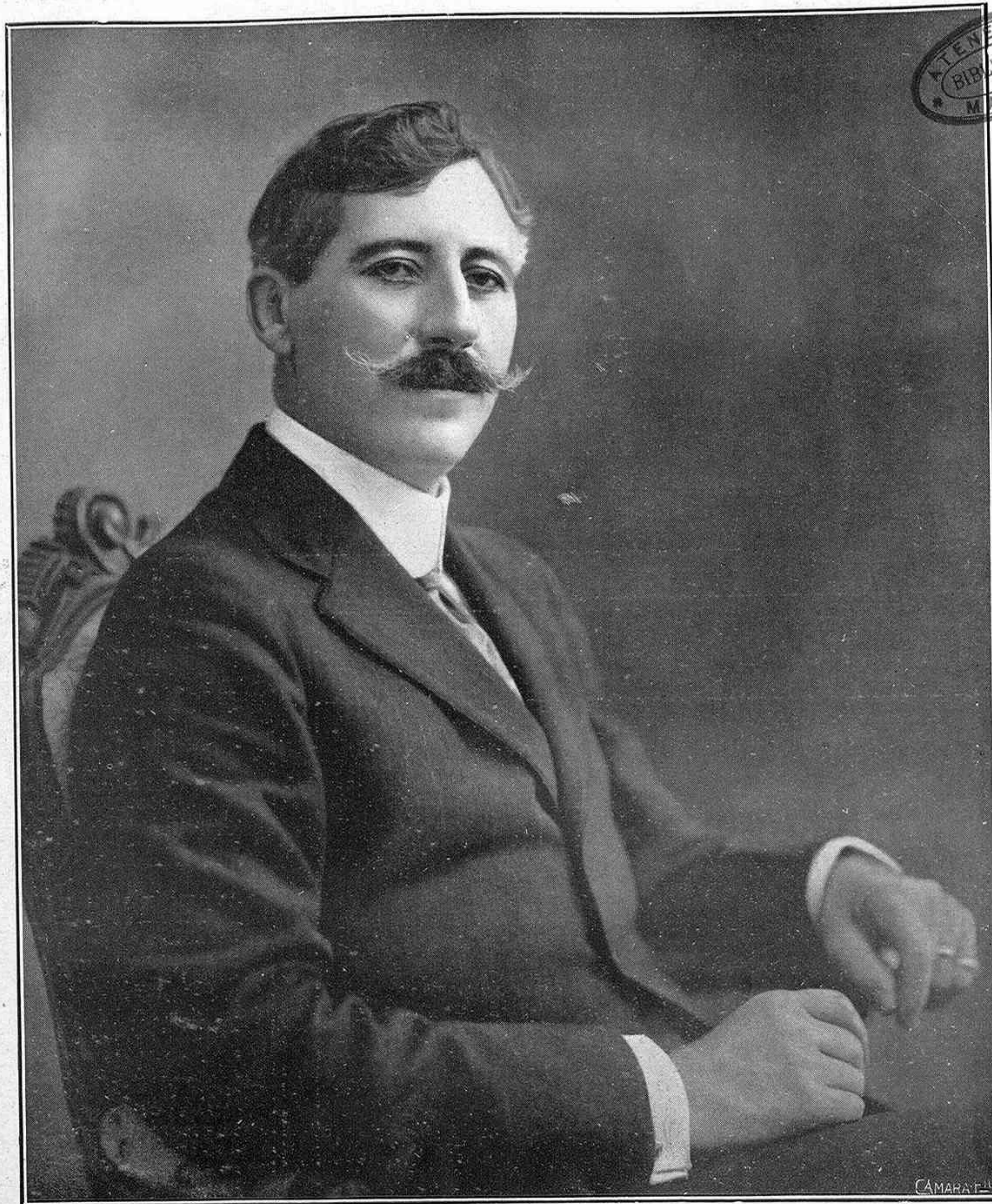
Uno de los jardines de la Residencia de América, creada recientemente en Sevilla, y que llevará el nombre del gran hispanófilo norteamericano Washington Irving. El edificio se alza en el típico barrio de Santa Cruz, y su construcción y mobiliario son del más puro estilo sevillano

ATENEUM  
BIBLIOTECA  
MADRID



# APOSTOLADO SIMPÁTICO LOS PROGRESOS DE ESPAÑA EXPUESTOS EN TIERRAS DE AMÉRICA

CONTINUANDO la peregrinación por tierras de América, impuesta por la organización de una obra de alcance internacional, verdaderamente humana y fecunda, ha pasado por la República Dominicana nuestro compañero y amigo D. Enrique Deschamps, y allí produjo también una revolución en lo que se refiere al concepto de España, según opinión de toda la Prensa de aquel país. Deschamps ha dado brillantes conferencias sobre tópicos españoles en todas las principales ciudades dominicanas, conferencias que ilustra con una hermosa cinta cinematográfica, intitulada *Progresos de la España actual*, y en la que desfila ante la mirada del espectador buena parte de cuanto atesoran Madrid, Sevilla y Barcelona que sea revelador de nuestros adelantos y monumentos urbanos, así como un considerable número de personalidades ilustres en las ciencias, las artes, la literatura y las industrias. A juicio de numerosas publicaciones, que reseñan los diversos actos aludidos, no tiene precedentes la eficacia de la propaganda del buen espíritu español que realiza nuestro querido compañero, no sólo con altura moral y objetividad que convencerá a todo el mundo, sino con una generosidad absoluta; las conferencias de Deschamps son absolutamente gratuitas.



Además de en la capital dominicana, en donde el acto fué patrocinado por la Casa de España, el experto conferencista ha expuesto nuestros adelantos intelectuales y materiales en los teatros de las ciudades de San Pedro de Macoris, Santiago, La Vega y Puerto Plata, cabeceras de provincia, habiendo sido en todas ellas saludados con grandes ovaciones la aparición en la pantalla de los nombres de Madrid, Sevilla y Barcelona, así como la presencia de los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, Ramón y Cajal, Benlliure, Moreno Carbonero, Palacio Valdés, Ricardo León, Torres Quevedo, Blanca de los Ríos, Eugenio d'Ors, Concha Espina, Azorín, Benavente, Manuel Buenc, José Francés, Ortega y Gasset, Victorio Macho, Martínez Sierra, Eduardo Marquina, los Alvarez Quintero, Bonilla de San Martín, Rodríguez Marín, Frances Rodríguez, Salaverria, Verdugo Landi, Ramírez Angel, Alcalá Galiano, Coullut Valera, Marinas, Rusiñol, Sofia Casanova, Carlos Vázquez, Manuel Machado, Ramiro de Maeztu, Romero de Torres, Cristóbal de Castro, Pío Baroja, Jacinto Grau, Hoyos y Vinent y otros muchos, no faltando en esa información impresiones gráficas de la Prensa madrileña. La mayoría de nuestros artistas (pintores y escultores) aparecen en la cinta

**DON DOMINGO HERNÁNDEZ**  
Ilustre ingeniero, presidente de la Casa de España en Santo Domingo



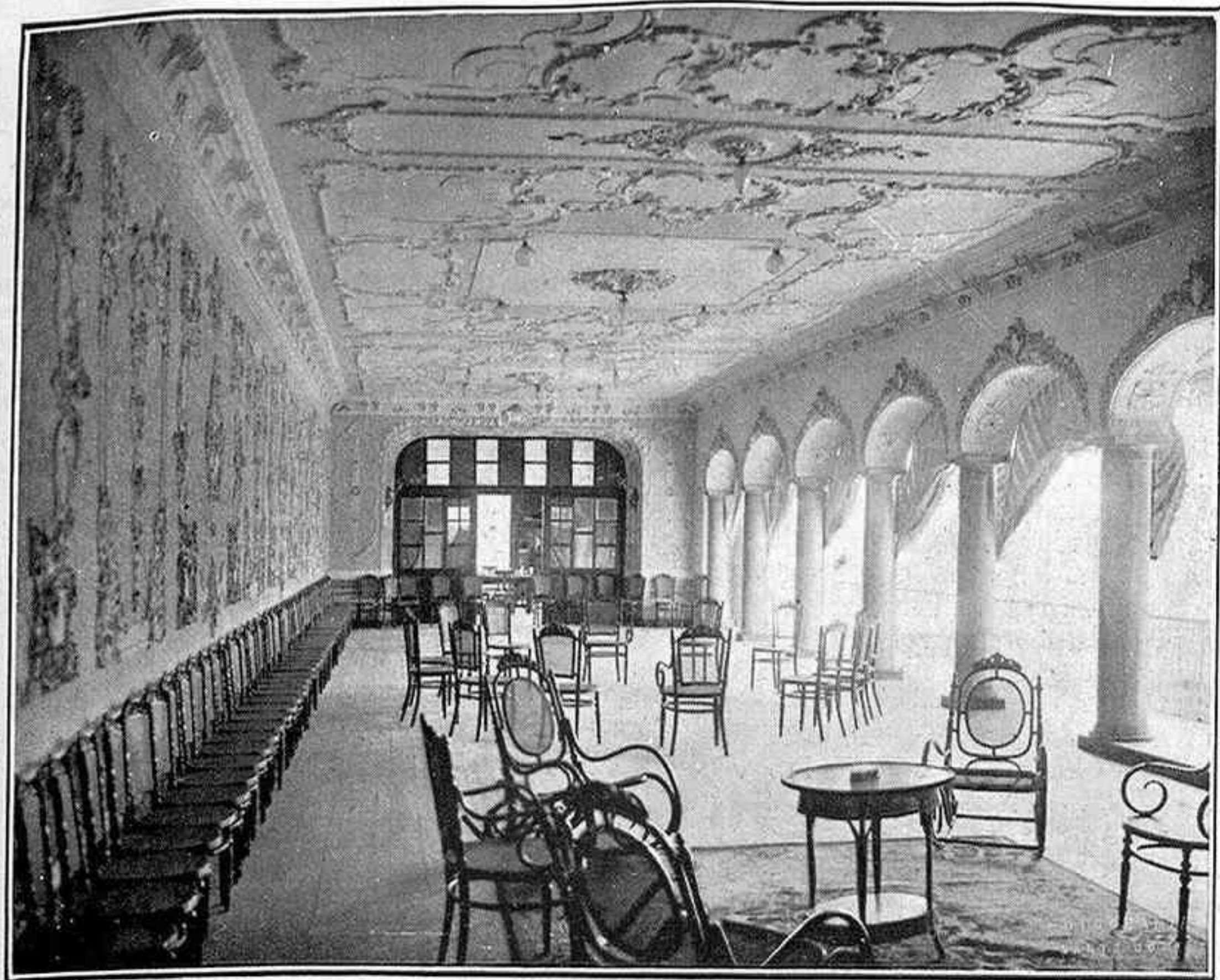
Casa de España en Santo Domingo (República dominicana)



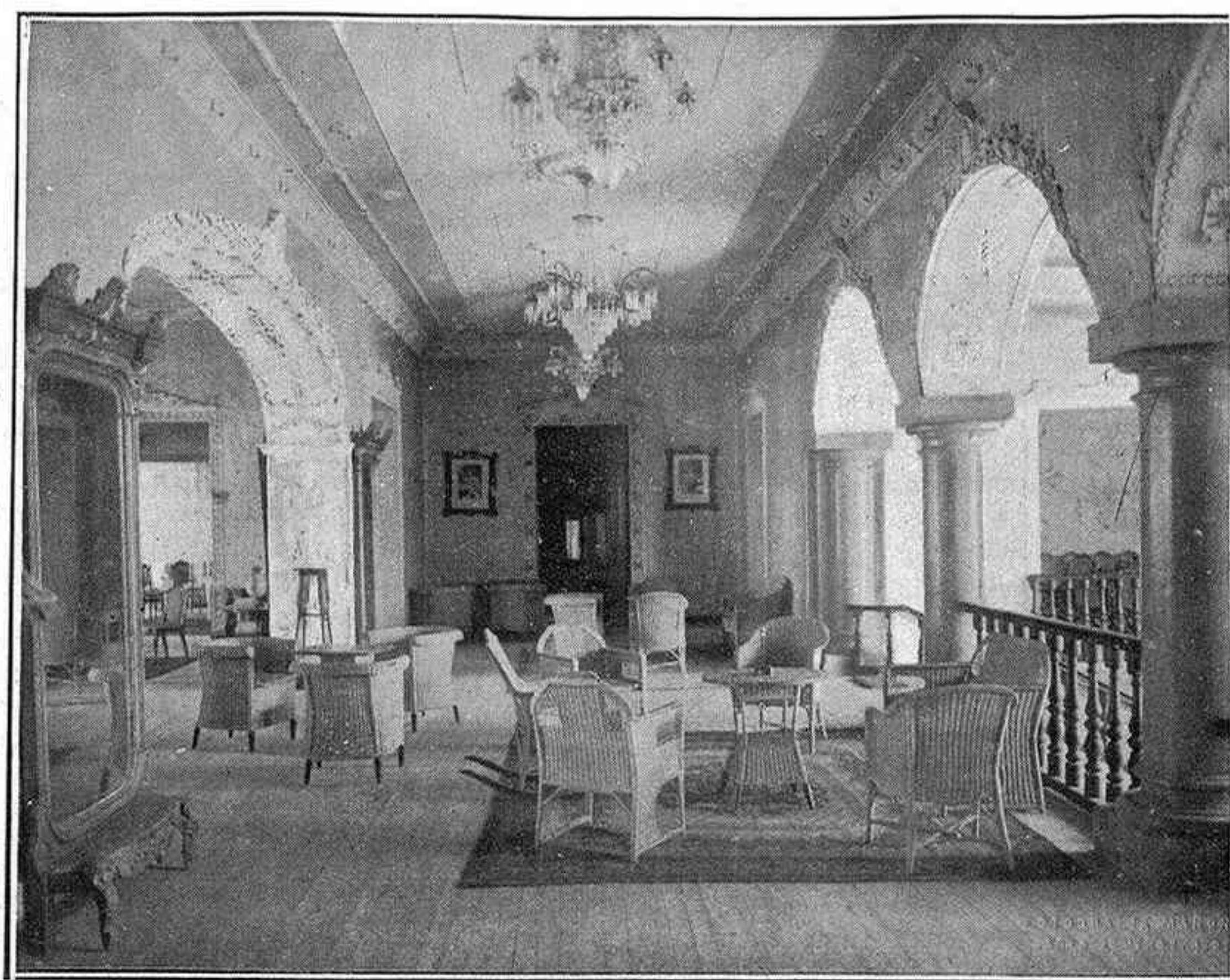
Escalera de Honor de la Casa de España en Santo Domingo







Salón de baile

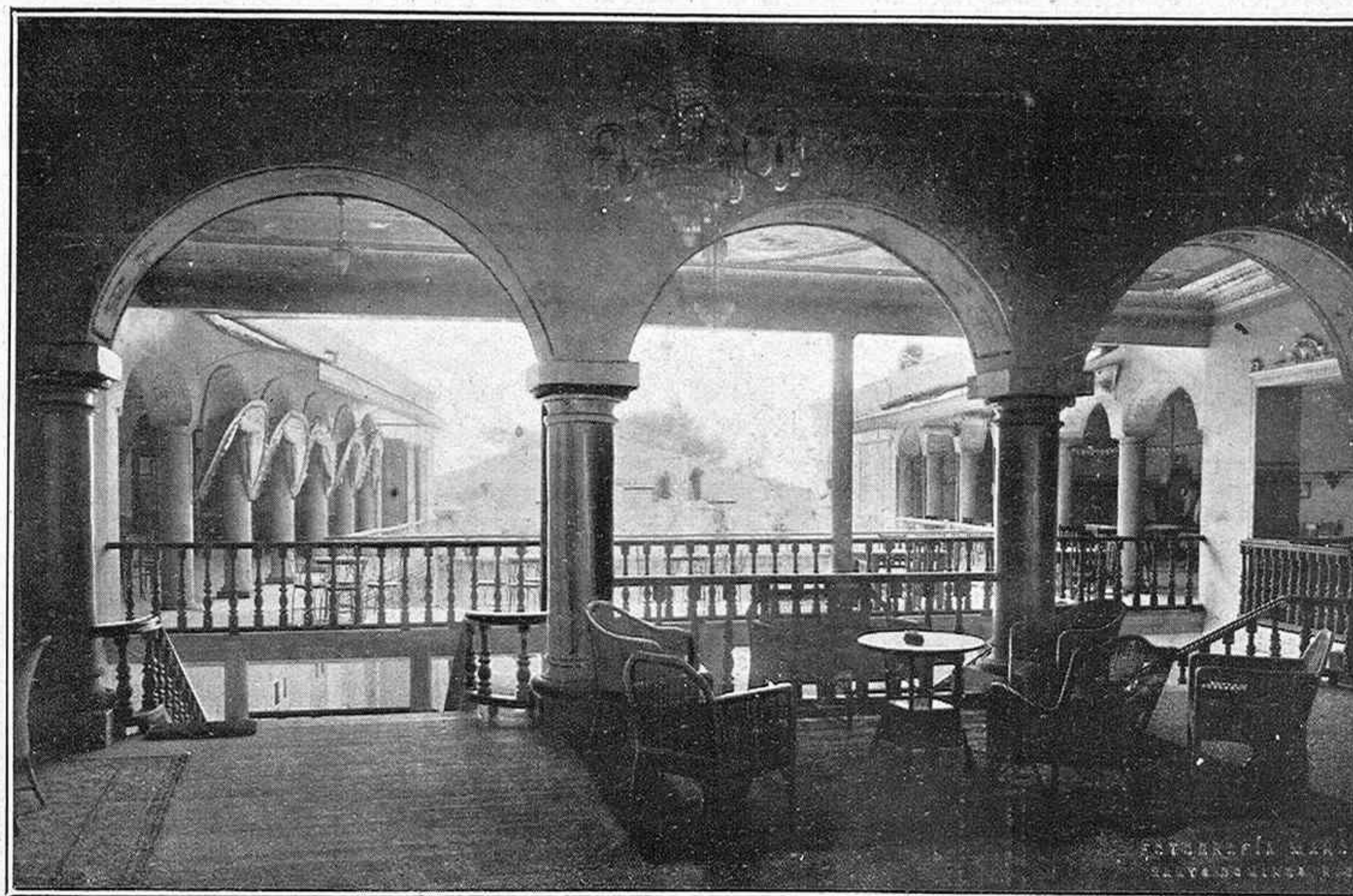


Sala de tertulia

cinematográfica en sus propios estudios, en donde figuran algunas de sus obras.

La Casa de España en Santo Domingo posee un magnífico palacio propio, del cual ofrecemos algunas vistas fotográficas. Por ellas puede juzgarse la importancia de la Colonia española en la metrópoli de la antigua «Hispaniola». Allí encuentran sus asociados todo género de esparcimientos y diversiones, y amplias salas de lectura, excelente biblioteca y salón de actos, en el que se celebran frecuentemente fiestas culturales de gran resonancia en todo el país, como los Juegos Florales Hispanoamericanos, no ha mucho verificadas con inusitado esplendor. La conferencia de Deschamps fué dada en el Teatro Colón, que es el mayor de la ciudad.

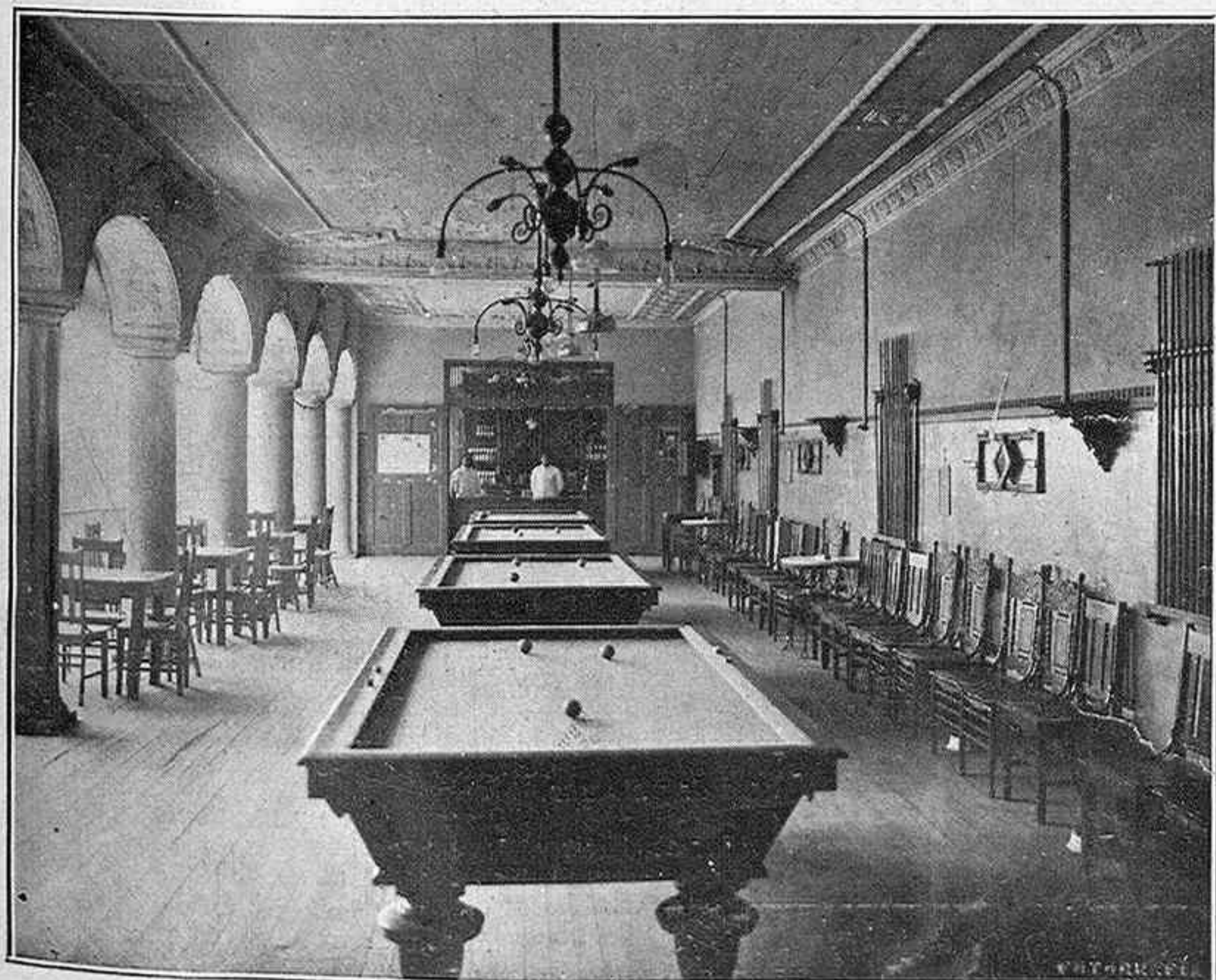
Obra de verdadera altura realiza en tierras de América nuestro



Salón de fumadores

querido compañero el Sr. Deschamps, y no porque él mismo se considere tan de aquí como es nativamente de allá, debe estimarse menos su generoso esfuerzo españolista; esfuerzo que realiza espontáneamente, *motu proprio*, sin otro estímulo que su deseo de revelar allá las verdades que de España conoce y tratar de demostrar aquí que nuestra hospitalidad suele ser sincera y profundamente agradecida, según sus propias expresiones.

Deschamps debe estar realizando esa misma simpática labor españolista en México y los países de la América Central, donde última la organización de la empresa de Información Internacional, en que se ocupa hace algún tiempo, y que ha tenido un éxito rotundo en todas las capitales americanas ya visitadas.



Sala de billares



Salón de señoras





# LA FAMILIA Y LA MADRE ESPAÑOLAS

SE ha dicho reiteradamente que en España no existe vida social; pero que en cambio se conservaba sano el hogar. Yo creo que esto no es exacto. Ciertamente existen favorables condiciones en la raza como la resistencia vital de nuestro temperamento, que se acusa, a pesar de los deficientes medios físicos y económicos, en el aumento de la población. Acaso en el orden moral existe una austeridad subrayada por una fuerte disciplina religiosa; pero paran ahí todas las virtudes y excelencias de la familia y del hogar español.

Falta de condiciones higiénicas, en plena anomalía física, sin una delicada estética de los sentimientos, la familia española es una cosa agria y poco loable. De otra parte, en esta época de crisis y de transiciones para nuestra vida cultural, entendida tan sólo en el sentido del desarrollo del espíritu con detrimento de la fisiología, como además se suele carecer de medios económicos, sólo se atiende a la cultura de ciertos elementos en perjuicio de los otros; de los hijos varones en perjuicio de las hembras. Y aun no de todos aquellos con lo cual se fomentan todavía más las diferencias y desequilibrios en el seno de las familias. Poned, pues, en el plano de una salud imperfecta ó de una insuficiencia de vida física la rudimentaria de los sentimientos ó de la voluntad, y por último una diferencia extrema en el orden intelectual de tal suerte que alguno de los elementos familiares se cultivan con quebranto de los otros (lo que se traduce casi siempre en la esclavitud de la mujer), y comprenderéis á qué extremo de desigualdad y de desarmonía se conduce haciéndose la vida imposible en el seno de un hogar que rara vez responde á su misión ética de constituir un remanso de paz y de procurar á sus miembros aquella tonicidad moral suficiente para las amargas luchas de la vida. Y esto tiene fatales consecuencias, porque los hombres, cultivados sólo superficialmente en el aspecto intelectual, sin el lastre de la estética de los sentimientos que dulcifique el carácter y deriva además de una buena salud, huirán de su hogar, no para luchar en la calle, porque además les falta el aliento, el temple, el reposo y hasta el optimismo necesarios, sino para lanzarse irritados á las estériles y agrias discusiones del café y del casino, los dos cánceres de la vida nacional.

Estamos encerrados en un círculo vicioso en cuanto á las relaciones de la familia y de la sociedad.

La familia española suele quejarse de que la sociedad no le presta los medios de defensa precisos; pero ¿es que aquélla cumple la alta finalidad ética para que está llamada? ¿Proporciona la familia ó el hogar español aquellos medios ó condiciones de tonicidad, de aliento y de desanso para la tarea que á sus individuos, á los varones singularmente, les está encomendada en la vida social? ¿Es la familia española una escuela de abnegación de tal suerte que se capacite á sus miembros para el sacrificio que el interés colectivo exige? No. Hay que tener valor para decirlo. La familia española es algo desarmonico y frío, verdadera escuela de egoísmo en la mayoría de los casos, en casi todos los casos tratándose de familias de clases elevadas y aun de las clases media. El único sacrificio por que se transige es el sacrificio de la sangre; pero ello por un amor patriótico que tiene más de resto feudal que de patrimonio moral y consciente de una civilización superior.

Y fuera de esto no alcanza ni comprende ninguna espiritualidad cívica. Los riesgos de una lucha civil para el mejoramiento colectivo, los quebrantos materiales y las inquietudes que por afanes benéficos ó redentores debieran realizarse serán tomados en la mayoría de los casos como elucubraciones de un quijotismo peligroso. Cuando en una familia así nace alguien marcado con el dedo de Dios, uno de estos hombres elegidos con actitud especial para una campaña de apostolado ó con alas de poeta, ¡ah!, entonces eso se considera como una de las mayores calamidades que puedan caer sobre el hogar. ¿Qué más? Todos los días leemos en la Prensa ó llega hasta nuestros oídos el rumor de que tal ó cual familia de políticos relevantes á quienes la sociedad retribuyó acaso excesivamente, con honores y comodidades, cuando llega el momento de algún peligro ó simplemente de alguna dificultad, los miembros de ese grupo familiar imploran del personaje en cuestión que se retire á la vida privada; es decir, que cuando han obtenido todos los provechos de la colectividad no se decidan á arriesgar el menor sacrificio. Lejos de sentirse ligados por una deuda delicada de gratitud y ayudar á que se consume el esfuerzo patriótico en aras de la sociedad, postulan la inhibición, la fuga y la deserción como norma.

Si esto pasa en las familias de las altas clases, en las que más han recibido y en las que mayor con-

ciencia debieran tener de sus deberes, ¿qué no ha de pasar en los hogares donde apenas deben á la vida social nada más que el dolor continuado del sacrificio de la sangre y del dinero! ¿Qué estímulos ni qué alientos pueden sentir para la obra y el ideal del interés colectivo?

Pero estas consideraciones nos llevan á tratar de la figura central de la familia: de la madre española. ¿Cuánto no se ha dicho de las virtudes y excelencias de nuestras madres! Y, sin embargo... Ciertamente que por lo general se ve libre la madre española del morbo de esa frívola concupiscencia que tantas veces avergüenza y mancilla la vida de la prole. El deber austero y sombrío lleva muchas veces á nuestras mujeres hasta el sacrificio heroico y obscuro. Aun aquella madre que no encuentra en la conducta y en el amor de su esposo las compensaciones de la ilusión y de la fidelidad que anhelan, y á que tiene derecho, más que ninguna, la mujer española, porque por algo lo entregan todo; aun esa misma sabrá inclinar la frente dolorosa sobre la frente immaculada de su hijo y encontrará en el beso maternal la fuerza que le sostenga y le haga resistir la diabólica tentación de una pasión pecaminosa, el aliento para cumplir inexorablemente con su deber, por amargo que sea. Ella sabrá nimbear el nombre de sus hijos de esa pureza que está hecha de sacrificios, de abnegaciones y de lágrimas

que oprimen y martirizan el corazón. ¡Cuánto debe un hijo á una madre española en este caso, por fortuna bastante general! Pero no es eso todo con ser mucho.

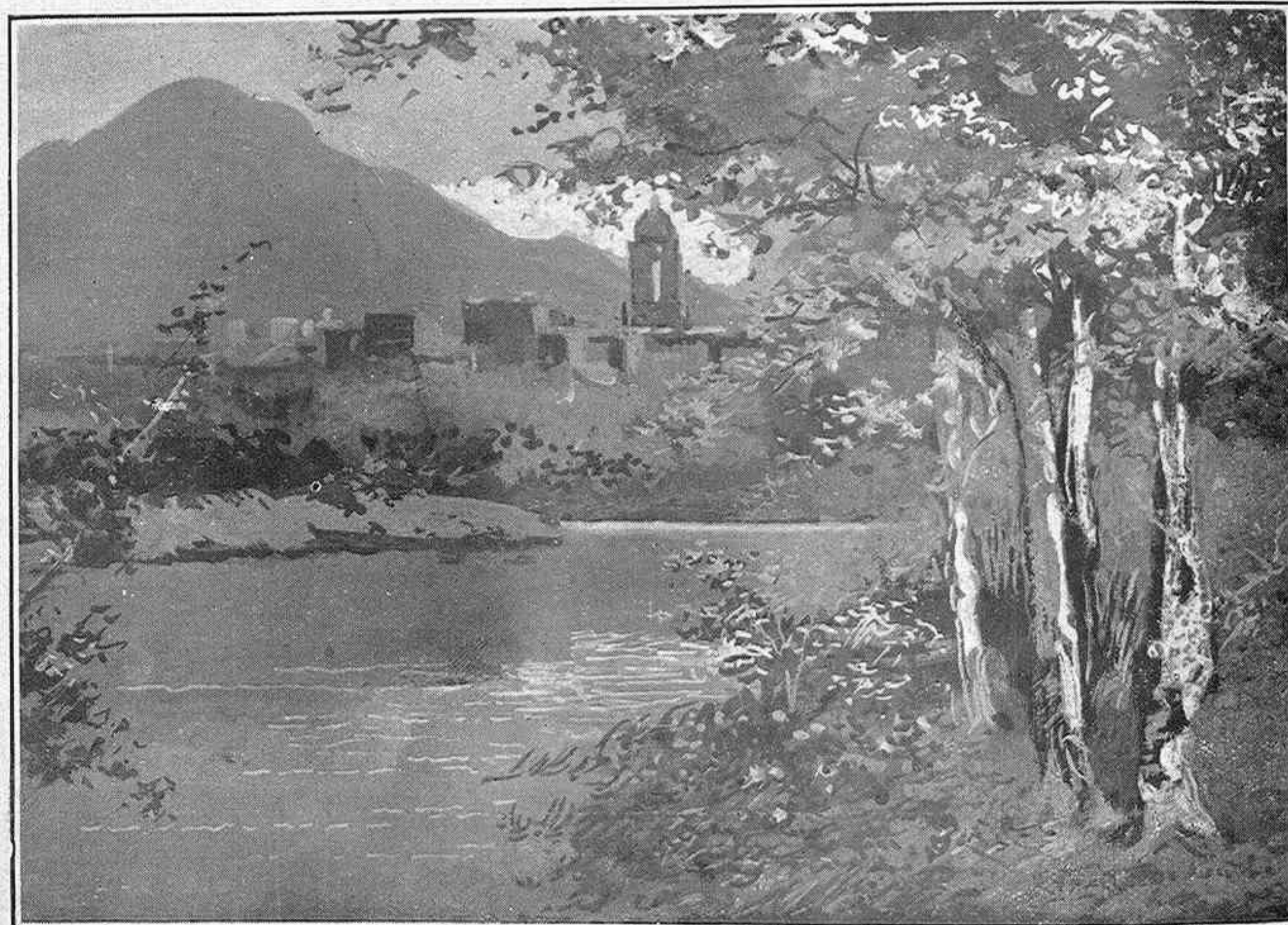
Al lado de eso que es heroico, que es grandioso, que es enorme, ¡cuántas imperfecciones en lo demás, y, ¿por qué no decirlo?, cuánta incultura!...

¡Qué criterio estrecho y muchas veces fanático en el juicio de todas las cosas! Ciertamente que tendrá raudales de ternura; pero á golpes, con desequilibrios, sin el ritmo de una vida ordenada de paz. Ciertamente que sabrá querer; pero ¡con qué extremos de egoísmo nacidos de la incompreensión de todos los deberes sociales!

Ella es naturaleza con enormes virtudes raciales, con tesoros de energía, pero nada más que naturaleza. Y la sociedad es justamente lo contrario al instinto; por eso ella no alcanza la mayoría de las veces las exigencias de la vida colectiva. Por eso no sembrará estímulos en sus hijos para entregarlos llena de orgullo y de alegría á la sociedad á fin de que luchen hasta el sacrificio. Los retendrá, por el contrario, á su lado; los querrá para ella sola. La madre española no ha salido todavía del círculo estrecho de la familia; por eso en el sentido social no pondrá jamás alas á sus hijos; más bien serán sus brazos amantes las cadenas que los ahoguen y les sepulten en el plano de la vulgaridad...

VICTORIANO GARCIA MARTI

## PALOMAS



Zureo de palomas.

En la ciudad dormida  
—vieja ciudad heráldica del solar castellano—  
bajo el sol de las siestas no hay ni un soplo de vida,  
que hasta el aire es de plomo por Castilla en verano.

Zureo de palomas.

Por el parque sombrío  
—parque de acacias húmedas y una fuente que im-  
todo está solitario; sólo se oye algún pio (plora—  
de algún pájaro, y lenta caer el agua que llora.

Zureo de palomas.

La catedral, silente  
—piedras que ya los siglos cubrieron de tristeza—,  
lo mismo que la vieja ciudad, al sol ardiente,  
se entrega á un hondo sueño de hasllo y de pereza.

Zureo de palomas.

El río, manso, muerto,  
por la ciudad discurre, cruzándola, y refleja  
en el cinc de sus aguas, con un temblor incierto,  
la visión invertida de la ciudad añeja.

Zureo de palomas.

La hierba entre las losas  
de las aceras surge como en un cementerio,

que así son estas viejas ciudades, como fosas,  
reconditas y tristes y llenas de misterio.

Zureo de palomas.

Las calles—son callejas—  
sin un rumor descansan, cerrados los balcones,  
y tras las celosías tupidas de las rejas  
sin unos ojos claros ni un eco de canciones.

Zureo de palomas.

El campo en torno brilla  
de la ciudad cual fulgen al sol las calavera,  
como un horno de fuego donde arde la amarilla  
relumbre de las ásperas—ya es Julio—rastróferas.

Zureo de palomas.

En la ciudad dormida  
se escucha, persistente, un cálido zureo  
de líricas palomas, como un rumor de vida,  
como una voz ardiente de amor y de deso.

Zureo de palomas.

Runrún sacro y constante  
que en las ciudades viejas pone un rumor pagano  
cuando la vida en ellas se duerme al enervante  
cansancio de las siestas eternas del verano.

Fernando LÓPEZ MARTÍN

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



## ESTAMPAS MADRILEÑAS

# LOS ABETOS DEL MUSEO

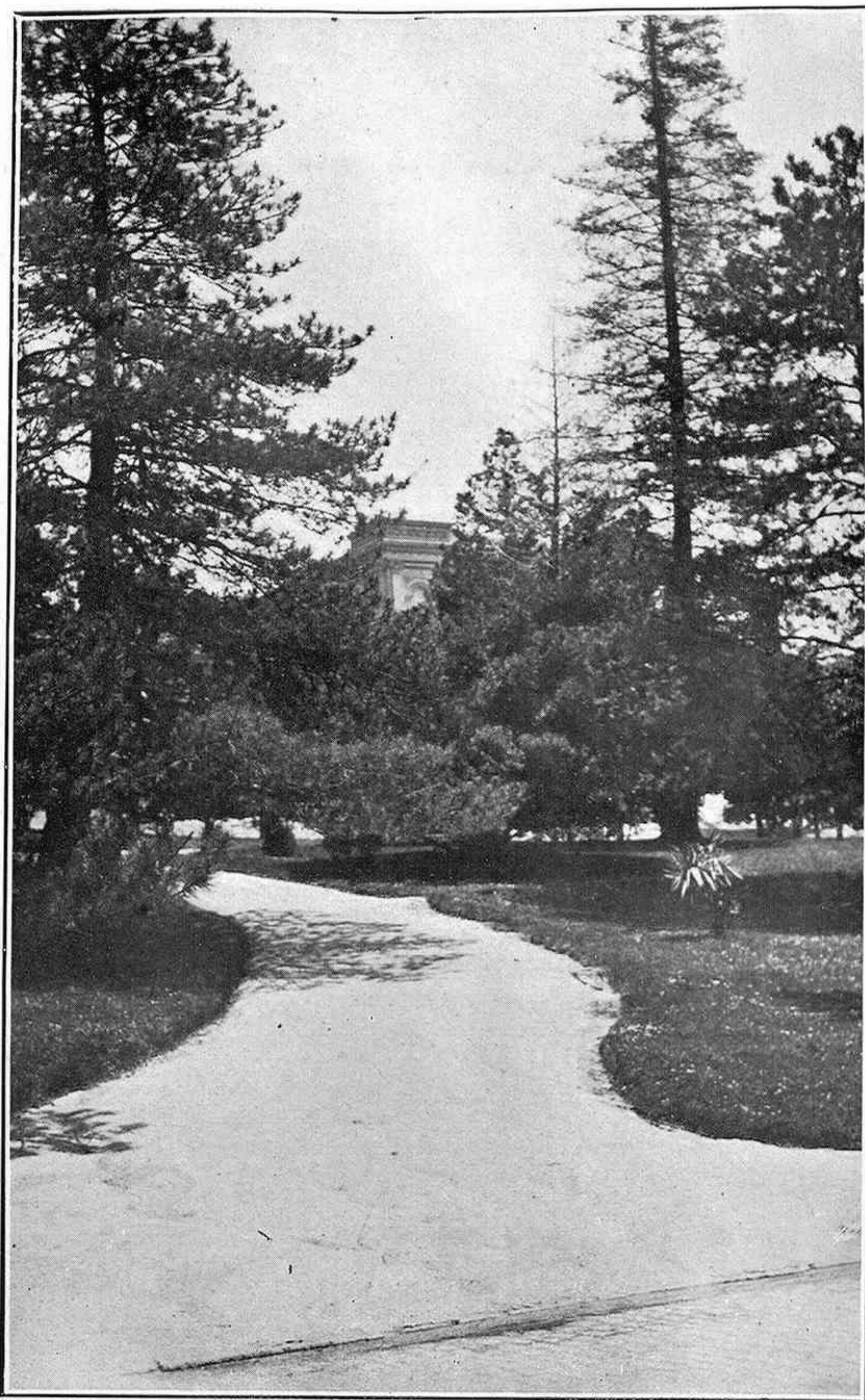
El paseo de la Castellana va buscando la Sierra. Nos lleva á los altos del Hipódromo y al balcón sobre el Guadarrama, que bordean los sauces del canalillo. El paseo del Prado, en cambio, nos hunde en la estepa. Su perspectiva, por encima de la estación, se abre hacia la llanura, que ahora—muy pronto—en la tarde estival dormirá bajo una nube de calor y de polvo. Pero aun así; aun con toda esa pesadumbre, el paseo del Prado es el más bello de Madrid.

Porque tiene el Museo y los abetos, que le dan guardia de honor. Y también porque la luz le ha elegido para morir, y cada crepúsculo es una maravilla de suave y melancólico misterio. «Muchas tardes, cuando puedo huir de la gente—me dijo un día Amadeo Vives, en una de esas descripciones del estado de alma que sólo puede hacer quien tiene alma—, vengo Prado abajo, y aguardo... Hay un momento en que el cielo no se sabe si huye ó si va á desplomarse sobre nosotros. Ese momento irreal es tan trágico y tan intenso que, puede creérmelo, casi lloro.» También tiene el paseo del Prado otras horas de calma y de felicidad en que da la sensación más civilizada y más reposada que puede disfrutarse en Madrid. Y esto sería imposible sin las columnas y sin los abetos del Museo.

Sigamos también nosotros Prado abajo y detengámonos antes de llegar á las ruinas del Jardín Botánico. ¿Por qué son ruinas? ¿Cómo puede llegar un jardín de plantas á deshacerse y pulverizarse como un castillo medieval? Otro día lo veremos. Detengamos el paso y admiremos la línea soberbia é irregular de estos abetos, cuya copa se alza ya sobre el tejado del Museo; pero no le dominan, sino que le acompañan y son ellos á él—y no él á ellos—quienes le sirven de fondo, aun estando delante.

¿Cuántos son? Parece irreverencia contarlos para desmenuzar é individualizar una emoción estética que recibimos de la armonía del conjunto. Pero es que estos árboles son amigos nuestros, y conviene conocerlos uno por uno. Contar las amistades—¡tan raras!—, sirve para estimarlas. Pero, además, nos encontramos con una sorpresa: los abetos del Museo no son más que siete.

Este ejército de gigantes, que hace allí centinela y que da grandiosidad á la perspectiva, no tiene sino siete soldados. Uno cubre el frente del primer cuerpo del Museo, y él sólo se basta para cumplir esa obligación. Tiene las ramas mucho más claras y más ralas que sus hermanos. Acaso haya empezado ya á minarle esa gran carcoma que ataca igualmente á hombres y árboles, y que se llama la vejez. Yo he visto morir toda una hilera de abetos en el Retiro, más allá de la Casa de Fieras, junto á la cabaña del elefante. Eran tan soberbios como éstos. Para mis ojos de niño, mucho más. Eran inmensos. Tenían las ramas muy bajas, que casi tocaban en el suelo, y cada una caía como un penacho, como la cola de un perro de aguas. Jugábamos á la sombra y un árbol nos bastaba. Cuando se fueron consumiendo empezaron también por aclararse sus ramas, por despelecharse. ¡Entonces sí que parecían como los perros flacos! Sus ramas lanudas acababan por quedarse



en los huesos; y por último eran como mástiles de un barco viejo que hace su invernada en el Polo y que ya no volverá al puerto nunca. En pocos años desaparecieron todos. Quedó un claro enorme, y en él empiezan á crecer ahora otros abetos jóvenes. ¿Cuánta vida les queda todavía á los abetos del Museo del Prado?

Antes de llegar á la estatua de Velázquez—seguramente de paso por allí—están los dos ejemplares más espléndidos. Cada uno de ellos es como una gran pagoda, de pisos superpuestos, y en cada piso las ramas tienen su arquitectura de líneas amplias con graciosas y majestuosas curvas. Al pie de estos grandes abetos no crece el césped, sino otras plantas de sombra que no necesitan la luz de sol. Los chicos no pueden jugar; ni es posible tampoco echarse á dormir en pleno estío, como en Hide-Park; pero no es porque lo impidan los abetos, sino los guardas.

Dos á dos, por parejas, que se apoyan y se completan, en armónico maridaje, los otros cuatro llegan hasta asomarse á ver la estatua de Murillo y las fuentes gemelas. Su pompa, rotunda, su dibujo recio y macizo en las ramas inferiores, da idea de plenitud y de vigor. Tienen mucho tiempo por delante, si alguien no los derriba, los abetos del Museo del Prado.

No son centenarios aún. En el año 33 la guía de Mesonero Romanos inserta un grabado del Museo de Pinturas, en que aparece despejado el paseo hasta la línea de los bancos. Ni en el 55 estaban plantados todavía, según otro dibujo. Sus hermanos, los abetos de las cumbres alpinas, ven pasar ante ellos las nieves de muchos años y de siglos. Pero el sol del mediodía manchego es un amante demasiado fuerte.

LUIS BELLO

FOTS. DÍAZ CASARIEGO







TRES meses hacía que César había ingresado en el seminario, y tan corto espacio de tiempo dábale la sensación de años y años acumulados. Dijérase que nació allí, en el recio caserón sombrío; que allí echaron raíces su alma y su cuerpo; que el mundo entero se encerraba entre aquellos muros y nada existía fuera de ellos. Así, al menos, se le antojaba á César. aburrido del latín, por cuyo estudio no sentía la menor vocación, y aburrido asimismo del ambiente austero, frío y monótono, contra el que protestaba íntimamente su rústica y brava naturaleza.

Pero había que ser algo en el mundo; había, ante todo, que dar gusto á la madre; y, según ésta, el más alto empleo del hombre era ser cura. Cura sería, pues. Ello le costaba renunciar á sus más caras ambiciones, cuales eran emigrar á las tierras del Sol para volver un día al pueblo, como tantos otros, con la gaveta bien hinchada de patacones; pero sería cura. Bástale para ello poner al servicio de su deseo aquel tesón, aquella testarudez que heredara de su padre, el cual perdió la vida en la p esa de un río por empeñarse en nadar contra la corriente en desigual combate.

Y eso que el latín se le atragantaba un poco. Horas y horas le costaba aprenderse de memoria las lecciones; mas una vez aprendidas, no había miedo de que las olvidase: como clavos las tenía aseguradas en la mollera. Es decir..., las palabras sí; pero el sentido de ellas, la esencia del discurso... «¡Qué bruto soy!—se decía él obstinado—¿De qué

tengo yo hecha la sesera que no acierto á explicarme la razón de toda esta monserga? ¿Por qué mi señora madre se ha empeñado en que yo sea cura? Con la poca afición que le tengo á los hábitos y á estar encerrado. Con lo bien que me iba amarrado á lo mío, que es la tierra, y no los libretes; arame el terruño y no la cabeza; enténdmelas con el azadón y no con las letras. La culpa es de don Ambrosio, mi maestro de escuela, que es quien la metió á mi madre en ganas de que yo fuese cura, porque, según él, para labrador era demasiado fino. Es posible; mas esta finura no me sirve gran cosa que digamos para el latín, que, por lo visto, es más fino que yo. En fin, paciencia y machacar cuanto sea menester hasta salir adelante. Bien sabe Dios que, á la postre, lo mismo me da cavar la tierra que echar bendiciones; la cuestión es ganarse el pan, y en esto no he de quedarme corto, que soy de los que lo ganan á fuerza de puños, y no esperándolo de la suerte, que es la lotería de los holgazanes. Pero una cosa hay con la cual no transijo, es decir, transijo á la fuerza, por lo mismo que ahorcan, y esa cosa es... que un cura no pueda casarse. Porque á mí se me figura que el casorio me tiraba á mí mucho, y que la mitad del tiempo que voy á gastar en hacerme clérigo me hubiera sobrado para casarme y tener unos cuantos crios. Y si no ahí está la Rosario, la de la huerta, para la que yo no era ningún costal de paja. Tampoco lo era ella para mí, esa es la verdad. Bien que me gustaba verla en el bardal y echar con ella un rato de pali-

que cuando pasaba yo con mi caballería de vuelta al pueblo, á la tardecita, ó muy de madrugada, camino del trabajo. ¡Y pensar que me separan de ella unas pocas leguas nada más y no puedo darme el gusto de ir á verla cuando me venga en gana! Todo sea por Dios y los latines. Bien puede agradecerme mi madre el sacrificio que hago por ella.

•••••

Sucedíanse grises y lluviosos los días de invierno. Por los estrechos ventanales del seminario asomábase la luz pálida de las jornadas sin sol. A lo largo de sus claustros y corredores arrastrábase el viento de las tormentas, silbando en los muros, gimiendo en las puertas, barriendo el polvo de las losas. El patio de recreo, amplio y circundado por altas tapias, mostraba la amarilla desnudez de sus arbolillos. Viento y lluvia, niebla y frío tendían sobre el campo su melancólico imperio, y en él se erguía la mole del seminario con cierta majestad dolorida.

César, en tanto, iba acostumbrándose al estudio y descubriendo, cada vez con menos trabajo, el sentido de las lecciones. Limpia de nebulosidades, iba asomándose su inteligencia á un mundo nuevo, adquiriendo visión propia y comunicándose sin esfuerzo con ideas y sentimientos desconocidos para él hasta entonces. Pero esto, en vez de producirle natural gozo, le entristecía cada vez más. Como si su pristina ignorancia fuese costra ó corteza que a salvo le pusiese de posibles desencantos, á medidá



que la costra desaparecía iba naciéndole una honda tristeza. Dijérase que su felicidad consistía en vivir en bruto, por aquello de quien añade ciencia añade dolor. Ello es que había perdido su ingénita jovialidad, el esguince risueño de la boca, el brillo animoso de la mirada, y hasta aquella tosqueda del semblante, trocada ahora en afinada expresión conventual. Una murria tenaz le invadía. A excepción del estudio, donde únicamente hallaba el olvido de sí mismo, todo lo demás, el paseo, la charla con sus camaradas, el acto de la comida, la hora de despertar y la de acostarse, echaba sobre su espíritu un peso abrumador. Sentíase acorralado, indefenso, perdida la libertad, muerto el instinto, convertido en un autómatas que se movía siempre á toque de campana, y también enfermo, debilitado por inapetencias y sueños intranquilos.

Al cabo de algún tiempo, César cayó en una cama de la enfermería víctima de un mal que no provenía del cuerpo principalmente. Postrado estuvo días y días, padeciendo grandes insomnios y fantásticas alucinaciones. Se veía obispo y labrador al mismo tiempo, y en su quimera mezclábase lo real con lo imposible, como en la mente de un loco. El médico le recetó duchas y fosfatos, que hubieron de aliviarle. Comenzó á convalecer sin abandonar la enfermería. Prohibiósele el estudio y la lectura. No podía hacer otra cosa que pasear por su dormitorio ó por la galería contigua tomando el sol y respirando aire puro.

Curándose iba el cuerpo de sus quebrantos; mas el espíritu continuaba enfermo, y era dentro de su cárcel como un pájaro que en ella hubiese caído con las alas rotas. Sentíase herido de muerte, ofreciéndosele la vida como un largo camino sin objeto. Tenía la conciencia borrosa, dormida, y el pensamiento velado por densa niebla.

Así meditaba cierta tarde de Abril sentado en la terraza de la enfermería, cuando un gorrión vino á posar el vuelo cerca de él, y una ráfaga de aire tibio, oloroso y sensual subió á la galería como una invitación de la primavera. Quedóse contemplando al pajarillo, que saltaba y picoteaba sobre las baldosas... ¡Dichoso él! Estaba alegre y disfrutaba de la más hermosa libertad. Envidiable suerte. El, en cambio, se miraba sujeto á la tierra, amarrado á promesas hechas y deberes aceptados.

El gorrión levantó el vuelo y fué á perderse en el azul.

—Mas yo también podría volar—pensó el seminarista—. Yo puedo rebelarme, recuperar la libertad perdida.

Otra racha de aire embalsamado pasó sobre la terraza. El enfermo aspiró con delicia tan sabroso aliento. Era la primavera que nacía, la primera explosión de gozo de la tierra, que empezaba á enseñar sus flores y sus frutos.

¡El campo! Y al calor de esta evocación, la conciencia del enfermo despertó poderosa. ¡El campo! ¡El campo trabajado, agradecido, noble, que devuelve ciento por uno; tan bueno, que para todos pare el pan que luego se disputan sus hijos; tan magnánimo, que paga con flores el bien que recibe, y procura la salud, y renueva la vida, y cura con

su paz y su silencio las heridas que ocasiona el trato humano, y enciende en el espíritu ansias de una vida más pura y más sencilla!

César creyó oír la voz del campo llamándole, y pensó en volver á su regazo como otro hijo pródigo. Sentíase dominado, vencido por aquella fuerza tierna que despertaba en la Naturaleza con Abril. Y el alma entera se le iba detrás de la ráfaga fragante que pasó sobre la terraza y del gorrión que fué volando campo adentro...

—o—o—o—

Todos dormían. El silencio de la alta noche convertía el seminario en panteón. César, enfebrecido por la impaciencia, levantóse sigiloso y descalzo, y á tientas penetró en el contiguo dormitorio, que era el del enfermero. No tardó en dar, palpando, con el objeto de su misteriosa pesquisa. Volvióse á su cuarto, y allí se vistió la ropa seglar que acababa de obtener por tan sencillo procedimiento. No tuvo necesidad de ayudarse con cerillas para bajar las

nante grata invitación de venturosos caminos. El iba derecho por la senda que, á no serle conocida, le hubiera hecho elegir el instinto, porque á su pueblo conducía. Avanzaba despaciosamente, gustando de la serenidad de la noche y la paz del campo dormido. Un perro de alguna heredad dejaba oír su doliente aullido. Lejos, bajo larga melena de humo, pasaba un tren silbando...

¡Cosa rara! Recorriendo iba el enfermo las dos leguas largas que le separaban del pueblo sin sentir el menor cansancio. Dijérase que unas alas le empujaban privándole de la fatiga. Y unas alas tenía, en efecto; mas no arrancando de los hombros, sino del espíritu: las de la vocación, que empujan al hombre hacia el fin deseado.

Anduvo, anduvo, y finó la noche, y se hizo sobre el campo y bajo el cielo una sombra malva sutilísima, como una gasa, que fué poco á poco aclarándose hasta romper el día y asomar el sol tras un ribazo para esparcir sobre el mundo el tesoro de su alegría. ¡Entonces fué cuando el fugitivo sintió

vivas ansias de abrazar y besar un brazo de aquella tierra, por la que sentía tanta ternura! Porque salir el sol y sentir el enfermo que sus fuerzas renacían en plétora de vida fué cosa casi simultánea.

A pleno pulmón respiraba el aire fresco de amanecido y parecía hallar en él la mejor fuente de salud.

En tanto despertaba el día, tras los largos sueños de la invernada, con fuerza impetuosa, ardiente. La campiña, toda verde y húmeda de rocío, mostraba sus jugosos sembrados, sus limpias acequias, sus árboles recién floridos. Sazonados frutos pendían de las ramas brindando apetitoso regalo, y claras florecillas, prendidas en la acacia y el almendro y escondiéndose entre la hierba, vestían y alegraban la campiña. De los corrales surgía el clarín victorioso de los gallos, y todo en aquel amanecer parecía cantar ya en



escaleras: la luna complicaba su fuga, le iluminaba el camino. Descendió ciento y pico de escalones, atravesó los claustros, llegó al patio de recreo. No había que pensar en puertas ni llaves; todo estará cerrado á piedra y lodo, como fortaleza inexpugnable. Mas allí estaba la tapia del patio, difícil de ganar para otro cualquiera que no tuviese, como él, hechas las piernas y las manos á trepaduras difíciles. Tras un breve tanteo buscando el sitio más accesible, el prófugo trepó, cabalgó un instante sobre la tapia y deslizóse por el otro lado.

Respiró libremente. ¡Ya estaba, tras la breve ausencia de unos meses, en pleno campo, al que hubo de dedicar sus afanes día tras día y año tras año, desde que era un rapaz! Ya estaba otra vez en su sitio, en su elemento, objeto de sus gustos y entusiasmos, principio y fin de sus ambiciones. A medida que caminaba iba tendiendo la vista sobre el campo cariciosamente, con la jubilosa complacencia del que torna á ver á la bien amada. Atrás se quedaba la mole rígida de su reciente cárcel...

Bajo la luna, redonda y serena, que todo lo ungió con su luz de ensueño, parecía estremecerse la noche en una singular ternura. Cuantos senderos culebreaban entre los sembrados, como blancas cintas por el suelo extendidas, eran para el cami-

voz alta, ya quedo. Cantaba el aire con sonoro zumbido, llevando en sus alas mil olores silvestres; cantaban los pájaros madrugadores con su piar cristalino; cantaba el río, que pasaba cerca, con el rumor de su corriente; cantaban las acequias y los regatos con voz queda... Todo parecía tener para César un sentido armonioso. Juraría que volaba sobre el campo una canción gozosa, valiente, libertadora, que brotaba del centro de la tierra... Estaba, al menos, la voz que había creído oír, llamándole imperiosamente, la tarde anterior en la terraza del seminario. ¡El seminario!... Lejos se había quedado para siempre.

«Perdona, madre—pensó el prófugo—, si la tierra, que también es madre, ha podido más que yo. ¡Qué le vamos á hacer! Paciencia, y que cada uno tire por donde Dios le llama.»

Ya estaba á la vista del pueblo. Y á la vuelta de aquel recodo del camino toparía con la huerta de la Rosario. ¡De la Rosario!...

Una risotada noble, sana, fresca, de ingenuidad y de optimismo voló un instante por el campo...

J. ORTIZ DE PINEDO

DIBUJOS DE TEJADA



# LA PINTURA CLÁSICA



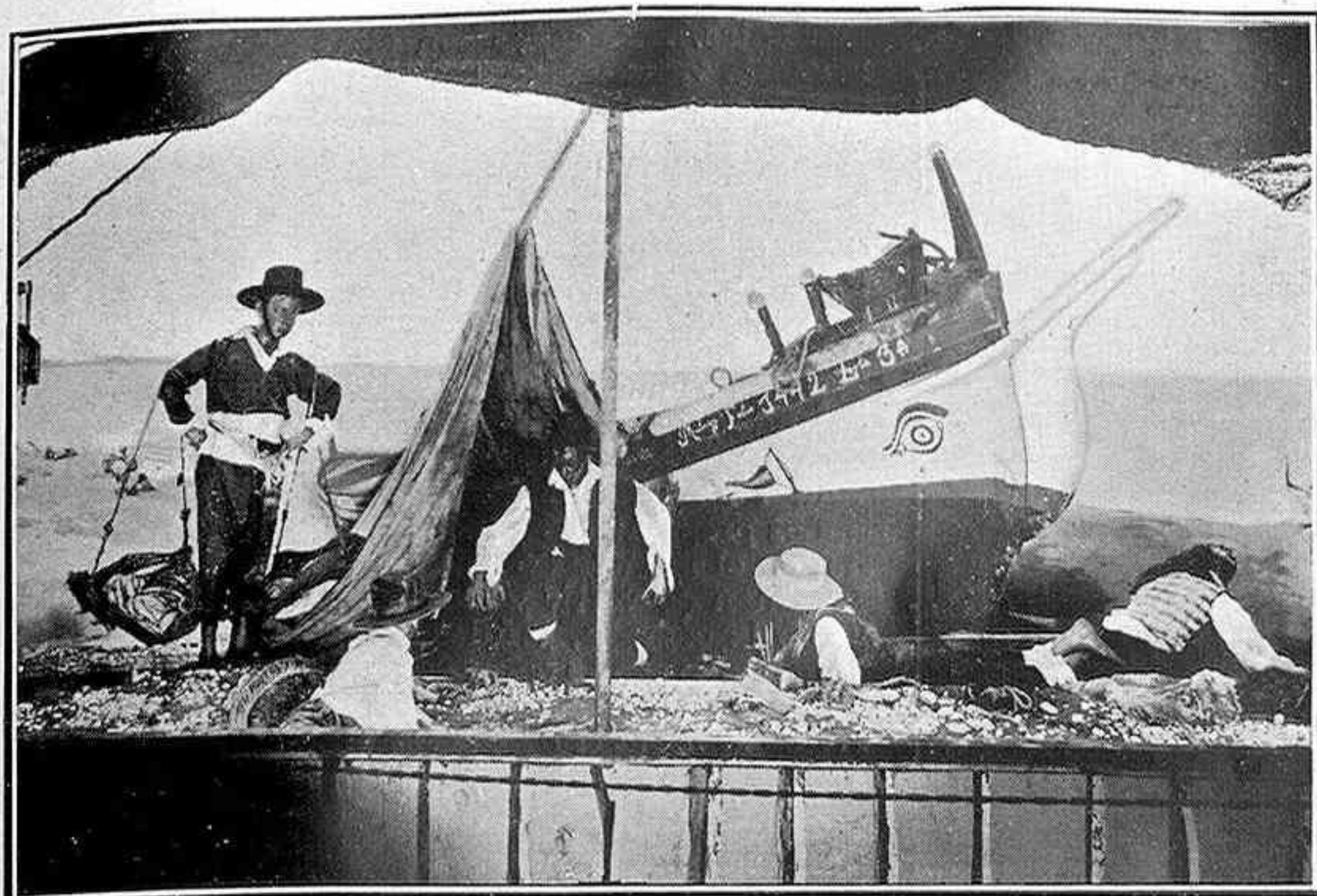
MOISÉS SALVADO DE LAS AGUAS DEL NILO

Cuadro de Pablo Veronés, que se conserva en el Museo del Prado





## LA EXPOSICIÓN DEL TRAJE REGIONAL



Instalación de Málaga



Instalación de Valencia

No es sólo condición mezquina de las gentes altas ó medianas el afán de no parecer español, sino descaracteriza igualmente á las clases populares que en otro tiempo tenían la arrogancia de sus trajes, inconfundibles con los del señorío más ó menos exacto. Así como el mesócrata se esfuerza en copiar al aristócrata, y éste ajusta sus carnes y sus ideas á las modas de fuera, el artesano, el obrero, el menestral, cuida de ser confundido por fuera con quien cree superior á él, sin perjuicio de despreciarle en el fondo.

Y más allá de las ciudades, de las capitales, de los grandes burgos, hasta la más breñal aldea y el más escondido lugarejo, alcanza el propósito de no vestir las ropas de otro tiempo, de aprender con las ceces futbolísticas y las danzas zoomórficas el desdén por el pasado, el temor al *qué dirán* de los sometidos al mismo prejuicio.

De Norte á Sur la lamentación de los artistas y de los poetas añora los tipos y las costumbres del pasado.

«Los mozos—dice desde las cumbres pirenaicas el recio acento del cronista de la provincia de Huesca, Ricardo del Arco—sienten desapego al calzón, á la faja y al pañuelo; las mozas no quieren bajar á la ciudad con el traje del pueblo, si es que lo visten. Temen los remoqueles de gentes necias.»

Se deshacen, se aventan las bellas costumbres, se arrumban—en el caso mejor como reliquias familiares—los bellos trajes de antaño.

El viajero que va hacia los sitios distintos, acuciado por el ansia de hallarles en su integridad tradicional y pintoresca, ve cómo las gentes, los burgueses, las campañeras mismas, están ya envilecidas de civilización igualitaria.

Sueña el viajero una futura emoción en los libros de ayer; confía ante las estampas y los grabados en hallar luego aquellos mismos trajes regionales agitarse en las puras fiestas, en los remansos aldeaniegos. Imagina que el alma antigua de las comarcas recónditas se conserva intacta.

¡Ay! Pronto el viajero descubre para su desencanto que el tren ó el automóvil, ó simplemente la diligencia, no era con él la primera vez que aportaban los elementos descaracterizadores y la vida plácida de los pueblos olvidados ayer dichosamente á sus peculiares rasgos. Y sobre las costumbres, ráfagas de uniformidad van marchitando las fibras que renacían á su tiempo.

En este sentido, la exaltación del traje regional, en el ambiente peculiar rodeado de los motivos rurales que le son fieles, y le suplican la correspondencia de su extraviada fidelidad, puede tener ese valor de reintegración que decíamos antes: convencer al hombre de cada región cómo afirma mejor su personalidad destacándose que sometiéndose y que es más apreciada su aportación individual—afirmada por el respeto y amor á lo que le define y separa de los demás—al esfuerzo

colectivo, no en gregaria ó inclusera sumisión de formas, colores, lengua y costumbres, sino con su traje, su acento y su acción locales.

A ello procuraba la creación por la Comisaría Regia de Turismo, de premios á la constancia en el uso del traje regional; los festivales de diversas provincias como las de Aragón, Asturias, Galicia y Vizcaya, los intentos de museos etnográficos regionales ó nacionales, el amor práctico de pintores españoles y extranjeros á reflejar los tipos vascos, gallegos, castellanos, andaluces, etc., de un modo serio y directo, sin sonajerías de pandereta ni zarzueleras agrupaciones corales.

A ello, en fin, la *Exposición del Traje Regional*, contenida en los bajos del Museo de Arte Moderno.

Quedan para otra oportunidad las sugerencias de los más anchos círculos concéntricos que ha de despertar en el lago adormecido de la conciencia nacional esta Exposición; el agitar con razones estéticas principios étnicos y éticos de las regiones; el contribuir á la españolización artística de Europa y América ya iniciada por los gonfaloneros de la moda; la inquietud viajera, la comezón de más directo conocimiento que despertará en los mismos españoles; la reivindicación de unas comarcas creídas, por tópicos sucesivos, de distinta manera á como son en realidad.

Y ver, en fin, cómo importa más á nuestro porvenir esta exhibición de trajes pretéritos sobre maniqués de madera que otras exhibiciones de pretéritas ideas sobre maniqués humanos; tan del gusto de ciertas gentes, á quienes no preocupa sino su pancismo actual.

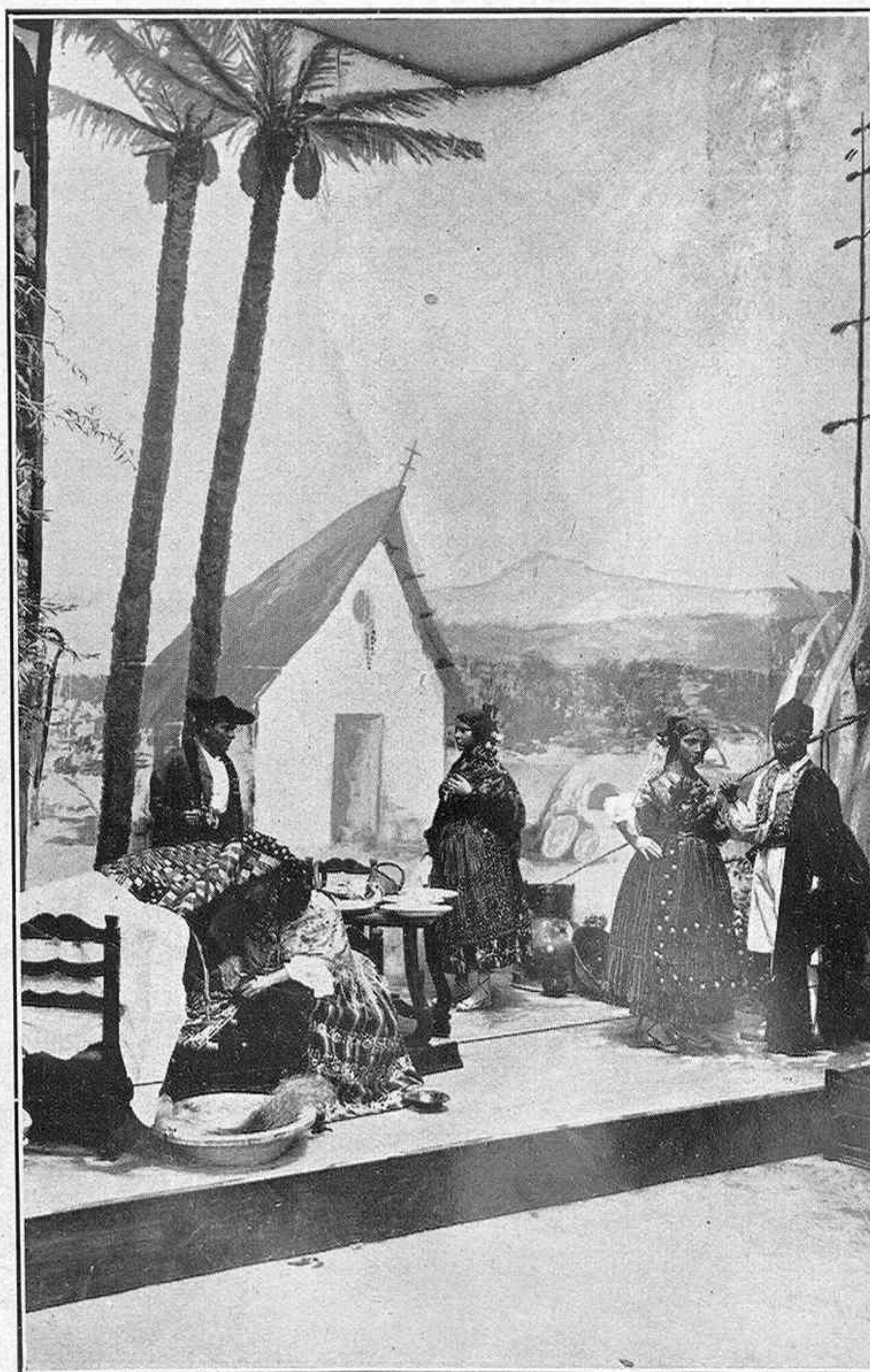
Nuestro propósito de hoy es meramente informativo de su aspecto artístico. Extraviarnos con un melancólico placer del entendimiento y una deleitosa alegría de la mirada en esta infinita fiesta de color, que va de las blandas figuras galaicas, bajo las piedras románicas roídas por la lluvia, y rostro al esplendor suave de las rías auiverdes, ó desde el rembranesco claro-oscuro de un interior asturiano á la pompa galante y suntuosa de un *estudi* valenciano ó junto á la murciana inclinada sobre los gusanos de seda de su *tartana*, como una madre sobre la cuna filial.

•••••

La Exposición puede considerarse dividida en cuatro secciones: las instalaciones especiales, escenográficas, de algunas regiones; la de los maniqués y series de grandes agrupados y clasificados respectivamente en tarimas y vitrinas; la de trajes de época y la del Seminario de Etnografía de la Escuela Superior del Magisterio.

La más atractiva resulta, desde luego, la primera sección, aquella donde no se dejó abandonado el traje á sí mismo, procurando en cambio darle una apariencia de vida y rodearle de cierto ambiente que completara su belleza y explicase su razón de ser.

Un criterio sobrado exigente tal vez pudiera poner reparos á este sistema de instalación, no del todo libre de parecer barracas de feria, simulación de los cuadros vivos que tan del gusto son en ciertas funciones benéficas de dudoso nivel artístico. Incluso ese criterio debería aplicarse ante alguna de esas presentaciones espectaculares hechas de un modo lamentable; pero sería injusto en otras que, sorteando y venciendo los peligros de una escenografía trivial, el recuerdo de aquellos interiores con figuras de cera y autómatas que amaban los «falsificadores de idealismo», los «simuladores



Instalación de Murcia





Instalación de Asturias

de un retorno á la sencillez bucólica del siglo XVIII, han procurado unir la condición de atraer la curiosidad profana de los más sin herir la sensibilidad de los menos.

Basta cotejar el aspecto del Salón de maniqués almacenados sin otro orden ni prurito artístico que el de sus respectivas demarcaciones geográficas, con los colocados en escenarios propios para comprender cómo, incluso, su misión didáctica se cumple me-

jor y atrae mayor número de contempladores los últimos que los primeros.

Escenas, momentos, episodios de cada sitio fingen vivir estos muñecos, desprovistos de la rigidez vertical de los maniqués. Asturias, por ejemplo, evoca en una prodigiosa interpretación veraz y de bello realismo, de una casa la hogareña fiesta de la esfoyaza en torno del fuego, mientras unos novios dialogan, un trotamundo solicita cobijo du-

rante la noche, otras mujeres tejen en una habitación contigua, y á través del cristal de la ventana se ve el dulce campo astur ubérrimo y húmedo.

Galicia muestra á un lado la melancolía pluviosa de Santiago y á otro la sonriente caricia de las rías bajas. Agrupadas con pictórica y escultórica maestría varias figuras evocan la mocina de paño marelo y cabellos de lino, el mozo de montera picona, la vieja devota, el gaitero pícaro, el rapaz bello como un príncipe de cuento.

Son acaso estas dos instalaciones con la de Vizcaya, que también representa una antigua y característica casona por dentro y por fuera, las que más elevado mérito estético poseen.

Pero no deben olvidarse la playa de Málaga con la proa de una barca de fenicio linaje, sus jabegotes sacando el copo, vista desde la ventana de la casa de un pescador cuya familia prepara el humilde yantar de sardinas asadas en el «espetón».

Los preparativos nupciales en el *estudi* valenciano, en el interior de la alquería donde las amigas terminan de vestir y alhajar á la novia, mientras sobre la cómoda, y á los pies de la imagen de la Virgen que sonríe entre dos búcaros, rebosantes de flores, abre su boca la arquilla llena de joyas... *es l'or de la novia el triple collar de perlas, les arracades, agulla de pit, todo de esmeraldas, la pinta y les agulles y cerca de la cama, cubierta con rameada tela azul, el arca muestra el caudal de vestidos y ricas telas, que guarda en sus entrañas.*

También en los trajes toledanos de Lagartera sugieren preparativos de boda en el momento en que la novia se prepara para ir á la iglesia acompañada de sus familiares.

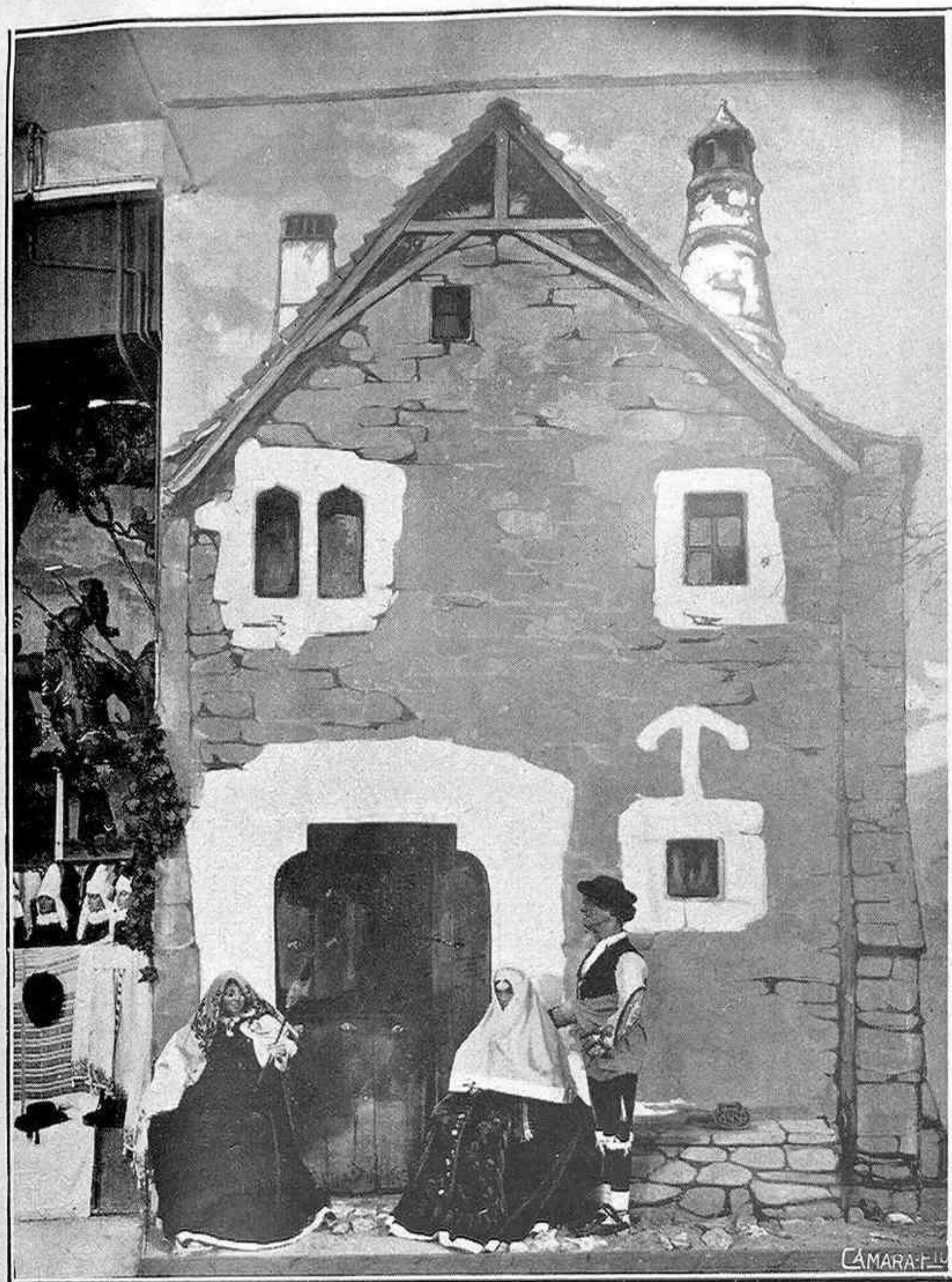
El portal de una casa charra donde los dueños han reunido á sus amigos en un día de feria cuando se sacan los vistosos y brillantes trajes populares es el pretexto ideado para la instalación de Salamanca.

Y el grupo de las Amazonas rústicas con su espolique de medieval capote, en Zamora, y las parejas de novios cordobeses en la reja florida; ó los vendedores de cacharros en la plaza de Baeza ante el histórico arco llamado Puerta del Pópulo; los oscenses con trajes de los Valles de Anso y Hecho descansando delante de los muros de una recia casa del alto Aragón; la calesa madrileña, los huertanos de Murcia que rodean á la ya citada mujer inclinada sobre la inquietud gusanera serícola de la *tartana*; el pastor manchego bajo su choza; los pasiegos al pie de un candoroso «nacimiento» de cartón que intenta sugerir la idea del paisaje santanderino...

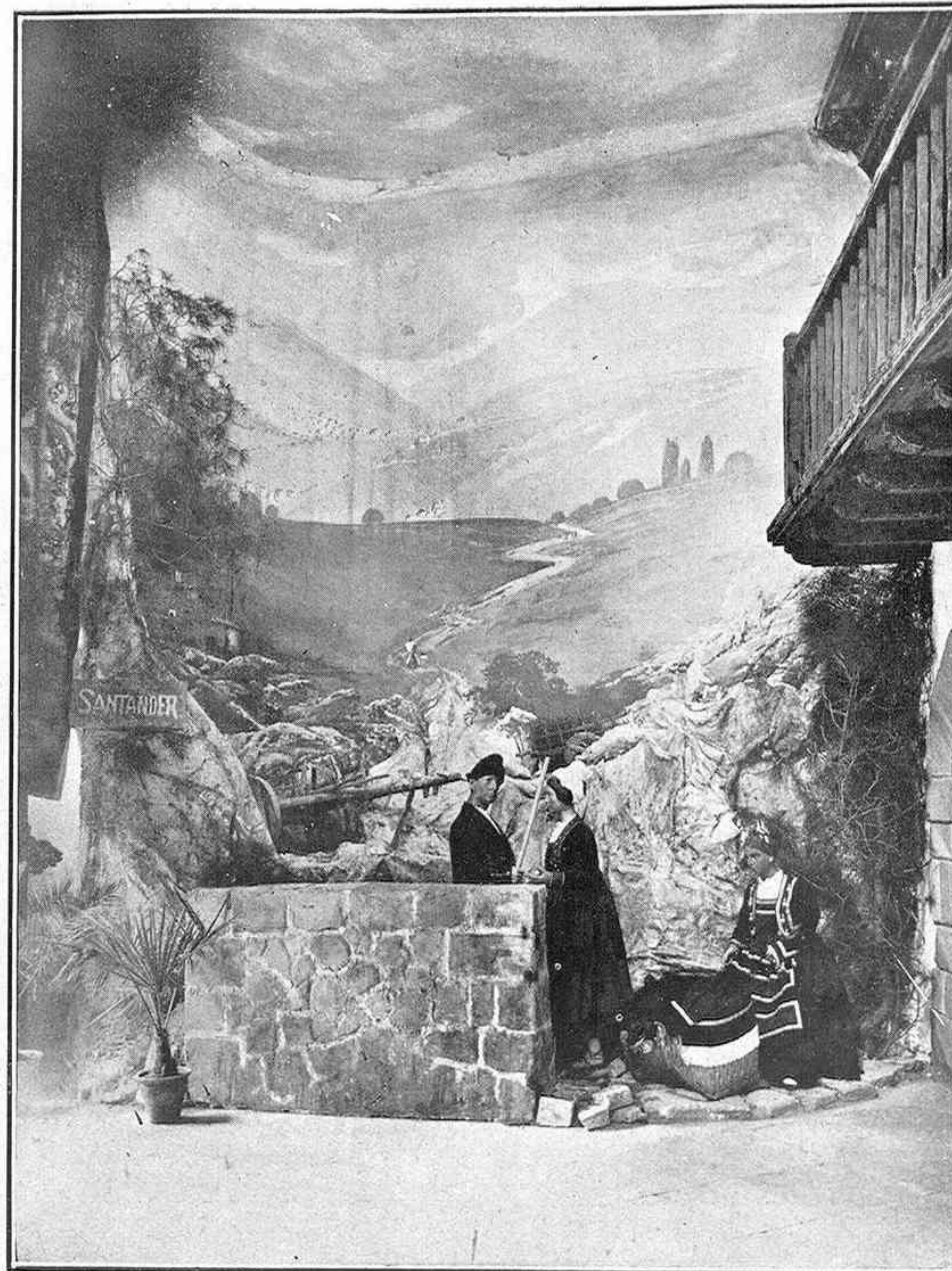


Instalación de Vizcaya





Instalación de Ansó



Instalación de Santander

El salón de maniqués vestidos y prendas sueltas clasificadas con arreglo á diez provincias, contiene trescientos cuarenta y ocho trajes y tres mil novecientos catorce prendas, de las cuales son de mujer dos mil ochenta y dos; de hombre mil seiscientos diez y ocho y de niño doscientas catorce.

No menos interesante y con la misma falta de espacio que la hace confusa é inexpresiva, la importantísima sección de la Escuela Superior del Magisterio con una vitrina donde se contienen treinta Memorias monográficas—¡é inéditas, desgraciadamente!—de los trajes regionales ó locales de Coruña, Lugo, Asturias, Vascongadas, Roncal, Cataluña, León, Salamanca, Cáceres, Badajoz, Huelva, Avila, Segovia, Soria, Guadalajara, Toledo, Alicante, Murcia, Baleares, Canarias, Córdoba, Jaén, Sevilla, Granada, más otras sobre trabajos de mallas y encajes, tapicería, orfebrería y cerámica, correspondientes á los trabajos realizados por las alumnas en los cursos de 1915 á 1925.

En la misma vitrina, en las cajas acristaladas y en los estantes, figuran: 24 prendas, 61 modelos reducidos de prendas y objetos de ajuar, calzado y tocado; 12 pares de calzado típico; 86 muestras de materiales y tejidos para los trajes y adornos de los mismos; varios objetos de cerámica y culto.

Añaden positivo valor etnográfico á esta vitrina las cartoneras y cajas con la espléndida serie de documentos fotográficos, los portaláminas con más de trescientos dibujos, acuarelas, fotografías de tipos vistiendo el traje regional, vestidos sueltos y prendas y accesorios indumentales de toda España.

Finalmente, entramos á una sala que ya tiene empaque museal.

Presentadas con una señorial pompa, con una elegante sobriedad, encontramos aquí junto á los trajes de gentes del pueblo, las ricas vestiduras de los aristócratas; coletos de soldados, chaquetillas de picadores y de majos, al lado de las casacas de seda finamente bordadas que evocan los abates y galanes de Fortuny ó las pomposas vestimentas femeninas del siglo XVII que nos hacen pensar en las princesas velazqueñas.

Una suave y discreta luz cae sobre ellos y los funde en una misma sensación de distinguida belleza. Bajo ellos no importa ya el corazón plebeyo

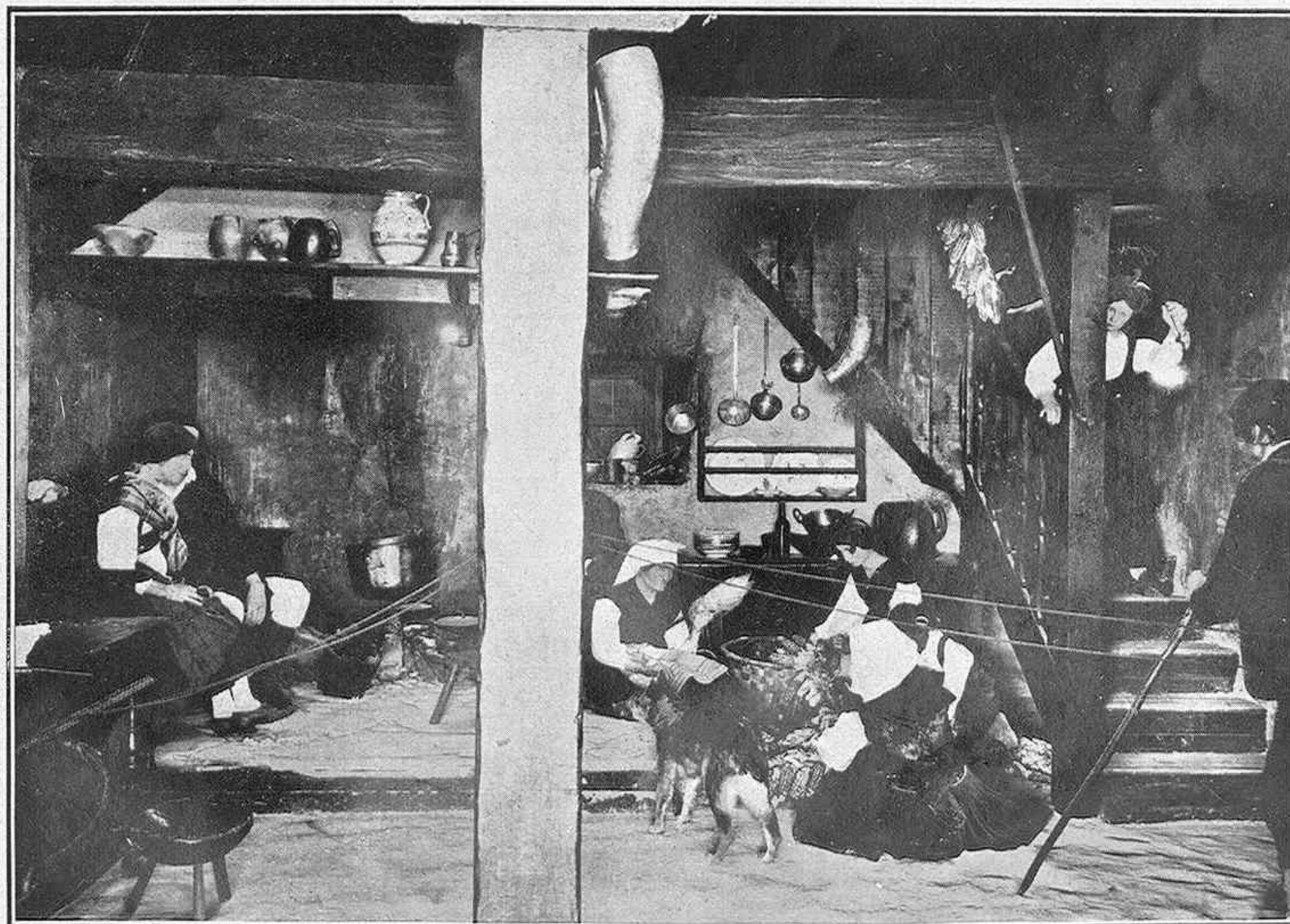
ó noble que latiera. Destrozados los unos por el uso y las tareas humildes, bien conservados los otros como de personas que no gustaban de gastar mucho tiempo la misma prenda, todos ellos tienen ahora el encanto marchito y exhalan una fraterna nostalgia.

La gente habla en voz baja delante de las vitrinas que contienen como se habla en los templos y en los panteones y en las ruinas.

En cambio, entre los otros trajes populares ríe, grita y bulle sin miedo ni tristeza.

Inconscientemente se da cuenta de que todo esto vive como ella vive y que si pasará á apollarse en un Museo, como un símbolo también volverá á invadir y á policromar de manera tangible la existencia real y las costumbres actuales.

José FRANCES



Instalación de Galicia

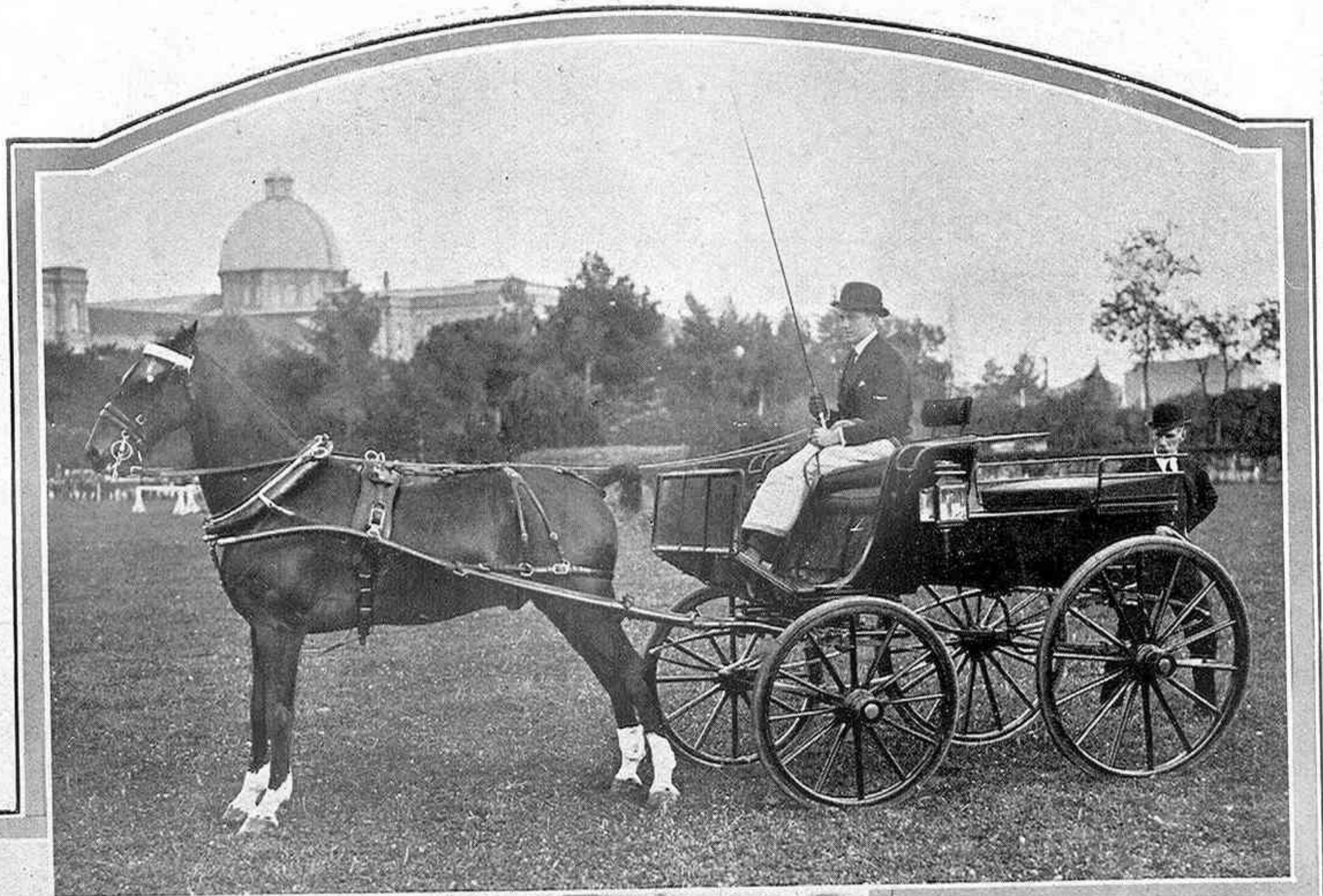


# LAS EVOLUCIONES DE LA ELEGANCIA

ALGUNAS veces, aun en las tardes de *turf*, castizamente de *carreras de caballos*, entre la multitud que circula por la Castellana, hay un movimiento de expectación, muchas veces irónico, algunas admirativo. Irónico, sí, no hostilmente irónico, sino cordial, simpáticamente irónico, algo así como cuando vemos á una vieja parienta ostentar galas pasadas de moda ya.

Esto, que sucede raramente en el confuso desfile de las fiestas hípicas, sucede mucho más en ese amable mentidero de la *Fuente Castellana*, donde parece haberse trasladado el más castizo de San Felipe.

Bien; es el caso que entre el desfile de *autos* suntuosos, guiados muchos por sus dueños, algunos inclusive por sus dueñas, surge de improviso un *tren* elegante, un coche gracioso y distinguidísimo, arrastrado por caballos briosos, ostentando, como en otro tiempo, armas y colores.



En el Concurso de enganches recientemente celebrado en nuestro Hipódromo de la Castellana, el primer premio correspondió al elegantísimo coche propiedad de D. Horacio Echevarrieta...

Otro de los coches que más vivamente llamaron la atención en el Concurso de la Castellana fué el "spider" del señor marqués de Amboage, conducido por el hijo del ilustre prócer...

El fino y airosísimo *Rolls*, el *Panhard* suave y entonado, el mismo *Panhard* de *sport*, vacila, y si no fuese hipóbole diría palidecen al lado del nuevo, que es *muy viejo*, casi, casi como un fantasma, algo así cual si entre los coches que, una noche de fiesta, se aglomeran á la puerta del *Ritz* ó el *Palace*, surgiese de improviso la carroza famosa, con una rosa cubriendo el escudo de armas, que cuando la noche de su presentación en la galería de espejos de *Versailles* creía faltar por carencia de vehículo, vinieron á avisarle á madame *Dubarry* que le esperaba á la puerta, como le avisaran antes la presencia del traje y del peluquero.

Repito que apenas quedan ya esos trenes tan bonitos, tan señor, tan *chic*, y que, como todo lo que es vida, tan bien rimaban con el paisaje y la multitud. Quedan los trenes del conde de la *Cimera*, que ha tenido el buen gusto de amar el deporte hípico; los del marqués de Santo Domingo, y alguno, pocos, más.

Son, eso sí, estos trenes *chic*, muy *chic*, de un supremo *chic* de gran señor. Al verlos pasar evoco, como también lo hago al subir la calle *O'Donnell*, camino de la Plaza de Toros, dos épocas, una que, aunque muy niño yo entonces, recuerdo; otra que atendí contar á mi madre y á mi tía la *Villalobar*.

Hace muchos años, sin hablar del divino París del segundo Imperio, en que desfilaban en las carretelas á la *Grand D'Aumont* Eugenia de Montijo, la *Marny*, la *Princesa de Bassamy* otras maravillas de aquel entonces, aquí, en el pueblecillo que era Madrid, pueblo con pinas calles empedradas de guijarros y enormes palacios con sus cocheras, su iglesia y su convento, desfilaban las carretelas tiradas por cuatro caballos, con empolvados postillones y palafreneros de las casas de *Fernán Núñez*, *Alcañices*, *Osuna*, *Santoña* y *Salamanca*, con las damas que semejabán, gracias á sus huecos miriñaques, enormes rododendros.



Magnífico coche, magistralmente conducido por su diestro propietario, fué el de D. Manuel Ibáñez, en el reciente Concurso de enganches...





El marqués de Amboage presentó también al Concurso este otro "spider"

Luego, tiempo después, niño, muy niño, veo entre las brumas de mi infancia, desde las carretelas fastuosas de mi abuelo, el marqués de Vinent, las espléndidas meriendas del barón de Benifayó, duque de Fernán Núñez; la elegancia insuperable de gran señora de la duquesa Pilar; el *chic* único de la duquesa Rosario de Alba, los trenes muy ingleses del duque Carlos, un *Fitz James Stuart*, los de Alcañices, Nájera, la Laguna...

Ahora, ¡ay!, apenas queda nada ya. Quedan, sí, alguna vez, los coches de Fernán Núñez, Montellano, Viana, Arión, Beistegui, Larios y muy pocos más.

Y sin querer, ante la horrible invasión de los *taxis*, pienso con pena, con Jorge Manrique:



Nota muy curiosa del festejo fué este diminuto y encantador cochecillo...

Reina Isabel II ostentaba su belleza matronil, esteada de joyas portentosas y ataviada de azul *isabelino*; el *cabriolet* que llevó a la hija de Marie Thérèse de Austria a la *Cubeta de Mesmer* el día en que sucumbiera a la tentación de Cagliostro, loada por Juana de La Motte Valois; y mucho, mucho después, ayer, como si dijésemos, los pomposos coches colgados de la Sierra Bullones, la duquesa Carolina Nájera, los enfáticos de la Bailén y las jacas espléndidas de las yeguas de los Laguna. Rememoremos...

Antonio de HOYOS y VINENT  
Junio, 1925.

Otro espléndido coche de D. Manuel Ibáñez...



Junto al vértigo actual de automóviles, los coches vistos recientemente en la Castellana eran una evocación de los graciosos carruajes del siglo XIX. Ved aquí un bello "tonneau" del conde de la C.mera...

Los Infantes de Aragón,  
¿qué se hicieron?  
¿Qué fué de tanta noble invención  
como trujeron?

Si... ¿Qué fué de ello? No nos dediquemos al arcaísmo, ni lloremos, no diré yo la barca de Tiberio, ni los palanquines de las reinas legendarias, ni los carros de marfil y oro en que corría Cambises, Rey de Babilonia, sobre las murallas de la ciudad, anchas como caminos; ni los onagros que, en su visita al Rey Salomón, tiraban del carro de la Reina de Saba. Puestos a no recordar, no evoquemos tampoco esas bellísimas carrozas de *Vernis Martin*, de lacas ch-nescas y de bronce que aún admiramos en Versailles, y que nos dicen de las insuperables elegancias del siglo XVIII francés; ni las más graves y pomposas de ébano y plata que están en las *Reales Caballerizas*; y tampoco pensemos en los trineos como el que se admira en el Triánón, en que durante la mañana inolvidable que evoca Alejandro Dumas, la Reina infortunada Marie Antoinette flirteó con Fersen; ni los que sirvieron a Catalina *la Grande*, de Rusia, para pasear sus antojos de Emperatriz asiática; ni los que arrastraron la agonía del *Aguilucho*, el mísero Rey de Roma. Pero sí, más reciente, recordemos los rápidos *fiacres* en que el archiduque Rodolfo, muerto trágicamente en *Meyerling*, fué a las citas de amor de la baronesa Vestchera; las carrozas bonitas en que la



El conde de la Quinta de la Enjarada condujo en el Concurso de la Castellana un bello "tonneau"

FOTS. CAMPÚA





## SILUETAS DE MUJER MODERNA

ALLÁ por 1900, antes de esta era deportiva que estamos viviendo y en ocasiones padeciendo, no era la ligereza cualidad muy estimada en las mujeres.

Había en las colecciones de proverbios de todos los idiomas sentencias y consejos que mostraban, con rara unanimidad, la conveniencia de poner trabas á los pies femeninos... *La pierna quebrada, y en casa*, decíase en castellano... Y en francés, *Un fil à la patte*...

Eran los tiempos en que las señoritas necesitaban el apoyo de una mano—á ser posible, varonil—para salvar un peldaño, ó un arroyo, no más alto el uno y no más ancho el otro de veinte centímetros...

Dora Hanson, Rebeca Laemle y Ethel St.-Gene, discípulas de la Escuela de danza de Los Angeles, en uno de sus ejercicios rítmicos, modelo de ligereza y de gracia... Y en primer término, miss Rigglin, otra de las más notables y bellas "ingrávidas"

## LAS INGRÁVIDAS

Y eran también los tiempos en que los caballeros de más de cincuenta años perdían su alma, su tiempo y su salud junto á las paradas de tranvías ó de coches, contemplando los tobillos de las mujeres, á quienes la lluvia obligaba á «recogerse», y atisbando aquel poquito de pantorrilla que algunas señoras mostraban al subir al carruaje, y que entonces tenía valor de intimidad sorprendida ó revelada.

Pero ha llovido mucho desde entonces, y en estos asuntos de piernas femeninas el papel del Diablo ha perdido casi todos los tantos... La falda abierta, en la ciudad; el *maillot*, en la playa; las evocaciones de las danzas griegas, en la escena; y las primeras manifestaciones del deportismo feme-





Miss Riggin en otra de sus actitudes durante el salto rítmico

Miss Ethel St-Gene durante uno de sus ejercicios sorprendentes de danza, que da la sensación de un vuelo, por su ligereza desprovista de toda apariencia de esfuerzo

nino con su indumentaria especial, breve y leve por necesidad, iniciaron una reducción lenta, pero continua, de los límites marcados por el convencionalismo al pudor... ¿Dónde comienza éste y dónde acaba en la actualidad?

No tiene límites precisos ni asiento fijo... Todo en él depende de las circunstancias y de la moda... Una falda que no pasa de la rodilla es perfectamente correcta entre once de la mañana y cinco de la tarde, horas que se suponen consagradas al deportivo *footing*... En cambio, de noche, en las horas de gran vida mundana, la falda ha de rozar el tobillo, en tanto que el escote puede descubrir la espalda hasta más abajo de la cadera, y el pecho hasta el nivel del estómago, sin que peligro ninguna reputación.

Al rebelarse contra esa tutela de los prejuicios y recobrar lo que podríamos llamar su libertad moral, las piernas de las mujeres no se han conten-

tado con ser bellas; han querido también ser fuertes... Y aquella escuela femenina de educación física y rítmica, fundada hace años por Isadora Duncan—y tan mal acogida entonces, que tuvo que huir de los Estados Unidos para refugiarse en París—, aquella escuela tiene hoy, y en los Estados Unidos más que en ninguna parte, tantas discípulas y tantas maestras que va tomando aspecto de religión nueva; una especie de misticismo de la energía feminizada por la gracia del rito ingrávito.

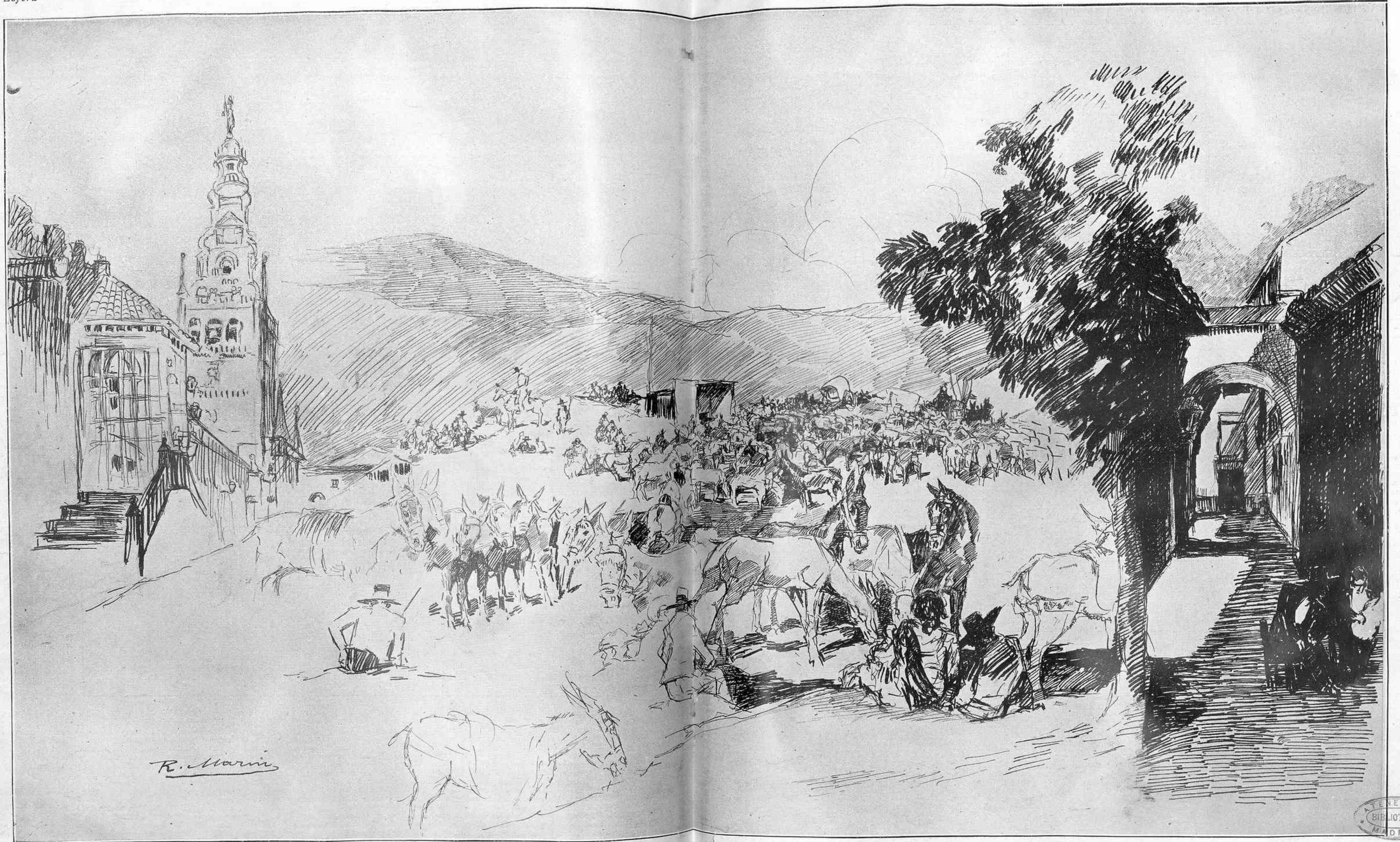
Y hay tal devoción en ese rito, que se ha hecho de él un espectáculo intensamente emotivo, capaz de llegar no solamente al alma de los elegidos, sino también al corazón de la multitud... Las *Hofmann Girls* y las *Tiller Girls*, que recorren los escenarios del mundo, ganando y produciendo á sus empresarios millones, no son sino eso: dos conjuntos formados por muchachas muy bellas, educadas desde niñas en ese culto del ritmo alado que inmateraliza, por decirlo así, el cuerpo, librándole de las cadenas de la gravedad; dos conjuntos, cada uno

de los cuales ha llegado á ser un maravilloso instrumento humano de precisión; un instrumento en el que diez y ocho mujeres ejecutan al mismo tiempo los mismos pasos, en la misma actitud, con el mismo gesto, y la danza colectiva adquiere armonía y solemnidad rituales, y la ofrenda estética no parece hecha en un teatro para los hombres, sino en un templo para los dioses...

De todos los aspectos de la mujer moderna—gradaciones que van desde la frivolidad inconsciente hasta el masculinismo absurdo—quizá el único lo bastante noble para servir de eslabón entre el pasado y el futuro, en la historia del encanto, de la poesía, de la *luminosidad* femeninas, sea éste de esas «ingrávidas» que en cada uno de sus movimientos ponen un sortilegio, una estrofa y un rayo de luz...

ANTONIO G. DE LINARES





Córdoba, bella y sensual como una favorita árabe que tuviera el alma cristiana... Mística y pagana al mismo tiempo, muy antigua y muy moderna, alía dichosamente ambos extremos: de un lado, en el magnífico tapiz cordobés, la mezquita mora muestra en su torre la cruz de Cristo... El mismo fervor que reza ante la Virgen de los Faroles es luego la alegría pintoresca y pagana

TAPICES ESPAÑOLES.—CÓRDOBA, LA SULTANA

del ferial típico donde bracean los finos potros andaluces y las gitanas de tez cobriza suspiran sus nostalgias errantes... La misma nostalgia que immortaliza el *suspiro del moro* se hace luego, en la melancolía dramática del *cante jondo*, pasión y ritmo, sensualidad y arte; es decir, toda el alma lírica y armónica de Córdoba, la Sultana...

DIBUJO DE MARIN





Viven del olor de las manzanas salvajes

No hay libro de aventuras ni de viajes maravillosos semejantes á los poemas de la India. Sólo puede comparárseles la mitología helénica. Pero, sin duda, los griegos conocían el *Panchatrantá* y el *Mahabarata*. Este y el *Hipótadeza*, colecciones de fábulas, han dado asuntos al viejo Esopo, á los cuentistas árabes, á Lafontaine y á Iriarte y Samaniego. Así como circularon por el mundo las fábulas indias, antes de que Vasco de Gama llegara á las costas de Calcuta, así pasa ronda versión en versión los mitos y los viajes maravillosos.

La leyenda hebrea de Jonás tragado por la ballena está contada ya en los poemas indios; la conocieron los griegos, y Luciano escribió ya con el espíritu crítico y burlón de siglos más cultos la caricatura del viaje marítimo de que vamos á hablar.

Luciano se autoriza á sí mismo para contar episodios fantásticos, como si fueran ciertos, con el ejemplo de Ctesias, cuya *Historia de las Indias* dice «cosas que él no había visto ni había oído jamás». Jambulo compuso una historia bastante ingeniosa de las maravillas del Océano, sin respetar para nada la verdad. Muchos autores hicieron lo mismo, y contaron lances que decían haberles ocurrido en sus viajes, en los cuales entremezclaban la descripción de diversos animales monstruosos, de crueldades inauditas—si es posible que exista una crueldad que no se le haya ocurrido ya á algún hombre y que no haya sido puesta en práctica alguna vez—y de costumbres bárbaras y salvajes. El ejemplo se lo dió ya Homero, que hizo descubrir á Ulises en casa de Alcinoó la cautividad de los vientos, la figura enorme de los cíclopes, la

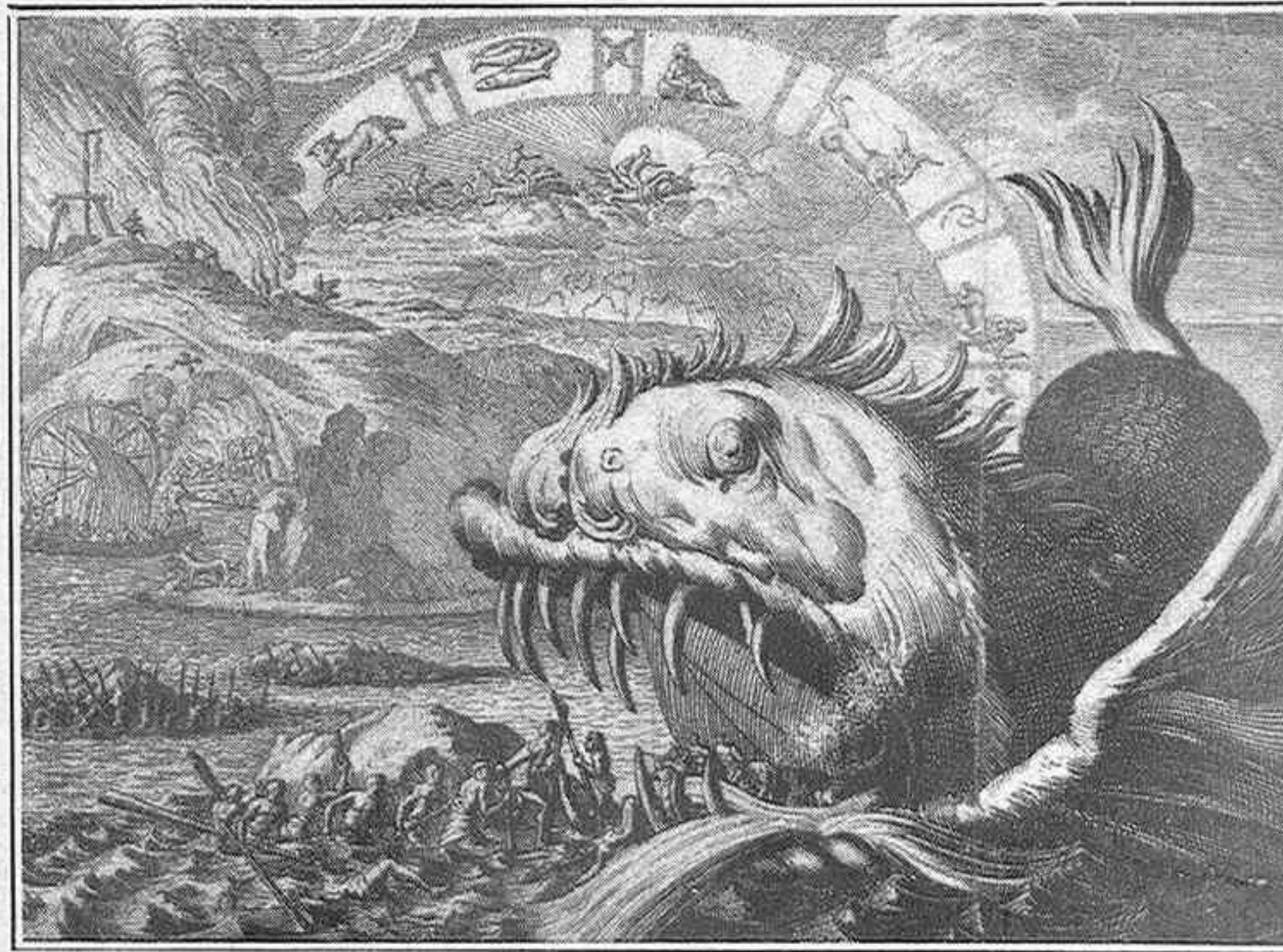


Peces domesticados

crueldad de los antropófagos y animales de varias cabezas, metamorfosis de sus compañeros por los encantos de una hechicera y otros sueños parecidos, que había tomado del grosero pueblo de los Feacos.

Luciano empieza por declarar que su viaje es imaginario, para no ser «el único en el mundo que carece de libertad para mentir». Quiere contar cosas que ni son ni pueden ser. Su *Historia Verdadera* sirve para poner á todos en guardia contra las narraciones maravillosas y, sin embargo, siempre habrá quien crea en ellas, y quien las inventa seguro de que le darán crédito.

Salió en un barco bien equipado, con cincuenta hombres, «tocado del noble deseo de ver y de aprender cosas nuevas», y provisto de un buen piloto. Cinglaron de las columnas de Hércules, mar adentro, por el Atlántico, para descubrir la grandeza del Océano. Este barco, que primero boga por la mar y arriba á una isla prodigiosa—visitada por Hércules y Baco, que tiene ríos de vino y mujeres arborescentes, muy peligrosas para los marinos, que si se acercan demasiado á ellas empiezan á echar raíces y hojas, convirtiéndose en árboles también—, más tarde, llevado del viento, flota sobre las nubes y llega hasta la luna. Hipógrifos, ú hombres montados sobre grifos con alas. Lacarópteros, ó grandes pájaros cubiertos de hierbas en lugar de plumas, sobre los cuales cabalgaban los scordomacos y los cencrobolos. Aquí se desata la fantasía del humorista de Samosata; pero nada de lo que invente es en el fondo diferente de lo que siglos después inventaron los viajeros del Africa



Una alegoría del Universo

interior ó los primeros expedicionarios del descubrimiento de América.

Para ser justos, hay que decir que, en general, los españoles se ciñeron en sus relatos á la verdad mucho más de lo que hubieran hecho en circunstancias semejantes otros pueblos. Desde luego, indios, egipcios, griegos ó romanos habrían agregado al relato védico de sus viajes detalles extraordinarios que los hubieran convertido en hazañas mitológicas. Quizá estaba la razón—aparte de la gravedad castellana—en que para ser creídos, al volver necesitaban no acumular demasiadas maravillas. Ya era bastante maravillosa la realidad.

El relato del combate entre el Sol y la Luna traspasa ya los límites consentidos á las narraciones de viaje. Por fin vuelve el barco á la mar, y allí dan con una ballena monstruosa, «de dientes largos y puntiagudos, como torres, y blancas como el marfil». «Cuando la vimos venir hacia nosotros, con las fauces abiertas, nos encomendamos á los dioses y nos abrazamos unos á otros para no separarnos ni en la muerte. Así se nos tragó á todos juntos, con nuestro navío, pero con buena suerte, porque antes de que se nos engullera, nuestro barco pasó con toda felicidad por el intersticio de dos dientes.» Lo que allí dentro hallaron es como en el *Viaje al centro de la Tierra*, de Julio Verne: un mundo con su luz, sus lagos, sus costas, sus bosques y sus habitantes misteriosos. Allí viven tranquilamente, encienden lumbre, pescan y guisan sus pescados y aguardan, como delicioso espectáculo, el momento en que el monstruo abre la boca para centemplar el cielo.

Pronto adquiere velocidad en esta carrera de fantasía, y Luciano nos cuenta sus aventuras por



Las hormigas guardadoras del oro de las minas

el bosque, su encuentro con un templete dedicado á Neptuno, que le hace sospechar que allí hay hombres, y, por último, la aparición de un viejo y un joven, que llevaban allí dentro veintisiete años, cultivando, sin desesperarse, un jardincito y defendiéndose, como podían, de los pobladores de aquel país: «los taricanos, con cara de cangrejo, bárbaros y belicosos», los carcinóquiros y los cinocéfalos... Y aquí empiezan nuevas descripciones fantásticas; nuevas guerras.

En la descripción de esos seres imaginarios no hay ni más ni menos fantasía que en los relatos recogidos por Herodoto ó por el cronista de las supersticiones, Polyno, autor de la *Polyhistoria*. ¿Qué diferencia hay entre estas mentiras declaradas y las que Juan de Mandavila, en su *Libro de las Maravillas* (1400), quería hacer pasar por verdad? Lo que se escribía ó se decía en el momento de la gran aventura preparaba el ánimo á lo más raro y poblaba de sueños las regiones desconocidas. Nuestros conquistadores de América debieron tener la cabeza muy firme para no desconcertarse con esas fantasías; hombres con cara de perro, monóculos, hormigas guardadoras de tesoros, gentes que se alimentan del olor de las manzanas.

Lo que enseñan todas esas historias, las de Luciano, con sentido crítico, y mucho más las que están narradas ó imaginadas de buena fe, es que el hombre se defiende en todas partes donde le lleven el viento ó el mar, y que con su esfuerzo logra salir de las situaciones más difíciles. Sólo necesita serenidad de ánimo, firmeza de voluntad y otra cosa, que tampoco está de más y sin la cual no es fácil salir del vientre de la ballena: un poquito de suerte.

A. DE TORMES



Hombre con cara de perro



# EXPOSICIÓN DE ARTE DECORATIVO DE PARÍS



Un té flotante de la Exposición



Vista general de una de las avenidas de la Exposición

BIBLIOTECA DE MADRID





Balbina Valverde y Francisco Barraycoa en una escena de "El amor que pasa", de los hermanos Quintero

---

EL ARTE ESPAÑOL EN PARÍS  
A PROPÓSITO  
DE  
UN TRIUNFO  
DE  
LOS QUINTERO

---

A sí como en España todavía hay muchas gentes—algunas de ellas cultas é ilustradas—que, por no haber visitado París ó haberlo recorrido muy á la ligera, en caravana turista, sólo aceptan como genuino de la *Ville Lumière* el cancan de los *cabarets* de Montmartre, las pornografías de las revistas de *Folies Bergères* y las chocarrerías ornamentales, que constituyen el eje de las comedias que se representan en ciertos teatros, así también en Francia está



Balbina Valverde y Francisco Barraycoa en una de las más divertidas escenas de la famosa comedia quinteriana



Leocadia Alba, la señorita Rodríguez y José Calle en una escena de "El amor que pasa", de los insignes comediógrafos señores Alvarez Quintero



aún muy generalizada la creencia de que la *espagnolade* es lo único que destaca nuestro carácter, y que exclusivamente merece ser conocido.

¿Que cuáles son las causas de que subsista ese mutuo desconocimiento, á pesar de la vecindad y de los profundos adelantos del siglo de las comunicaciones? Si fuéramos para filósofos profundos, analizaríamos una por una las tales causas minuciosamente, y señalaríamos los remedios infalibles á continuación. Pero no aspiramos á tanto. Preferimos un campo más limitado, y nos reducimos á registrar el hecho: tanto en España como en Francia existe una recíproca ignorancia de muchas cosas, que ambas naciones ganarían no poco si llegaran á hacerla desaparecer ó restringir al mínimo posible.

Sin que el caso sea para echar las campanas á vuelo, pues no sabemos si se repetirá con la frecuencia y periodicidad que es de desear, el triunfo obtenido por los Sres. Alvarez Quintero con su obra *El amor que pasa*, en el teatro de la *Comédie des Champs-Élysées*, es un buen síntoma por varios conceptos. En primer lugar, conviene anotar la importancia que tiene para los ilustres hermanos dramaturgos el éxito franco logrado con una de sus comedias, que no es la mejor de la abundante y exquisita producción con que han enriquecido el teatro nacional contemporáneo. En este punto referente al éxito, la crítica se manifestó unánime en el elogio.

Robert de Flers, en *Le Figaro*, dedicó á la obra un folletón extenso, y, entre otras alabanzas, dijo del primer acto, comentando su belleza delicada: «Con toda evidencia está escrito por un poeta y un autor dramático. Como eso son los hermanos Quintero, ellos pueden distribuirse el elogio según la mejor justicia.» Y al tratar del desenlace de la obra, añadió: «Este desenlace, tan sencillo y tan ingenuo, está embellecido por una verdad poética que nos lleva hasta la emoción.»

Aun más perspicaz y encomiástico el crítico de otro gran periódico de *L'Œuvre*, después de reconocer á los autores de *El amor que pasa* una gracia, una acuidad y una vivacidad deliciosas, escribe, refiriéndose á la comedia: «... la obra tiene un tono, un acento, una delicadeza y un perfume en extremo penetrantes y embriagadores.» Y vivamente impresionado por la ideología tan humana y saludable que flota en el ambiente de la comedia—tendencia que es, por otra parte, de lo más admirable que encierra la labor escénica quinteriana—, el crítico últimamente citado hace resaltar el conflicto que en ella se plantea respecto á «las jóvenes ardientes, núbiles y que, por razón de las circunstancias, desesperadamente, injustamente, se ven condenadas al celibato».

Otro de los aspectos interesantes que presenta el brillante éxito parisiense de los Quintero es que demuestra á los pesimistas de la capital francesa que los escenarios en donde se cultiva el arte fino y selecto por excelencia no son un coto cerrado para la producción española. El mismo Robert de Flers, al lamentarse de las medidas restrictivas



Concepción Ruiz y José Calle en una escena de "El amor que pasa"



Una escena de "El amor que pasa" en la época de su estreno en Madrid

acordadas en España para las traducciones teatrales, que tanto han de perjudicar á los autores franceses, pone de relieve la buena disposición que supone el haberse estrenado *L'amour qui passe* en uno de los principales coliseos de la ciudad del Sena; y al hacer la apología del teatro español clásico, «tan violento y luminoso, fértil en contrastes bruscos», realza también los merecimientos de los demás primeros comediógrafos de España en la actualidad: de Linares Rivas, Martínez Sierra, Carlos Arniches, Jacinto Benavente, Muñoz Seca, á los cuales ponemos en el orden que el crítico francés los cita.

Y, por último, el síntoma más trascendental y sugestivo que, á nuestro juicio, ofrece este triunfo de los castizos saineteros sevillanos, es que ya no acaparan la representación escénica de nuestro país las cancionistas más ó menos sentimentales, melancólicas ó desgarradas, ó los cuadros de canto y baile regionales, que serán todo lo típico y pintoresco que se quiera; pero que, si son las únicas manifestaciones de arte español que traspasan las fronteras, contribuyen á mantener en el Extranjero la bochornosa leyenda de nuestro atraso, que solamente está justificada en el concepto político.

Al comentar este matiz del asunto el exquisito literato Gabriel Boissy en el periódico *Comedia*, se felicita de verse en *L'amour qui passe* ante una España bien diferente de la grosera de ciertos escritores y pintores. Esa misma felicitación nos debemos hacer todos los españoles que anhelamos para nuestra patria los mayores progresos y prestigios.

FRANCISCO ANAYA RUIZ





Madrid.—Las Salesas Reales

CREO que sólo ha habido una voz, la de *Juan de la Encina*, para lamentar la desaparición del *jardinillo de las Salesas*. *Juan de la Encina* vive frente por frente. Al salir todos los días de su casa, aquella arboleda inesperada, aquel jardín colgante entre las frías pilastras de piedra de Colmenar, rematadas por blancos jarrones italianos, eran como un saludo alegre y jovial de la primavera madrileña. Pero aquella graciosa jaula de verdura y de flores, ante la severidad de la iglesia, y más aún ante el ceño del monasterio de Doña María Bárbara de Braganza, era la aparición más inesperada que podía salirnos al paso en las calles de Madrid. Todavía no bastaba verla, desde abajo, al pasar. Sólo subiendo las escalerillas y entrando en aquel rincón íntimo, poético, lleno de elegante discreción, podía apreciarse el encanto del lugar, tan escondido y tan silencioso siempre.

Pero nuestro buen amigo *Encina* no lleva dentro de sí mismo las raicillas sentimentales del madrileño viejo, que ahora siente como si le arrancaran algo suyo al ver deshecho, desvanecido, el *jardinillo de las Salesas*. Era el refugio de las confidencias. Alguna vez no nos llevaba allí el amor ó la aventura, sino un deseo, romántico quizá, de apartamiento y de meditación. Caía el sol, con una luz tan tibia, tan plateada por el abrigo de la piedra, que ninguna plaza provinciana tenía la virtud sedante de aquellos caminitos de boj. Flores del domingo, flores y palmas del domingo de Ramos; bullicio y alegría de los días de fiesta... Nunca fué éste el mayor atractivo del *jardinillo de las Salesas*, sino, más bien, las horas de la tarde, horas quietas, aisladas.

Ahora queda todo arrasado, obedeciendo á no sé qué plan. Es el destino de los edificios duraderos que atraviesan mudanzas, según lo que se quiere de ellos, y siempre son útiles; y en ocasiones, sin perder su belleza. Las Salesas, con su nueva forma, seguirán pareciendo bien. Hay que ser optimistas. Pero el *jardinillo* no nos lo pueden devolver los arquitectos restauradores. Inútil será que les digamos: «Era lo mejor. Era lo más bello.» Nos contestarán: «Era lo más supérfluo.»

Era, en efecto, lo más accidental. Parece que tampoco iba bien con el pensamiento grave que inspiró la arquitectura del monasterio. Al princi-

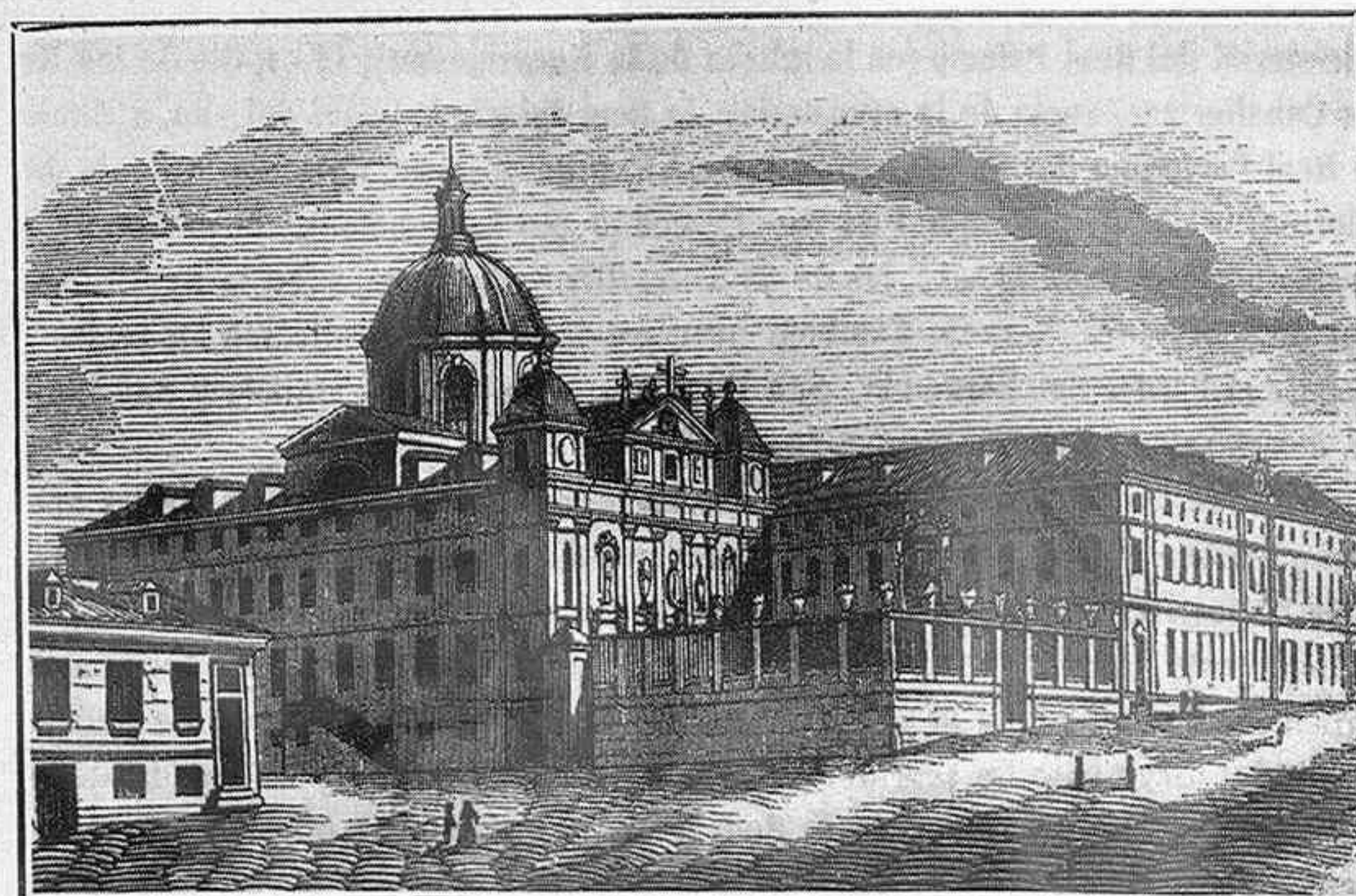
pio, allí no había jardín. La entrada de la iglesia estaba, sencillamente, cerrada por una espaciosa lonja, circundada con pilares y verjas de hierro. La idea de convertir esa lonja en jardín vino después; en una época más blanda, que acaso falseó la estética del monasterio—como se falsearía plantando árboles en la lonja del monasterio de El Escorial—, pero que, casualmente y por azar, dió una solución bella.

Ahora no habrá jardín, ni lonja. Una estampa de principios del siglo XIX presenta las dos fachadas, con el ángulo de la lonja. Como se ve en el grabado, la entrada, por la calle que hoy lleva el nombre de la Reina fundadora no tenía la escalerilla que daba acceso á la puerta de la verja. El nivel era otro; y muy desigual. Venía en gran pendiente y por eso quedaba la lonja á bastante altura. ¿Es que en el plan de ahora entra la idea de conservar aquella verja, tal como estaba, pero trayéndola al nivel general? Se habría conseguido con eso dar luz á la parte baja de esa fachada interior—lo cual, según parece, ha ocasionado todas las obras—sin alterar del todo el ritmo del edificio, tal como fué proyectado por don Francisco Carlier hace dos siglos.

Podría entonces resucitar el jardín, y ya que nosotros no, por lo menos nuestros hijos disfrutarían de él, como nosotros.

Pero no sería ya el jardín, en alto.

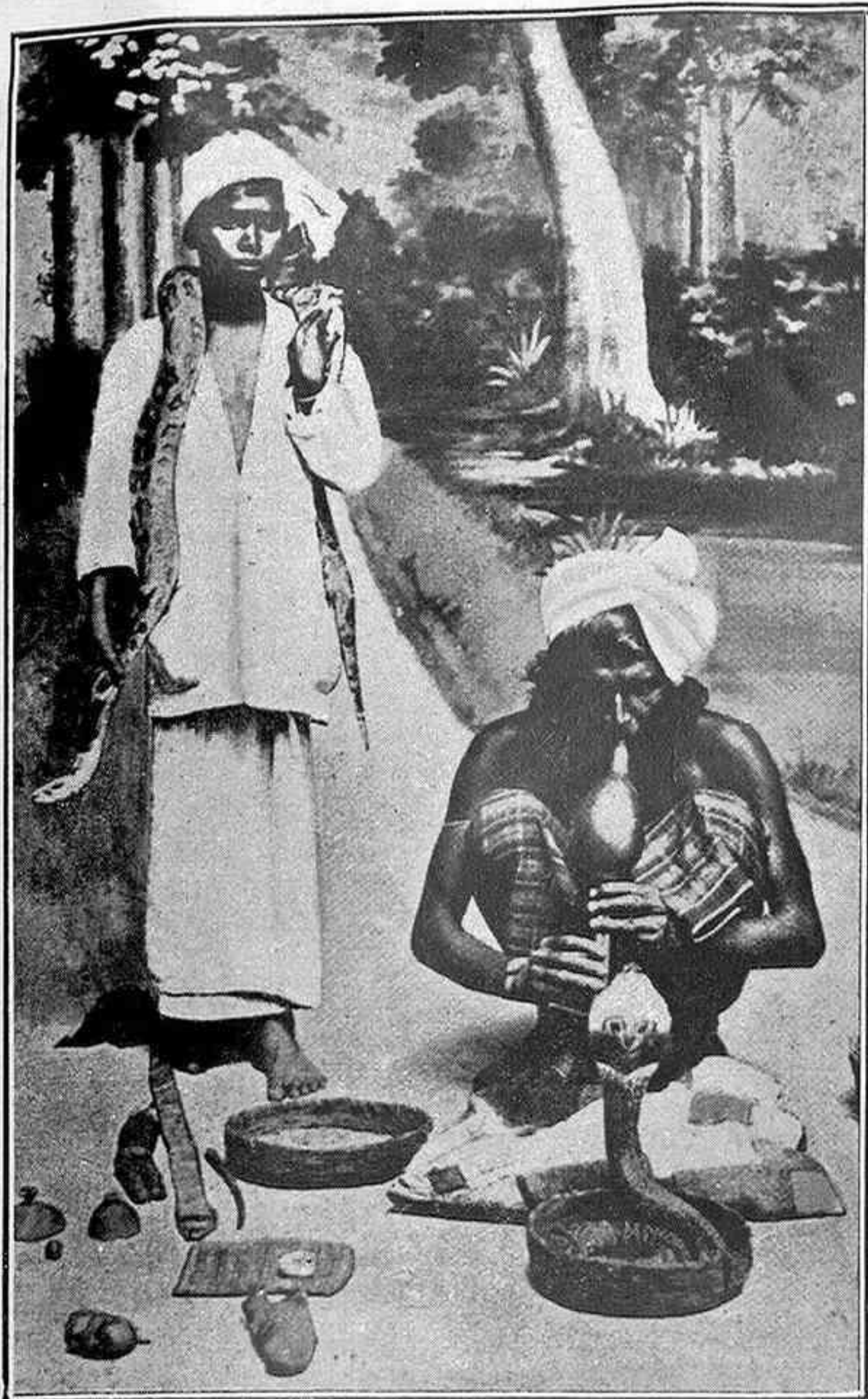
Y, además, serían ellos y no nosotros, lo cual para la continuidad de las edades y de los tiempos es lo mismo; pero para nosotros, mortales, es cosa muy distinta.



Vista de las Salesas

MARTÍN BAYLE





Un encantador de serpientes en Ceilán

## ITINERARIOS CEILÁN Ó EL CIELO DE LOS GITANOS

y la horticultura de encantamiento. Los isleños británicos han inventado en su orgullo las islas de tierra interior.

A intervalos, en plena campiña, surgen una mole de cemento ó unos hangares, un museo, una iglesia, el depósito de una marca de té, una escuela, como la de los futuros bonzos. La pagoda está en un bosquecillo, y consiste en un pabellón rodeado de un porche. Recuerda nuestras edificaciones cortijeras. Adentro, la apoteosis de Buda, de sus deudos y sus adoradores que alcanzaron la santidad, en un catafalco de estatuas colosales, de palo, inexpresivas y con una fofa gordura de insulsez y color de calabaza. Unas mesas de mármol con flores votivas; muselinas ingenuas en las ventanas; los retratos al óleo de los protectores del templo; y en las paredes, con arte rival de los cartelones en que se explica un crimen, á no ser el colorido, que eclipsa el de los esmaltes más suntuosos, viñetas alusivas á la deidad tutelar, serie de episodios paralelos á los que maravillan la leyenda del Nazareno. El budismo, conforme se



Cogiendo cocos en el bosque

SALVO el barrio de los Bancos, las oficinas colmenas, los edificios oficiales y los caravanserrallos, no existe en Colombo la ciudad urbanizada y arquitectónica. Es decir, el remedo occidental. La población entera es parque, y esos mismos palacios, construídos por imposición del clima en un estilo simple, semejan viviendas campestres, los clásicos pabellones para uso del colonizador, agrandados por la elefantiasis.

Dicho núcleo, inmediato al puerto, cuenta con unas calles tiradas á cordel, donde se estacionan los autos y los rickshaws, y dilatan sus magníficas lunas las tiendas del ámbar y el marfil, y en alguna ventana flamea el pabellón de un naviero ó de un cónsul.

También allí, entre las casas, se halla el faro, en el que gira la enorme lente, cuyos fulgores, resbalando por los de la vidriera, dan al cristalino remate el aspecto de un bloque de hielo derritiéndose en una cima.

Por las rúas, neoyorquinas mejor que londinenses, circulan blancos con salacot; los escasos indios calzados y con un gabán sobre un flux de hilo, algunos con un turbante de tisú de oro, y la guardia. Rayan el aire los alambres eléctricos, y lo alborotan los gritos de los vendedores de las hojas con cables, periodismo á un tiempo rudimentario y de lujo, de exclusiva información telegráfica. Se edita para el pasaje de los buques y los hombres de negocios.

Sorprende no encontrar carteles de teatro ó del cine. Lo reducido de la colonia europea justifica la falta. Celébranse las fiestas en los hoteles, y casi siempre consisten en bailes. Mañana hay un concierto de un pianista que regresa de Australia. Consiste su publicidad en la exhibición de una fotografía que representa una sala abarrotada de público. Al margen va la advertencia de que dicho magnesio se obtuvo al duodécimo recital. El virtuoso semeja un domador de leones, y quizá lo será ó lo ha sido en otros avatares. Lo que importa es vivir.

Y he ahí la city de la capital cingalesa. Todo lo demás del inmenso terreno está convertido en parque, derivando hacia la jardinería, la factoría ó la plantación, según el sitio y sus pobladores. Confúndense, quiero decir que no ocupan zonas reservadas, los distintos focos, y, sin embargo, se mantienen en una mutua extrañeza, como el mendigo y el potentado casualmente en contacto. Entre dos agrupaciones de villas habitadas por ingleses se extiende, por ejemplo, un caserío de nativos. Pues bien: desde la verja del último bungalow, el camino deja de estar enarenado de rojo, y, en cambio, su asfalto aparece roto y hundido. Apenas comienza la segunda colonia señorial, vuelven el tapiz escarlata

muestra en las referidas pinturas, creeríase el relato de la vida de Cristo por la boca sensual, mixtificadora y adornista de un gitano.

Colombo entero, ¿no parece el reino místico de la gitanería? Observando el desfile de los indios por las arboledas, silenciosos en su grave dulzura, semidesnudos, envueltos á lo más en una tela esmeralda ó lila, enojados, ociosos y libres, sugiérame la fantasía de que he penetrado en el paraíso de la raza erróneamente calificada de faraónica, pues de aquí salieron los vagabundos de que descendieron las tribus de Granada. Algo se destiñeron los fugitivos, y se hicieron ruidosos y pícaros. La belleza plástica, el instinto acariciador; la expresión de una realeza desvanecida, atributos de los cuaterros andaluces, todavía adquieren una mayor calidad en los espectros cobrizos del trópico. Espectros que, sin duda, eran hombres en el Albaicín, y que al ganar la gloria recobraron los privilegios de casta. Lo que echarán de menos son los caballos y los ruchos; animales incontrables en Colombo, como el olivo, el frío, un académico de la Academia Francesa, y, en fin, cuanto simboliza á esa vieja maquillada conocida por madame Europa.

Singulariza al cingalés su tradición de no cortarse los cabellos, que recoge en un moño, donde ahinca una peña de carey. Y muchos ostentan pendientes. Desde el prejuicio blanco, resulta antiestética la combinación del tocado mujeriego y unos bigotes ó unas barbas. Afeminada no es la indiada, ni salvaje. Téngola por felina, con un felinismo exquisito, que en mi calidad de viajero apresurado no puedo averiguar si esconde una intención traicionera. Sonríen los pasantes; ritman sus actitudes, deslízanse, repentizan aproximaciones, demasiado humildes para no ser altivas.

El tipo clásico persiste, aunque depauperado. Cabeza menuda y de rasgos afinados, con las pupilas opiáceas en el ojo ambarino, y los labios y los dientes ensangrentados artificialmente con el jugo de unas pastillas mascaradas. Pies y manos que no se advierten, y el cuerpo armonioso, obscuro, si bien en ocasiones logra el brillo de las calderetas fregoteadas ó la palidez verduzca del aceite impuro. Pero domina el tono del caucho, con una pátina que envidiarían los escultores para sus bronceos de salón. Los chicos y los adolescentes poseen una esbeltez blanda, entre bambú y reptil.

¿La hembra? Una recuerdo casi blanca, con una lividez manchada de violeta, como la de quien ha prolongado con exceso el baño. Mirada de animalito, perfil inmaterial, crencha carbonosa. Iba enfundada en una muselina, con faralares abajo, de que salían los cuernecillos de los pies. Adivinábase la escueta delicadeza, la inefable sequedad de su

talle de danzarina sexual y de embrujamientos. Se aleja, y sin ella sospecharlo va sembrando la melancolía...

La caravana, la incontable muchedumbre, camina en silencio, ó murmura sus diálogos, á lo largo de unas rutas que no acaban jamás, sombreadas por árboles, y con tiendecitas á un lado y otro, hundidas en las cunetas y con su techo de nipa, ó alabeado en sus tejas costrosas, al alcance del brazo del transeunte. Se venden plátanos, en todos los grados de su madurez; carne marchita, papayas, cocos amarillos, piñas, telas y utensilios elementales. Así, kilómetros y kilómetros. Estas son las calles de Colombo. De cuando en cuando destaca en la oleada de los desnudos atabacados y los lienzos un rebozo grana, una falda anaranjada, si no un vértigo multicolor en una sola túnica. Abundan los sacerdotes, inconfundibles con su manto de calabaza, sus sandalias, su testa pelada, un libro encuadernado en pergamino y un abanico pay-pay. Lentamente, en serie, en convoy, avanzan unas carretas de dos ruedas, protegidas por una caperuzita de paja seca, y á las que arrastran unas vaquillas jochadas, en que la decrepitud se alía á la pequeñez. No me topé con un séquito esplendoroso de la India milynunochesca, ni con los fantasmas del hambre ó de las enfermedades espantosas. En cualquiera de las vías, idéntico vagabundeo apacible, la feria primitiva, sin impacencias ni gritos, de un cotidianismo milenario, no sé si triste ó deleitosa; mas, desde luego, sugestiva, inolvidable.

A espaldas de las chozas se dilata el campo, la planicie sin cultivos, poblado de arbustos y árboles y de gallinas en libertad. No busquéis las frondosidades rumorosas y prietas, los verdes grises, matizados, de un paisaje espiritual como el de Florencia ó Sevilla. El trópico tiene vocación de escenógrafo de music-hall, y busca lo inédito y extravagante, las hojas de formas animales, carnosas, bivalvas, moteadas de amarillo en su esmeralda, con flores sin pudor, ramas perezosas, viciosas, y frutos enormes, de pulpa grasienta y corteza velluda. La animalizada vegetación vacía inmóvil, como abotagada por su propia densidad y el exceso de su ornato. A lo mejor corta el llano un canal, orlado de bambúes, y en cuya azulada linfa se bañan los niños. Siempre, al fondo, las palmeras, de aislado tronco liso y grisáceo; ilusoria jaula del mar á trechos; y en los lugares olvidados, serpientes encantadas, perenne alusión á la India y su sueño... El cielo, inmenso sobre la apaisada ciudad, es todo de oro, y resuena con el graznido de innumerables cuervos, á los que la luz transforma en unos fantásticos zafiros...

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

Colombo, 1925.



# EL ORFEON ZARAGOZANO EN MADRID



Los orfeonistas en la Sala de Velázquez, durante su visita al Museo del Prado

FOT. ALFONSO

ESTA notable masa coral, con la cooperación de la orquesta del maestro Benedito, ha dado recientemente en nuestro Teatro Real dos conciertos que han constituido dos grandes éxitos.

Los críticos musicales de la Prensa diaria han hecho resaltar los méritos de autores y ejecutantes de las obras que formaban el programa, dedicándoles merecidos elogios. Y, como no podía menos de suceder, ha sido la Jota, el gran himno aragonés—servido en esta ocasión «en

su propia salsa» y por castizos «cocineros» de la tierra—, la que se ha llevado los aplausos y las simpatías del público.

Contribuyó no poco á caldear los entusiasmos el inspirado «Canto á la Jota», que fué magistralmente leído por su autor, el ilustre colaborador de Prensa Gráfica señor García-Arista, siendo objeto de las mayores ovaciones.

Para que puedan saborearla nuestros lectores, insertamos á continuación tan inspirada composición poética:

## CANTO Á LA JOTA

Del espacio en los ámbitos sueñan,  
conmoviendo las fibras del alma,  
los potentes ecos de la Jota brava.  
Y al compás de sus notas vibrantes  
bailan las zagalas con los mozos que sueñan amores,  
como ensueñan los niños con hadas.  
¡Yo no sé qué tiene, madre de mi alma,  
la divina Jota de Aragón, mi patria;  
la que en rudas manos—rudas, pero hidalgas—  
de los campesinos que manejan arado y azada,  
fuente es de armonías á la grave vihuela arrancadas!...  
¡La que el alma nos pone mohina,  
si está alborozada!  
¡La que el alma nos llena de gozo,  
si siente nostalgias!  
¡Yo no sé qué tiene, madre de mi alma,  
la divina Jota de Aragón, mi patria,  
que hasta el viejo que vive sin vida,  
porque el tiempo su vida agotara,  
al oír la resurge animoso,  
y se yergue y se siente con alas,  
cual si amor, juventud, sangre moza,  
otra vez á su pecho tornaran!

.....  
¡Suenan en mis oídos,  
canto de mi raza,  
que tus sonos, viniendo del cielo,  
son raudal de gracia,  
jardín de armonías,  
donde el cielo y los hombres se abrazan,  
donde el cielo y la tierra se juntan,  
al conjuro feliz de tu magia!

.....  
¡Cuando escucho tus notas bravías,  
Jota de mi alma,  
me parece que son tus acordes  
aires de plegaria,  
caricias de madre,  
tañer de campanas,  
música de gloria,  
fragor de batallas...

.....  
En la noche de sombra y misterio,  
por calles y plazas de rústica aldea  
suenan las guitarras,  
que con brío rasguean los mozos  
de mi tierra amada;  
y sus dulces cadencias resuenan,  
llevando en sus alas mensajes de afectos,  
de amor llamaradas,  
temuras de idilios,  
visión de esperanzas,  
á la novia amante,  
que ó soñando se encuentra en su cama

ensueños de dicha...  
ó está en la ventana,  
eclipsando del cielo el encanto  
y obsequiada de rayos de plata  
que la luna envía  
al hermoso clavel de su cara.

.....  
¡Jota que embelesas  
y arrobas el alma!  
¡Jota que conmueves  
todas mis entrañas!  
Dicen que naciste  
de los senos de angélicas arpas,  
cuando en carne mortal vino á vernos  
la Virgen sin mancha,  
en la noche feliz de los tiempos,  
en que nos legara,  
con ardores de amor infinito,  
la columna bendita que se alza  
á orillas del Ebro,  
el de recias aguas...  
—que se amansan cabe Zaragoza,  
por besar las plantas  
de la Virgen Madre...  
de la Virgen Santa—;  
de ese río padre,  
cuya undosa corriente retrata  
todas las bravuras,  
todas las hazañas,  
todo el heroísmo  
de esta excelsa raza.

.....  
¡Jota, la inmortal!  
¡Jota, la admirada!  
¡Formas tú la historia  
de la gente hidalga  
de Aragón, el noble,  
flor de las Españas!  
Tus ecos sonoros,  
Jota de mis ansias,  
van llevando á través de los siglos,  
en áureas alas,  
de Aragón las gestas,  
que, formando gentil caravana,  
pasan por mis ojos  
bajo palio de lauros y palmas,  
sobre alfombra de lirios y rosas...  
¡Es la Historia de un pueblo que pasa!  
Y, arrullados por cítaras de oro,  
veo las Engracias,  
Lambertos, Lupercios,  
con sus vestes teñidas de grana,  
presidiendo gloriosa falange,  
que la Historia llama  
los *Innumerables*,  
que por Cristo su sangre derraman  
en cruel martirio.  
Y, después, mesnadas de guerreros veo,  
tremolando la insignia cristiana  
por los riscos y cumbres del monte  
do San Juan de la Peña se enclava...  
Y oigo arengas que incitan á guerra,  
y oigo choques sangrientos de espadas,  
sonar de clarines,  
golpeo de mazas.

Y, después, alaridos de triunfo,  
de victoria santa,  
de ¡hurra! y ¡vivas!,  
que el espacio abarcan  
y por el Pyrene  
los ecos propagan...  
¡Son las huestes de Iñigo Arista,  
que, en contienda brava,  
Arahúes (1) ganaron,  
y al caudillo aclaman!

.....  
Y pasan los Sanchos,  
encimando el Guara.  
Sobre Zaragoza,  
la enseña cristiana  
ponen los Alfonsos,  
en épica hazaña.  
Y Jaimés y Pedros,  
con sus huestes bravas,  
entre ruinas y escombros musulimes,  
moldean la Patria.  
Y estoy viendo partir al Oriente  
al fiero Almogávar,  
y tronos y reinos  
abatir su espada.

.....  
Y escucho chasquidos  
de besos que matan,  
en Teruel, á Marcilla y Segura;  
tañidos que espantan,  
de campanas, que «suenan» en Huesca,  
y voces que claman  
fueros y franquicias  
de edad legendaria.

.....  
Han pasado los tiempos, y veo  
la Nueva Numancia:  
la viril y sin par Zaragoza;  
la heroína magna,  
que al francés invasor le presenta  
pechos, por murallas;  
puños, por cañones,  
y fe, por corazas.

.....  
¡Epopeyas gloriosas, que nunca  
fueron superadas!  
¡Mundo de heroísmos  
que la historia esmaltan,  
de esta tierra, solar de hidalguías,  
salvaguardia y honor de la Patria!

.....  
¡Todo esto me dices,  
Jota venerada,  
en aquese lenguaje celeste  
en que suelen hablarse las almas...  
¡Todo esto me dices,  
Jota idolatrada,  
blasón de mi pueblo,  
clarín de su fama,  
canto de victoria,  
himno de mi raza!...  
¡Tú eres el emblema  
de Aragón y España!

G. GARCÍA-ARISTA y A. PASTOR  
(1) Hoy Araguanes del Solano.



## LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



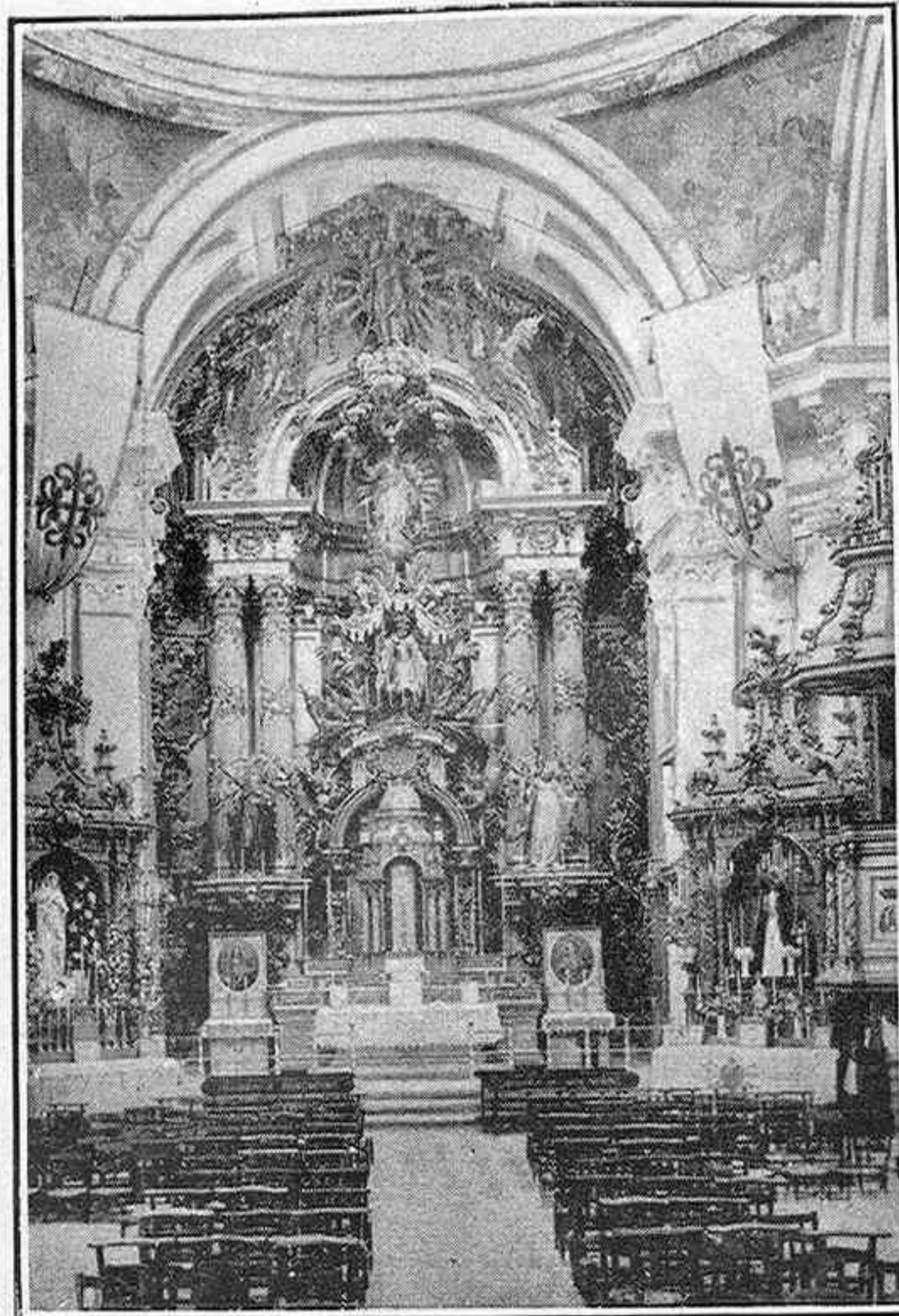
"El pastorcillo", cuadro de José Pinazo



El nombre ilustre de José Pinazo tiene en la pintura contemporánea española un relieve bien definido y un prestigio bien glorioso. Su obra fecunda, sus grandes triunfos en España y en el extranjero le han labrado una legítima reputación de maestro. La ruta artística del gran pintor fué siempre una senda de honrosas victorias. El dibujo no tenía secretos para él, ni el color le escondía ninguno de sus matices, ni la luz le reservaba ninguno de sus cambiantes, ni la expresión se le mostraba esquiva... El maestro levantino acertaba á superarse en cada nueva obra suya, realizando con ello un vivo milagro de arte. LA ESFERA—que tantas veces se honró con la publicación de lienzos suyos—se complace hoy una vez más al publicar este cuadro de *El pastorcillo*, en reiterar al insigne artista un fervoroso testimonio de admiración.



# EL TEMPLO DE LA CONCEPCION REAL DE CALATRAVA



Un aspecto interior de la iglesia de las Calatravas, de Madrid, en la calle de Alcalá

Templarios para su conservación y defensa. Muerto el citado Monarca, se dispusieron los almohades á invadir la cuenca del Guadiana decididos á entrar en Toledo, y desconfiados los Templarios de poder resistir el asedio del enemigo, determinaron devolver la indefendible plaza de Calatrava á la Corona, haciéndole entrega de las llaves al Rey Don Sancho III, el cual, á su vez, comprendiendo la dificultad de hacer por su cuenta lo que no podía realizar Orden tan poderosa como la de los Templarios, hizo público el anuncio de que si alguien se atrevía á tomar á su cargo la defensa de la villa de Calatrava se le daría en propiedad con derecho á sucesión.

Hallábanse entonces en Toledo fray Raimundo Sierra, abad del Monasterio de Santa María de Fitero, hoy santo, y fray Diego Velázquez, religioso de la misma Orden del Cister, antiguo soldado y hombre de ilustre linaje, quienes al ver que nadie aceptaba el ofrecimiento de la Corona, llenos de celo patriótico y entusiasmo por combatir con los infieles, tomaron sobre sí la arriesgada empresa de defender contra los moros la villa de Calatrava. Lo solicitaron del Rey y éste les firmó cédula de donación y duración en virtud de la cual pasaba la villa á ser propiedad de la Orden del Cister, siempre que ésta la defendiera de los ataques de los enemigos de la Cruz.

Y tal maña de guerreros se dieron fray Raimundo y fray Diego Velázquez, que la plaza de Calatrava quedó convertida en una posición formidable, al decir de los historiadores de aquella época.

En la sala capitular de los Caballeros de la Orden puede verse un cuadro de grandes dimensiones, no mal pintado ni mal concebido, de López de Ayala, en el que se immortaliza la escena de la entrevista entre el padre Raimundo y el Rey Sancho III, cuadro que no hay manera de reproducir por su desacertada colocación.

No es la iglesia en su exterior un modelo de tem-



El San Antonio de talla, obra de Alonso Cano, que se venera en las Calatravas

**T**ODAS las cosas tienen su historia más ó menos interesante; y nos sucede con ellas que cuando, como la de que vamos á ocuparnos, se vulgarizan por lo frecuentes, dejan de tener importancia y pasan al rincón del menoscupo; nos son indiferentes.

Así sucede con la antigua y renombrada iglesia de las Calatravas. Hemos pasado una y mil veces por el lugar donde se halla emplazada sin fijarnos en más que unas veces aparece pintada de rojo, otras de gris y que de ella sale y entra mucha gente.

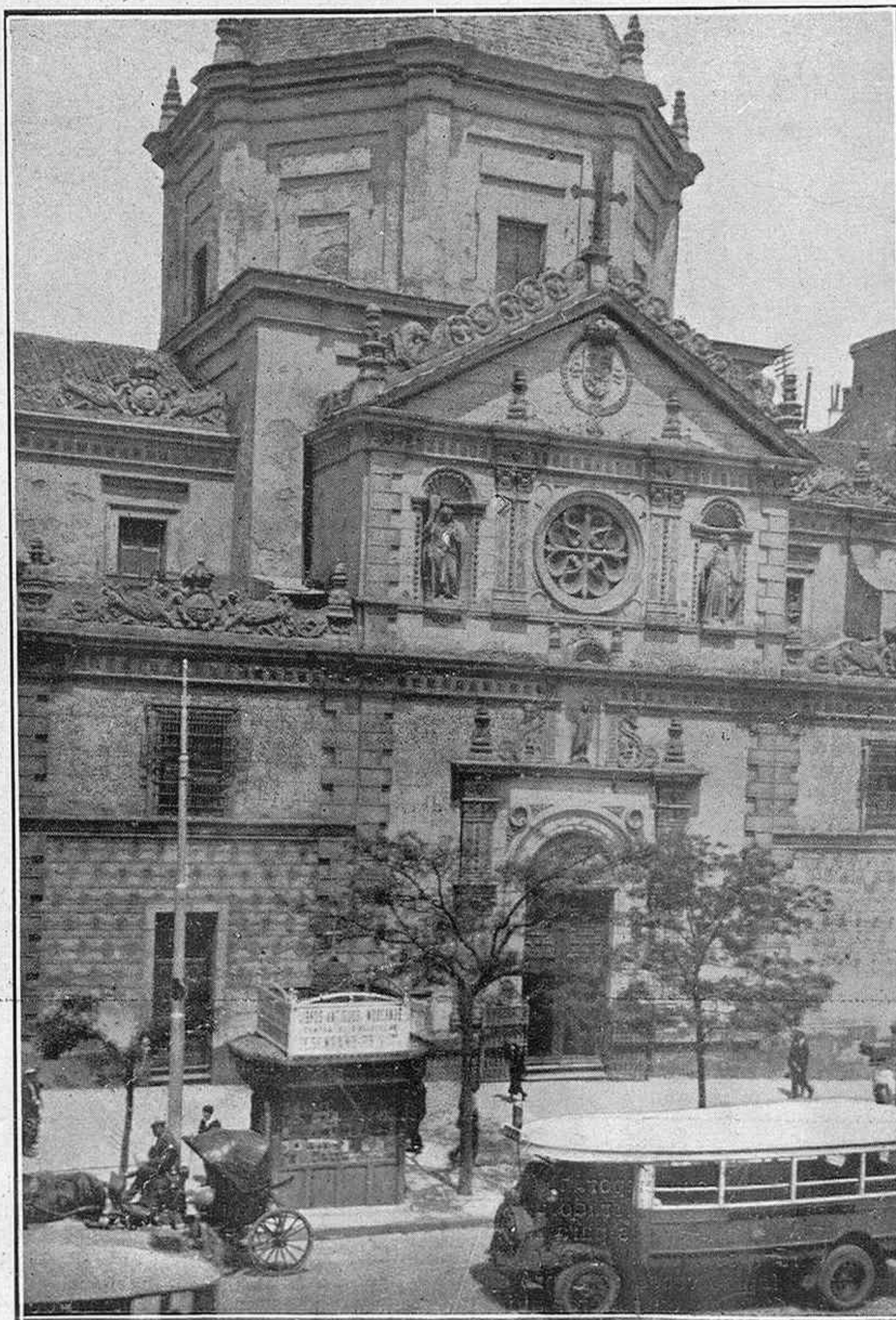
Su significación histórica nos ha tenido sin cuidado; sin embargo, el antiguo convento de las Calatravas de la calle de Alcalá, que como monumento artístico deja mucho que desear, fué construido en 1620 por los Caballeros de la Orden de Calatrava procedentes de Almonacid de Zorita.

La tradición religiosa ha hecho de este templo uno de los más aristocráticos de Madrid; es el corazón místico de la ciudad y el histórico albergue de los antiguos y contemporáneos Caballeros de Calatrava. Del antiguo edificio, del cual ofrecemos con estas líneas una curiosa y vieja fotografía, queda únicamente la iglesia cuyo verdadero nombre es el de la Concepción Real de Calatrava.

El convento anexo destinado á las religiosas, instituidas en 1211 por el noveno maestro de la Orden, D. Gonzalo Yáñez de Novoa, desapareció para construir sobre su solar una finca particular, como puede verse en otra de las fotografías de nuestro tiempo.

Las monjas calatravas habitan en la actualidad en un edificio propiedad del marqués de Casa Pizarro, situado en Fuencarral.

Es la Orden militar y religiosa de Calatrava la más antigua de las españolas, y la historia breve de su fundación, la siguiente: Dependiendo la seguridad de Toledo de la posesión de la villa de Calatrava en época del Rey Alfonso VII, decidió éste ocuparla como avanzada que oponer á las continuas asechanzas de los moros, entregándola después á los



Vista de la fachada de la iglesia de las Calatravas, en Madrid

plios artísticos por su estilo, conjunto del Renacimiento y el Barroquismo, con una crestería original sobre el frontón y aleros del tejado. En su interior se conservan objetos de gran valor, como la talla de la imagen de San Antonio, en la capilla de su advocación, obra de Alonso Cano; las dos tallas de santos, de autor desconocido, que figuran en la capilla de San Francisco; los soberbios marcos de los dos grandes cuadros antiguos, colocados á uno y otro lado de la puerta de la sacristía, y la colección de tapices que suelen colocarse en las solemnidades religiosas alternando con paños de terciopelo rojo con galones dorados, del peor gusto. Demostración evidente de que el arte de decorar las iglesias está muy abandonado y á merced de quienes ni entienden de casado de colores ni saben lo que es el arte decorativo. Por uno ó dos templos á lo sumo que en Madrid se encuentren regularmente decorados, en los restantes se ha prescindido de la estética para cometer el atentado artístico de colocar cromos alemanes al lado de sagrarios románicos ó góticos, flores de trapo ordinarias con hojas de papel plateado y dorado al pie de imágenes de gran valor artístico y objetos de guardarropía de baratillo al lado de reliquias históricas y veneradas. No es la sencillez ni el espíritu del primitivo arte cristiano lo que preside en la indumentaria y arreglo de los altares y de los templos madrileños, sino el abigarramiento excesivo de dorados, de luces y otros objetos de lujo, pero de un lujo mal entendido, sin orientación á lo que pueda impresionarnos, á lo que por su escenografía sería al par que humilde y recogida pudiera transportarnos en alas de la fe al sentimiento del misticismo.

Algo de esto hemos notado en la iglesia de la Concepción Real de Calatrava, y este prurito de convertir un lugar sagrado en tienda de confitería mal se aviene con las reglas por las que se regía la Orden del Cister, aquella milicia religiosa que vestía malla de acero, calzaba coturno y llevaba casco, que era gente discipli-





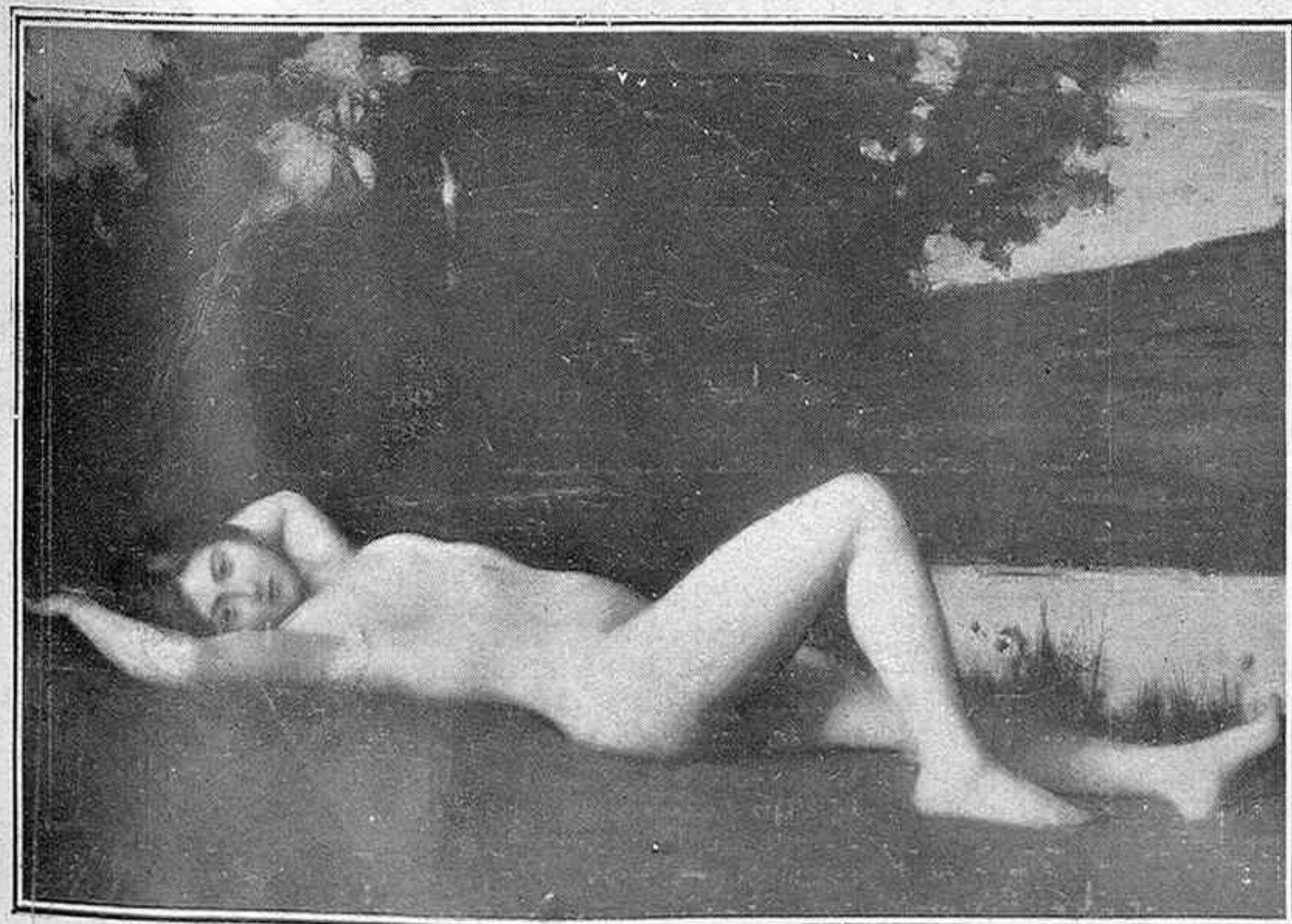
## NINFA S DE HENNER



"Lectora"

PARACE ser que dentro de muy poco va á crearse acá, en París, un museo nacional de Henner, reuniendo obras dispersas del artista en su hotelito de la Avenida de Villiers, junto al parque Monceau, coqueto y recoleto.

Para nosotros, los enamorados de la sinceridad, pasó el viejo Henner en absoluto, y ahora, á los veinte años de su muerte, le hallamos anterior en el tiempo á aquellos impresionistas de hace medio siglo, siempre tan actuales y tan vivos. No. Henner no puede convencernos con sus musas de calendario, sus desnudeces nacaradas y los dulces paisajes de sus fondos; pero nos deleita porque no conseguimos abstraernos á la adulación de su factura, que tanto dinero le produjo. Sabemos, claro está, que son mentira esos árboles y esos lagos demasiado verdes y demasiado azules, esas carnes demasiado lisas de unas hembras con cabelleras demasiado rojas; sin embargo, hay en todo ello una lisonja que acaricia y no indigna, lo cual constituyó el secreto de aquel listo alsaciano cuyas pretensiones se redujeron á gustar.



"Náyade"

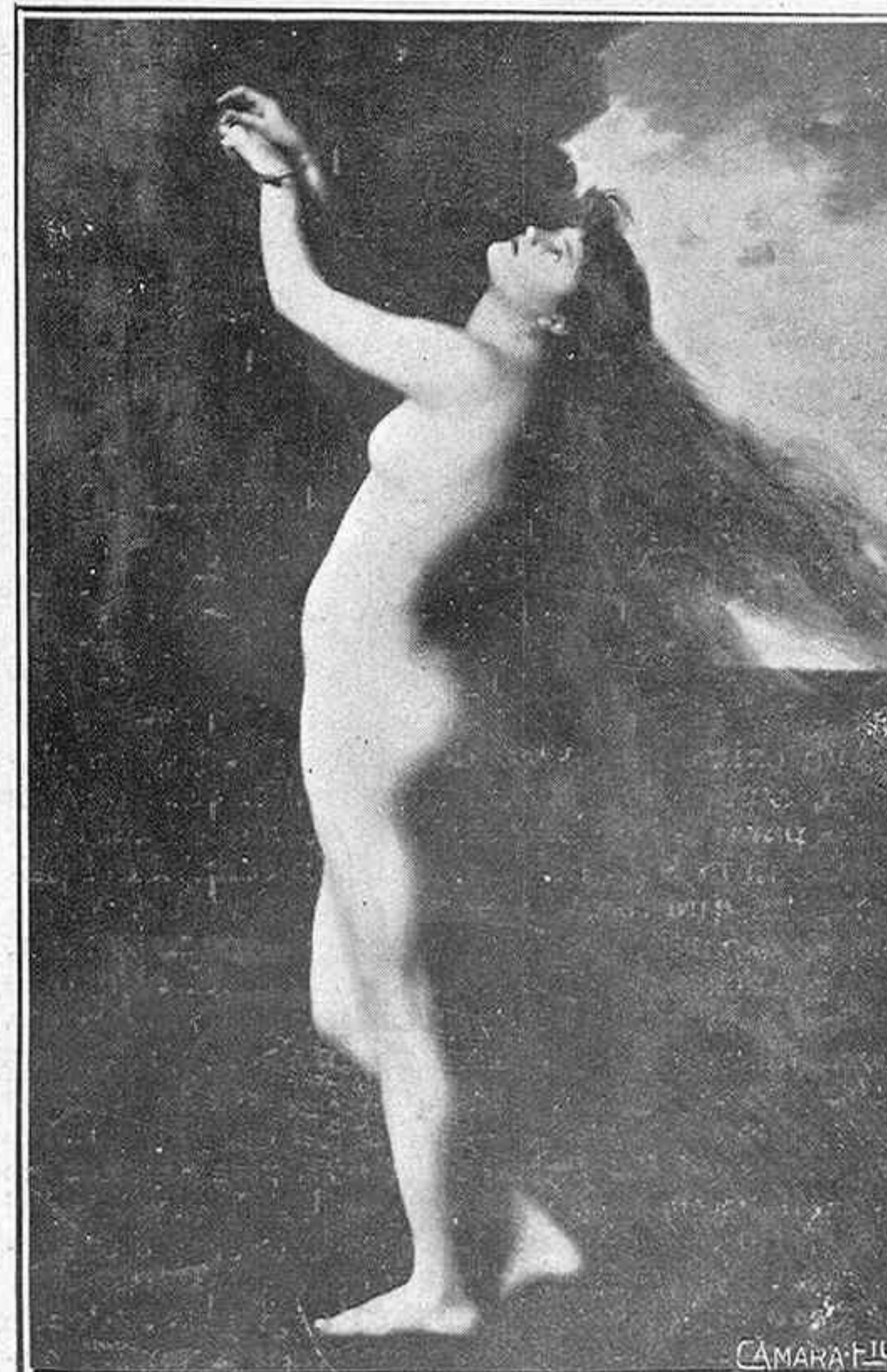
Y gusta todavía; no dejará de gustar nunca. Su arte es bonito como los *bibelots* burgueses; no ofende, no inquieta; poseyendo más de artificio que de arte, posee también la maestría imprescindible para no sublevar y hasta para recrear con su amaneramiento gracioso. Se explica no creer en tal pintura, aunque no se explica odiarla, porque no lo merece. Al contrario, sus cuadros constituyen un remanso que por el instante acalla los anhelos inconcretos de nuestra exigencia, cosquilleando nuestro diletantismo.

Además, Henner representa un poco cierta época, por lo menos característica. Fué de algún modo el precursor de aquella estética novecentista, muy efímera y muy simpática, á pesar de su vacua inconsistencia. Decididamente se le debe un museo.

Un museo que visitaremos con el mismo agrado con que visitaríamos una necrópolis de muñecas, de esas enternecedoras muñecas que nos clavan ojos mayores que sus minúsculas boquitas de corazón y que no tienen corazón. De corazón hubo de carecer la paleta meliflua de Henner, y por eso triunfó quizá; muñecas anticuadas se nos antojan hoy sus ninfas, muñecas que se rompían al menor contacto crítico, pues apenas si logran sostenerse ya...

Germán GÓMEZ de la MATA

Paris, 1925.



"Andrómeda"





LAS RUTAS DE LOS BÉCQUER

## LA POSADA DE AVILA

Así como toda la historia guerrera de la vieja ciudad de Castilla queda encerrada, como la ciudad en el cinturón de sus murallas, dentro de los caballeros Dávila, la heroica familia que en las luchas interiores como en las bravas gestas del Perú y de Flandes circundó de laureles el apellido y dió nombre con el suyo á la población, así la vida espiritual del solar castellano comienza y termina en las visiones místicas de Teresa de Jesús.

Del huerto de la monja inmortal siguen emanando nuevos aromas en cada primavera, y de sus escritos—las bellas páginas que dentro de la negra obsesión del dogma son como una clara sonrisa de optimismo cordial—florecen también eternamente luminosas auroras.

Teresa de Cepeda es como un perfumado rosal trepador que sube por las carcomidas murallas avilesas, poniendo su gaya lozanía sobre las angustiosas piedras romanas. Amor y fe, sonrientes y contentos, más cargados de comprensión humana que de anatemas omnipotentes y divinos.

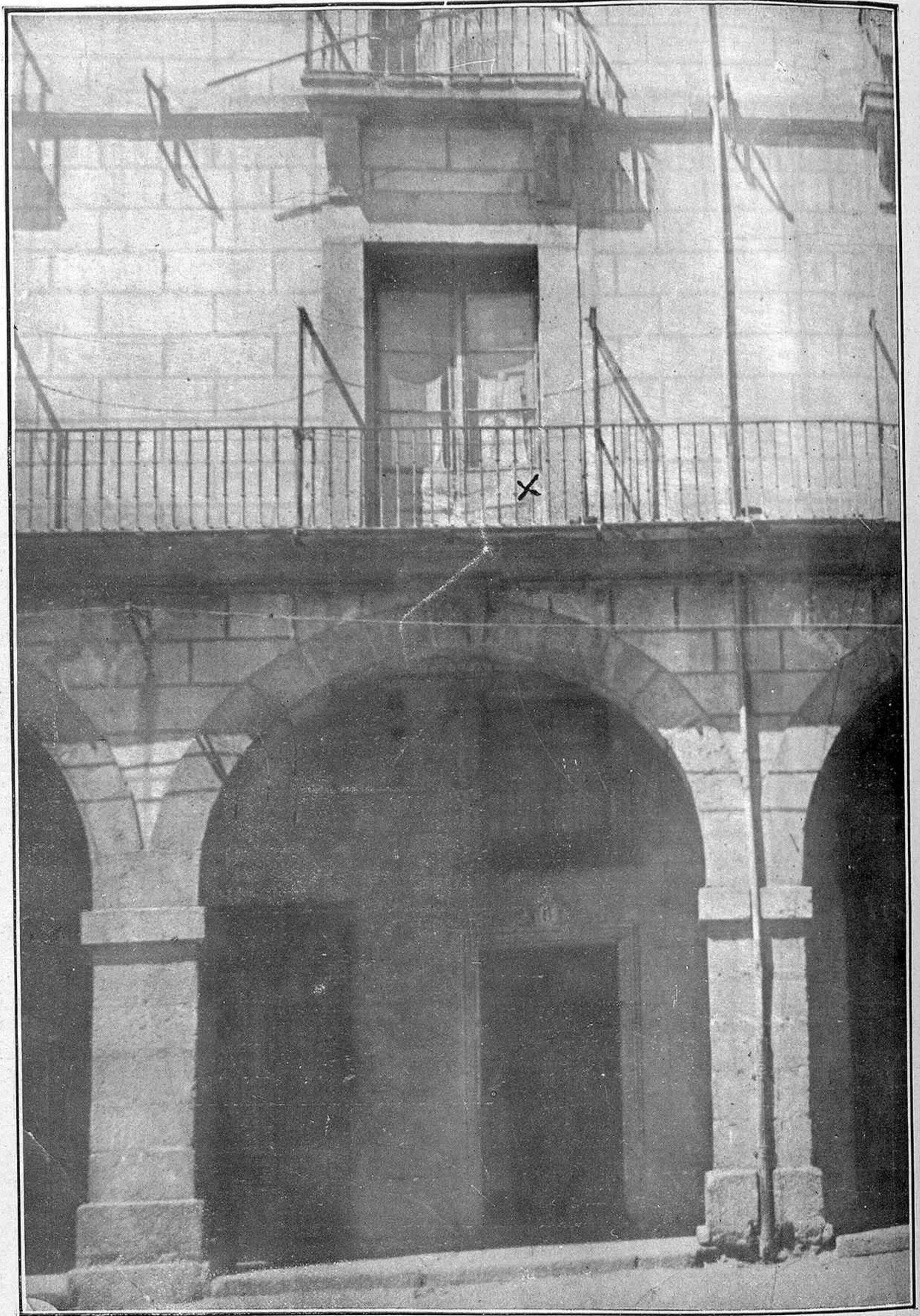
Gustavo Adolfo Bécquer reposó en la meditación de Teresa. La estancia del poeta de las *Rimas*, en Avila, señala un período de inactividad. Apenas si encontraremos alguna página de Gustavo Adolfo escrita en Avila. Y, sin embargo, el escritor sevillano pasó largas temporadas en la vieja ciudad de Teresa. Pero es que Teresa le abstraía.

Le divertía el espíritu, le sosegaba el alma la visita al convento donde Teresa puso á luchar su férvido entusiasmo cristiano contra la fría serenidad de sus hermanas en Jesús. Le aplacaba sus pasiones la contemplación del pequeño jardín en que Teresa—la dulce santa, á la que gustamos de llamar cariñosamente y solamente Teresa—cuidaba con sus propias manos blancas y débiles, de enferma y de pensadora, los albos rosales y las tristes violetas, siempre húmedas, y donde la monja y la poetisa juntaban sus ensoñaciones en una sola aspiración ideal.

Así vivió en Avila Gustavo Adolfo Bécquer, olvidado de sus propios versos y de su prosa literaria.

Aún existe la posada donde los Bécquer se alojaron, aunque ya perdió su portalón clásico y su patio para las caballerías. Los hermanos Bécquer ocupaban la habitación del balcón central del primer piso, que tenía sobre sus baldosas blanca estera de esparto, y que guardaba el tripudo brasero, bien granado bajo la alta copa dorada, al que se acercaba la silla, ancha, frailería, donde el poeta acostumbraba á reposar sus meditaciones, mientras Valeriano Bécquer trazaba sus rápidos apuntes al lápiz, que más tarde completarían los abigarrados conjuntos de las *Escenas del mercado*, algunos de cuyos lienzos se hicieron pavesas en el incendio del Ministerio de Fomento, y los restantes, que se conservan en el Museo de Arte Moderno.

Desde aquel balcón, abierto á la plaza donde antiguamente se celebraba el mercado semanal, trazó Valeriano Bécquer sus mejores cuadros, escenas admirables de realismo y de entonación. «El



La Posada de Avila

sombrero de paño y anchas alas, adornado de flores contrahechas, ramilletes de siempreviva, galón de seda y vueltas de alfileres con cabezas de colores; el sencillo jubón negro, sobre el cual campea el pañuelo blanco, bordado y guarnecido de encaje; el airoso guardapiés amarillo, franjado de rojo; la media encarnada ó negra, según que la dueña sea casada ó moza; el zapatito bajo, con moño de colorines ó hebillas de plata.» Todo el lujoso atavío de las mujeres de Avila en día de fiesta, que Gustavo Adolfo nos describe en una indolente página, en la que apenas se apunta un matiz, lo recogía Valeriano Bécquer para sus cuadros, que hoy son parte muy importante de nuestra pintura del siglo XIX.

En esta posada Gustavo Adolfo instaló un pequeño teatro de personajes de cartón. La ancha sala se llenaba de chiquillería, capitaneada por Alfredo

y Julita, los dos hijos de Valeriano. Y en aquel escenario, ante el bullicioso público infantil, Gustavo Adolfo hacía representar á los muñecos de cartulina fragmentos de su drama *Esmeralda* y otras improvisadas comedias.

Desde la posada de Avila partían los Bécquer á Cebreros ó á Sonsoles, á lomos de caballerías ó en el carro de sus excursiones castellanas. Desde aquí nacían las diversas rutas de los dos hermanos, que cruzaron Castilla en caravana indisciplinada. Aquí quedaron dispersas algunas hojas del album de apuntes de Valeriano, y de aquí volaron los sueños líricos de Gustavo Adolfo, que iban en su anhelo sentimental hasta las copas de los árboles del huerto solitario de Teresa.

José ROMERO CUESTA



## FIGURAS DE ACTUALIDAD

## EL GENERAL LYAUTEY

Su aspecto exterior es de soldado. El general Lyautey, con sus ojos agudos, de mirada fría, su bigote marcial y sus crespos cabellos blancos, cortados en cepillo sobre la frente, cruzada de profundas arrugas, es, ante todo, militar. Su concepto de la milicia está traspasado de virtudes políticas. Y su fórmula sobre la política colonial está inspirada por el más prudente criterio civil: «La ocupación militar consiste menos en operaciones militares que en una organización que marcha.» Pero—lo estamos viendo en estos días, á la luz de los disparos rifeños—para que la organización marche es preciso contar siempre con un poco de guerra.

Esa fórmula de la política colonial no le pertenece exclusivamente al general Lyautey. Es la de Bugeaud y Lamoriciere, los dominadores de Argelia. Pero ¿saben nuestros lectores de quién recibió Lyautey, joven—el Lyautey de 1894, el modesto capitán de las tropas de Gallieni en Indochina y en el Tonkín—, las lecciones prácticas más sabias y más útiles? Pues de un coronel español: el coronel Palanca, que mandó la injustamente olvidada expedición española á la Indochina. El propio Lyautey ha tenido gusto en reconocerlo más de una vez: «Fué el coronel Palanca mi maestro en una ciencia que no puede aprenderse en las Academias militares.» Para desenvolverla y para adquirir todo el dominio de la técnica y del oficio de colonizador, Lyautey tuvo la campaña de Madagascar. Un libro suyo, *Dans le sud de Madagascar*, cuenta ese duro período de su vida, en que se subordina al principio invariable de llevar juntamente la acción militar y la acción política. Luego, á partir de 1903, en Argelia—en Ain-Sefra y en Orán, es decir, en la frontera argelinomarroquí—, el general Lyautey adquirió gran prestigio, que había de consolidar al encargarse de la implantación del Protectorado en Marruecos y al desempeñar brillantemente esta difícil empresa, sosteniéndola y completándola en las difíciles circunstancias de la Guerra grande.

¿Va á nublarse ahora la estrella de Lyautey? Es posible que dejándose llevar de las primeras impresiones, ante la ofensiva rifeña y el éxito de las armas de Abd-el-Krim, que deshace todas las primeras líneas, obligue á la retirada y al abandono de puestos, así como á la evacuación de Uazzan, y amenaza seriamente el camino de Fez, habrá en Francia quien crea producto de una sorpresa y, por tanto, de un descuido del Mando el descalabro francés en la orilla del Uarga. El resultado de la contraofensiva, que, desde luego, se supone favorable, podría contrapesar ese juicio. Pero, en cualquier caso, ¿puede variar el concepto sobre un jefe la dificultad de un momento más ó menos duradero?

Precisamente la fuerza personal y moral de Lyau-



El general Lyautey con el traje de campaña



Ultimo retrato del general Lyautey

tey ha ido formándose con la permanencia, con la continuidad y la perseverancia. Ciertamente que no se habría mantenido tanto tiempo sin el éxito constante y la buena fortuna. Y aquí aparece el círculo vicioso. ¿Cierto por sostenerse ó se sostiene porque acierta? De todos modos la obra de Lyautey en Marruecos es obra de largo aliento, que ha ido, en realidad, con maravillosa rapidez; pero que ha exigido doce ó trece años de sumisión á un mismo plan y á una sola mano. El breve paréntesis abierto al encargarle del Ministerio de la Guerra, terminó reintegrándole á su puesto, donde sin duda era mucho más útil. El cargo para el hombre y el hombre para el cargo. ¡Felices los países donde se da esa coincidencia y donde además—esto es lo más importante—se procede en la elección de los hombres para los cargos con arreglo á ella! No elegir al más inepto por ser el más favorecido, ni por cortar problemas de competencia ó de concurrencia personal.

Desde que desembarcó el general Lyautey en Casablanca—el 13 de Mayo de 1912—, cuando los sucesos de Fez, comenzaron al mismo tiempo las dos acciones, la militar y la política, que siempre, desde los tiempos de Hernán Cortés, han sido necesarias para que una pequeñísima minoría de extranjeros gobierne sobre innumerables gentes. Un biógrafo—Ernest Voffier—cuenta cómo marcó desde el primer día su procedimiento, á la vez osado y prudente, y cómo acertaba á impresionar la imaginación de árabes y bereberes. En el camino de Rabat á Mequinez—por ejemplo—fué á saludar al general, en acto de sumisión, una delegación im-

portante de la feroz tribu de Zemmur. La alocución de Lyautey fué ésta:

«Me felicito de veros montar caballos tan hermosos, porque yo también soy hombre de caballos y de pólvora. Se os han quitado vuestras armas y vuestra pólvora, pero cuando yo vuelva aquí seremos amigos, tendréis vuestras armas y haréis hablar la pólvora.» Luego, el general, con su Estado Mayor, se incorporó á la columna en un galope desenfrenado que inútilmente trataron de seguir los maravillados marroquíes. Para ellos era ya un gran jefe. El general tenía *sa manière* para ganarse el afecto del os moros. Sin duda, también la acción política, es decir, la política de intereses, contribuía notablemente á ello.

Todas las operaciones de aquella campaña, hasta llegar á la fortificación de la zona occidental y á la implantación del Protectorado, pudieron quedar inutilizadas durante la guerra, á partir de Julio de 1914. Sin embargo, ese fué el momento en que Lyautey prestó servicios inolvidables. Francia no perdió el terreno ganado, antes bien, lo aumentó y consolidó su autoridad. En la zona protegida nació un Marruecos nuevo, por el que han circulado numerosos compatriotas nuestros, testigos de la transformación. Hasta qué punto está comprendida ahora toda esa obra nadie puede saberlo; pero si alguien inspira confianza á los franceses es el general Lyautey. Su edad es ya bastante avanzada. Tiene más de setenta años. Su vida de trabajo ha dado glorioso rendimiento, y merece llegar al final sin ninguna sombra.

L. B.



# CABECITAS LOCAS DOS MOMENTOS FEMENINOS

## ANTES DE LLEGAR EL AMOR

EL.—Lo primero que ha de hacer usted es ponerse serio, porque es muy serio cuanto voy á decirle. Vengo dispuesto á declararle á usted la guerra ó á proponerle una alianza... Pero ¿quiere usted cambiar esa cara de candidez socarrona con que me está azorando?...

ELLA.—¿Para que sea yo la azorada y le tema á usted? No. Enemigo azorado no es temible. Y advirtiéndome que viene á declararme la guerra, cuantos más bríos le quite, más segura es mi victoria.

EL.—Entonces, ¿prefiere usted la guerra? (Pausa.) Pues nos la haremos. Yo no sé qué se propone usted poniéndome esa cara, mejor dicho, esa careta, apenas me ve, y esos ojos, que no sé si se me burlan ó me provocan á enamorarla...

ELLA.—¡A eso sí que no! No es su psicología la del hombre que yo deseo para marido...

EL.—¿Cómo es ese ser ideal?

ELLA.—Nada de ideal: un marido muy corriente. Todo lo contrario que usted, que, por las trazas, va á ser un marido insoportable, siempre pegado á las faldas de su mujer... ¡Qué pesadumbre!... Un marido enamorado...

EL.—¿Está usted segura de que voy á ser un marido enamorado?... Y, sobre todo, ¿lo está usted de que se me ocurriría serlo de usted? (Ella acentúa más su azorado semblante.) Una mujer frívola, que no ama sino á sí misma, que se pasa la vida en los deportes para aumentar su propia belleza, y ante el espejo para recrearse en su contemplación; que cuando se le pone á tiro un guapo mozo como yo...

ELLA.—Tan soso...

EL.—Para usted; pero, para otras, tan apetitoso... (En seguida le pone esa fingida y desconcertante cara de niña boba que se burla... Lo que más azora: ¡la tontería burlona!...) Pues no, ¡jea! O la guerra ó la alianza... O deja usted de burlarseme, y se une usted á mí para burlarnos de otros que la pretendan y de otras que me timentan á entregarles mi corazón, ó desde ahora mismo soy yo quien empieza á reírse de su careta...

ELLA.—La alianza es imposible... So capa de aliado, le tendría siempre junto á mí, como un novio... Además, en esa alianza, ¿quién llevaría el mando único?

EL (tras una vacilación).—Usted..., con tal de que no estirásemos mucho el frente bélico, alejándose entre sí nuestros corazones... Bueno; sin con-



diciones... Salvo la de que yo no vuelva á verla mirarme con esa sorna que me hiela... y me enciende... y paraliza los movimientos de mi corazón, sobre todo los que lo acercarían al suyo.

ELLA.—Desgraciado viaje; vale más que se quede quieto su corazón...

EL.—Basta á dominarlo el estudio de su alma de usted... Tampoco usted es la soñada para esposa mía... Usted quiere en su marido una actividad enorme en los negocios; tanta, que no le deje tiempo más que para entregar á su mujercita el oro á manos llenas, y hasta, si es posible, que tenga sus aventuras para quedar usted en mayor libertad... Y mientras él no se ocupe de usted ni para darle la felicidad que otras desean y esperan en el matrimonio, usted á no parar en su nido conyugal un instante, todo el día como ave de paso por los centros deportivos, por los establecimientos de modas y lujos, de tés, teatros, bailes, divirtiéndose su corazón, sin dejarlo quemarse en ninguna emoción seria...

ELLA.—¿Es que no es serio todo ese plan que le estaba oyendo á usted con tanto agrado?... Lo cómico me parece lo otro: ser la diversión de alguien, aunque sea el propio marido...

EL.—Yo no sé si por ser así, como se muestra usted, ó porque su cara y sus palabras me parecen

una careta hablando en Carnaval, me tienta á enamorarla cada vez más, y hasta me dan deseos de proponerme ser así, como á usted le gusta, con tal de hacerla mi esposa, que, después de todo, debe ser la esposa ideal: una mujer que no pese nada en la vida conyugal, ni en el corazón; una mujer que inspire la ilusión de conquistarla á diario... ¡Bella ilusión! La más bella del amor es conquistar á todas horas el de la amada..., que sea para el esposo una mujer nueva... Y luego de haber creído conquistarla, á volar suelto otra vez, por los caminos de sus negocios, descarrilando de vez en cuando por los vericuetos de la aventura galante...

ELLA se ha puesto seria..., al fin.

## DESPUÉS DE ENAMORARSE

En el jardín, en noche memorable de fiesta mundana.

EL.—¿Qué miras? ¿Por qué te has quedado melancólica?

ELLA.—Miro á lo lejos, adonde va el humo, lo que ya no vuelve, lo que no se desea ver volver... ¿No me entiendes?... Miro adónde habrá ido el marido de mi engañosa ilusión... Y siento haberle dedicado tantos ratos de ensueño loco... Hoy, que te amo de veras, me atormenta la idea de que tú puedas ser ese marido vulgar que yo quería antes...

EL.—Desecha esos temores... ¿Cómo puedo ser ese marido corriente y vulgar, si siempre estuve enamorado de ti?... Como tú lo estabas, sin advertirlo... Las mujeres soléis ocultar bajo burlas del amor el miedo que os da sentir la dulce presión de sus garras de seda...

ELLA.—A mí no me pasaba eso. Pero no te extrañe el cambio que se ha operado en mi alma. Antes de enamorarme accedí á ser tu esposa, por la ilusión de ser yo siempre la mujer nueva á la que ha de conquistarse á cada hora, y tú el enamorado de siempre... Pero conforme he ido enamorándome he visto que en el reparto de papeles en nuestro idilio salía yo perdiendo de todos modos que lo mirase: yo siempre tendría el mismo enamorado; para ti diariamente yo sería una mujer distinta; para mí toda la monotonía de lo eternamente igual, y para ti los encantos de la variedad. Y yo con una espina, por ser cada día distinta: la de haber de tener celos de todas las que yo hubiera sido... ¿Habría habido nada más cómico? Porque bueno tener celos de otra mujer, pero ¡de una misma!... Créeme: eso era para mí, siendo muy cómico, lo más trágico del mundo... No vas á querer más que á mí misma, siempre la misma, ¡y siempre conmigo! Satisfecho puedes estar de haberme enamorado así...

EL.—No te enamoré yo... Te enamoraste tú á ti misma... Y tenía que ser así: una mujer extraordinaria como tú no podía apeteecer un marido vulgar... Cuando se lleva un palacio en el alma, no se puede dar en morada á menos que á un príncipe...

ELLA (fuertemente sentimental, mirando á la lejanía).—Que nada ni nadie te destrone de mi corazón...

ENRIQUE GONZALEZ FIOL

FOTS. ORTIZ







## La furia española,

sintetizada en nuestros campeones de "football", despierta actualmente la admiración de propios y extraños.

Para portarse como buenos, nuestros deportistas no necesitan ningún estímulo. Mas para combatir el cansancio después del ejercicio, sí les conviene un buen auxiliar, del que ya hacen uso cuantos están en el "secreto". ¡Unas fricciones con Agua de Colonia Añeja!

Por su pureza y fuerza alcohólica es el mejor tónico muscular. Compre usted hoy mismo un frasco en la primera farmacia, perfumería o droguería que encuentre. La Colonia Añeja, en fricciones o agregada al agua del tocador o del baño, tonifica los nervios, da vigor a los músculos y refresca deliciosamente la piel.

## Agua de Colonia Añeja

Frasco, 2,50 -- Litro, 15 ptas. en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

Perfumería Gal. - Madrid.



# ANUARIO-GUIA DE CONSULTA COMERCIAL



Directorio de Barcelona  
(Nombre registrado)

Facsímil de la cubierta de 1925.—Año X

UN MEDIO  
PRODUCTIVO

NINGUNA publicación similar ha alcanzado la gran circulación de este Anuario en España. Los anuncios en sus páginas tienen un rendimiento de primera fuerza



UN AUXILIAR  
EXCELENTE

PARA sus campañas de propaganda directa al mercado de Barcelona hallará usted en este Anuario cuantas direcciones necesite, rigurosamente comprobadas

1.000 páginas

en 17 x 24

Se vende en Librerías de Barcelona á ptas. 12  
Extranjero, ptas. 16

Resto de España y América, ptas. 13  
Envío franco de portes contra reembolso

Adquiera usted la edición de 1925 y anúnciese en la de 1926

Dirijase para ejemplares y tarifas de publicidad: Ronda de San Pedro, 11, pral., apartado 228, Barcelona, Administración del

**DIRECTORIO DE BARCELONA**



"El Caballero Audaz"

Su más emocionante  
Su más amena  
Su más bella novela

## LOS CUERVOS SOBRE EL AMOR

que lleva un **interesantísimo** prólogo de su autor, está siendo el **libro del día**

**¡CIEN MILLARES VENDIDOS!**

PRECIO: 3 PESETAS

Pedidos: RENACIMIENTO. - Preciados, 46, Madrid

Maravillosa Crema de Belleza-Inalterable - Perfume suave.

## REINE DES CRÉMES

DE J. LESQUENDIEU PARIS

CREMA de TOILETTE INDISPENSABLE PARA SEÑORAS Y CABALLEROS

De venta en toda España Agente: J. ROS & Cuesta Santo Domingo, MADRID

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista :-: Dirijirse á esta Admón., Hermosilla, 57.

TINTAS LITOGRAFICAS  
Y TIPOGRAFICAS

DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES  
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70

Despacho: Unión, 21

BARCELONA

## TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran lujo

Se han puesto á la venta las correspondientes al segundo semestre de 1924

De venta en la Administración de Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57, al precio de 7 ptas. cada semestre

Para envíos á provincias añádanse 0.45 para franco y certificado

PARA ADELGAZAR  
EL MEJOR REMEDIO  
DELGADOSE  
PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

Lea usted todos los martes

AIRE LIBRE

50 céntimos el ejemplar



DE 1 LATA 1/8 "RECUERDOS DE TU FAMILIA" SALEN 14 TAJADAS



Original de Carlos Vázquez

## ¿SU CUTIS LA DESESPERA?

Las arrugas y las alteraciones accidentales de la piel del rostro son debidas a la acumulación de células muertas que empañan su epidermis real, las cuales cubren su cara con prodigalidad de diminutas líneas, arrugas y patas de gallo. Haga desaparecer estas células muertas valiéndose de la Cera Aseptine, y obrando así dará el primer paso para adquirir un cutis hermoso. Lo único que debe hacerse por la noche, antes de acostarse, es aplicar un poco de Cera Aseptine con la punta de los dedos y después de unos minutos de masaje hacia arriba, pasar suavemente por la cara un pedazo de tela fina. No es necesario quitar toda la Cera Aseptine, puesto que la que quedará obrará sobre la epidermis durante el sueño. Gracias a sus cualidades emolientes, hará desaparecer los tejidos muertos y proporcionará a su piel una apariencia fresca y rosada.

Dr. Bengués, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

## ...Te diré lo que es amor

INTERESANTE NOVELA DE

### ENRIQUE GONZÁLEZ FIOLE

EN UN VOLUMEN DE UNAS 400 PÁGINAS  
CON ILUSTRACIONES DE LUIS DUBÓN

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

Pedidos á la EDITORIAL ALEJANDRO PUEYO  
(Gran Vía, 16)

### REPRESENTANTES

para una fábrica de Artículos de Reclamo y para fábrica de cintas de algodón, necesito. INDUSTRIAL CINTERA Cortes, 548, Barcelona.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista :- Dirigirse á esta Admón., Hermosilla, 57.



INDUSTRIAS FORB S A  
TRAVESERA 316 BARCELONA

### AGENCIA GRAFICA

REPORTAJE GRÁFICO DE ACTUALIDAD MUNDIAL

Servicio para toda clase de periódicos y revistas de España y Extranjero

Pida condiciones á

AGENCIA GRÁFICA

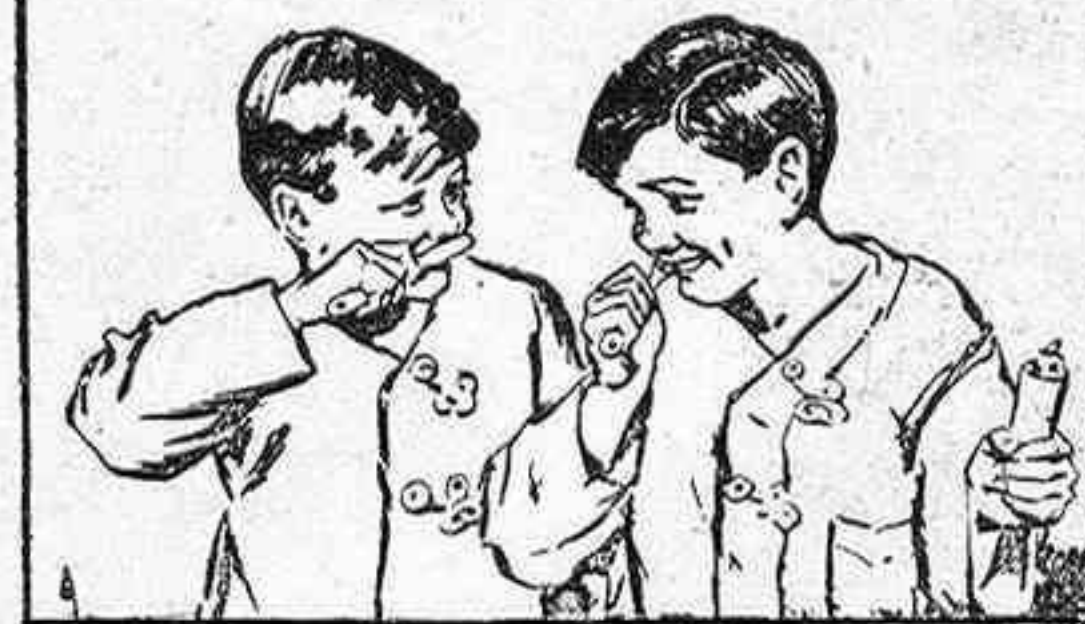
Apartado 571 MADRID

MAQUINARIA DE UNA FÁBRICA DE HARINAS  
CON MOLTURACIÓN DE 15.000 KILOS

SE VENDE

Dirigirse á D. José Briales Ron  
San Antonio.-Camino de Churriana.-MÁLAGA

Colgate remueve la causa de las caries



Dientes para sonreír toda la vida

Para que sus dientes duren, prevénganse de las caries.

La cuidadosa acción aséptica de la Crema dentífrica Colgate desaloja de los dientes y encías las partículas de alimentos que son la causa de las caries. Colgate asea, da brillo y protege la dentadura sin rayar ni destruir el esmalte de los dientes.



Limpia los dientes sin dañarlos





HELIOS

Artículos  
de sport.  
Pida esta marca

Anuncios PUBLICITAS

IMPRESA DE PRENSA GRÁFICA, HERMOSILLA, 57, MADRID

©

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTOS, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS